

Diana Couto

Diana Couto

Zapatitos de Tango

Zapatitos de Tango



ZAPATITOS DE TANGO

Diana Couto

ZAPATITOS DE TANGO

Diseño y diagramación: Rodrigo Quiroga Corrección: Teodoro Tloupakis

Couto, Diana

Zapatitos de tango / Diana Couto. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lumiere, 2019.

218 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-603-127-1

1. Tango. I. Título. CDD 784.18885

... Guardo escondida una esperanza humilde que es toda la fortuna de mi corazón...

© 2019 DIANA COUTO

© 2019 Editorial Lumiere

de Daniel de Anchorena

E-mail: editorial.lumiere@gmail.com

Printed and made in Argentina.

Hecho e impreso en la República Argentina.

ISBN 978-987-603-127-1 Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, o su almacenamiento en un sistema informático, su transmisión por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, registro u otros medios sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Todos los derechos de esta edición reservados por Editorial Lumiere, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

A Lelio, mi marido querido

A mis hijos: Marina , Soledad, Lelio Hernan y Fernando mis nietos increíbles, que me mueven las estanterías todos los días: Camilo, Milena, Mateo, Solana, Marcelo Candelariay Josefina

A la vida

Al amor

A los amigos

Al Flamenco

Al tango

A la música

A la Psicología y el Psicoanálisis

A la Psicología y el Psicoanálisis

Como todos los viernes Melina, la nueva secretaria del consultorio, corría cerrando la agenda de la semana. Trabajaba con ella desde hacía poco tiempo, ya que Susana (de toda la vida) se le había jubilado;

—Ay Susana, ¡cómo te voy a extrañar!

Para Eugenia el retiro de Susy fue como una catástrofe; sin embargo, a pesar del desajuste que se le produjo por el cambio, Melina había resultado rápida y eficiente como ella sola; había pescado la dinámica del consultorio muy rápido, las pautas estrictas que Eugenia le había dado desde que entrara a trabajar con ella.

Lo primero que le aclaró: debía tomar pocos turnos por la tarde de los viernes. Debían ser tardes livianas; al fin y al cabo después de tantos años de trabajo despiadado, madrugones horrorosos, guardias, ahora estaba en condiciones de darse ese lujo.

—Los viernes son sagrados.

Las dos últimas entrevistas de esa tarde, Eugenia las había reservado para pacientes ya conocidos, solo seguimientos, controles y una mirada que a ella misma le produjera tranquilidad.

La secretaria del consultorio ya conocía a su jefa: era de dar muy pocas órdenes, pero las que daba... eran muy estrictas; no tomar pacientes de primera vez, jamás enfermos complicados para las tardes de los viernes; reservaba sus intervenciones únicamente en caso de ser requerida para emergencias, a veces una evaluación neurológica, provenientes en general de derivaciones de colegas a las que le resultara imposible negarse.

La última cita era esa tarde, se fijó de reojo en la agenda sobre el escritorio de Melina: sí, era con el Sr. di Benedetti. Ya estaba esperando; los hizo pasar. Él corpulento, alto, cuadrado, con su cara redonda de bebé, que venía siempre acompañado de su esposa; lo atendía por un mal de Parkinson que se le había

venido instalando, primero con un temblor fino en las manos, un leve parkinsonismo que poco a poco había derivado en los típicos movimientos pequeños permanentes que lo aterraban. Además de la rigidez que hasta la expresión facial le había quitado a lo largo de años de la maldita enfermedad.

11

Hacía con esta pareja más un trabajo de psicoterapeuta, de consejera que de neuróloga. Ese era el bajón de los enfermos crónicos, pobre la mujer...

Los di Benedetti venían una vez por mes, vivían en el norte de la ciudad, en San Isidro.

Los despidió cariñosamente, reasegurándolos, nada nuevo para comentarles.

—Por ahora seguimos con L-Dopa, sigue la buena respuesta. Nos vemos el mes que viene. Pídanle un turno a Melina por teléfono.

—El mes que viene chequeamos, ya tocaría resonancia.

—Les doy la orden, así van solicitando la autorización.

Escribió la autorización para el seguro médico.

Dirigiéndose a la esposa:

—¿Actividad, hace alguna actividad física?

—Sí, sale a caminar, como usted le indicó, pero a veces le da pereza, no es fácil de llevar, doctora.

—Ya sabemos... pero... ya hemos dicho que la actividad física es esencial, es como un medicamento, en su caso.

—¿Por qué no van juntos? ¿Por qué no aprovechan que están en la ciudad y se van a ver algún espectáculo, o a cenar?

Eugenia se sorprendió a sí misma haciendo algo que jamás se le hubiera ocurrido, sugerir qué hacer... dar pautas, modificar costumbres. Sabía que se metía en un territorio de arenas movedizas, la vida de una pareja de tantos años... pero los di Benedetti habían logrado conmoverla, una cierta compasión, sobre todo ella, la esposa, frágil, delgadita, esos dos seres unidos por la enfermedad le dieron tristeza.

Pero sin embargo, ella ya estaba en otra, era viernes, la sangre le hervía, qué ganas de sacudir el esqueleto, las piernas se le movían solas, ay milonguita, santa milonguita.

Ya mismo tenía ganas de salir a la calle, le estaba entrando la claustrofobia característica de los viernes, Melina ya se había retirado, como siempre, un

poco más temprano.
Cerró la PC, apagó todas las luces.

En el armarito personal del consultorio, de madera laminada en haya, estaba colgado su largo impermeable beige, lo usaba como un abrigo liviano en esta época del año, entrando en el otoño, no se sabía si hacía frío o calor, de repente llovía.

Metió su chaquetilla blanca en una bolsita que tenía en el placard, se colgó la cartera nueva anaranjada del hombro, llamó al ascensor y salió a la calle.

Santa Fe bullía, serían más o menos las seis de la tarde. Estaba contenta, se le venía el fin de semana, y se notaba en el aire: la esquina con Pueyrredón era un caos; autos, peatones, semáforos descoordinados, el tráfico que quedaba embotellado entre las luces, los agarraba la roja sobre las líneas blancas para cruzar, un mundo de gente que corría; desordenados, apurados, transgrediendo para cruzar los peatones, para frenar, los automovilistas para meterse primero. Eugenia se movía en su ciudad con mucha facilidad, se las conocía todas.

Tenía “estaño”, años de bares, hospitales, zonas rojas de la ciudad que a esa hora reventaba. Se acomodó el bolso cruzado en bandolera (ya le habían robado varias veces, esa esquina estaba llena de chorros) y se zambulló en la calle en el hormiguero de gente, sorteando los puestos callejeros de incienso, flores, ropa india, ese cambalache que le resultaba tan familiar.

Si bien todos los mecanismos de alerta se habían puesto al rojo vivo, ella desencadenaba un “alerta general” inconscientemente, caminaba rápido, con la mirada alta, la cartera apretada contra el cuerpo.

Al mismo tiempo su cuerpo se iba estirando, los brazos hacia atrás, abría el pecho, en la caminata que tenía de unas diez cuadras hasta su departamento, en Ayacucho, ya se iba preparando, flexibilizando, bajando los hombros, cambiando de onda...

Ni bien salió de Santa Fe, con semejante polución, comenzó a respirar hondo, hacia el bajo el tráfico se iba raleando, por suerte ya se podía comenzar a bajar un poco la guardia, poco a poco se adentraba en su barrio.

A la noche, como todos los viernes... la milonga... su pasión, su locura, el espacio donde se terminaba de desplegar su personalidad, su cuerpo, el humor, la risa y el dramatismo histriónico que cultivaba como una perla, que sólo en la milonga podía aparecer.

Caminó unas cuadras y reconoció esa forma de sorprenderla, de tocarle el

hombro, no pudo reprimir esa mezcla de furor y complacencia al mismo tiempo.

—Eugenia, ¿vas esta noche?

—Te dije que no te me aparezcas así, me asustás; y menos en el barrio, ya sabés que no quiero mezclar las cosas.

—Dejate de joder, ¿quién nos va a dar pelota?

Nancy había surgido de la nada, siempre estaba como agazapada, felina, como siguiéndola.

Eugenia detestaba estas apariciones...

—¿Por qué no me llamás por teléfono?, siempre lo mismo, sos imprevisible, podríamos combinar para encontrarnos cerca de la milonga.

Eugenia reconocía que estaba molesta.

—Es que uno nunca sabe cómo se va a armar finalmente la noche, hoy se me dio por verte, tenía ganas, ¿a qué milonga vas?

—Hoy a Grisel, pero tarde, me falta hacer una pila de cosas, después de las 10, todavía tengo laburo.

Le costaba ser tan dura, pero Nancy era confianzuda, peligrosa y le había resultado muy difícil mantenerla a raya.

Nancy era llamativa, provocadora, siempre le sorprendía constatar cómo la miraban los hombres, silbidos, piropos, que iba sorteando como algo que le gustaba, pero al mismo tiempo ignoraba con la “belle indifference” que tan bien manejaba.

Estaba con una mini de tela de jean con hilachas desflecadas y una remera súper ajustada, las piernas a la vista, con botas de taco alto.

El pelo estaba alisado, ¿qué se había hecho? La última vez tenía sus típicos rulos apretados. Ahora aparecía con el pelo lacio, largo, con mechones más claros. No le quedaba nada mal.

Nancy era más bien delgada, pero muy pulposa y curvilínea. Se había puesto prótesis en los senos que la hacían aparecer con mucho busto; —a los tipos les gusta, sobre todo a los milongueros— se reía cuando Eugenia le preguntó sobre el tamaño un poco exagerado de sus mamas.

Constató con desagrado ese brillo metálico en la mirada, una mirada muy pendiente, alerta, los ojos enormes abiertos, mirando todo como si viera por primera vez; seguro que se había “dado” con cocaína, era adicta desde hacía años... ella siempre decía que lo “manejaba”. Pero Eugenia había comprobado que el supuesto manejo era inexistente. Cuando aparecía para ir a bailar, siempre se había “colocado”. Si no hacía una desapariciones de

semanas, a veces meses que la llevaban al límite, había pasado períodos horribles, con adelgazamientos preocupantes. En esas situaciones en general desaparecía, salía de circulación.

Eugenia no quería adentrarse demasiado en las profundidades de sus adicciones, se repetía una y otra vez que era solo una “compinche de la milonga”.

Tenía que lograr tomar distancia de ella. La consideraba una persona muy peligrosa, se enredaba como una hiedra y cuando quería reaccionar ya la tenía montada. Había pasado varias veces en que se le había filtrado, pidiéndole ropa prestada que terminaba finalmente regalándosela... y lo más duro, admitir que le había robado pequeñas cantidades de dinero en varias oportunidades... —Bueno Nanzacha, nos vemos a la noche, quizás... —Dale Torda —se despidió haciendo unos ochos en plena calle. —Dale, borrate.

Cuando se alejó de pronto se le cruzó la idea...

—Increíble que no se me haya ocurrido antes...

Giró y apuró el paso para llegar pronto.

Entró al departamento, de su llavero colgaba un zapatito rojo y negro de tango, se lo habían regalado en el hospital para su cumpleaños del año pasado.

Mirta había pasado por la mañana y le había dejado todo limpio, en su lugar, la ropa planchada sobre la cama, aquello estaba ordenado con la meticulosidad que ella exigía; el orden le aportaba mucha seguridad, como que se sentía encuadrada.

Se respiraba paz, el baño neto, con el perfume a lavanda que adoraba, siempre elegía productos con ese perfume para la casa y el consultorio.

Respiró hondo, no tenía mucho tiempo.

De un vistazo, se fijó en los mensajes en el contestador del teléfono. No pensaba abrir la computadora ni ver los mails. Apagó el celular, por lo menos hasta el domingo a la tarde... Ya había revisado todo antes de salir de su consultorio, nada nuevo o urgente podía ocurrir, comenzaba el deseado y merecido fin de semana.

Ver cómo se iba a empilchar, qué se iba a poner, a las nueve se encontraba con el grupo de su mesa en la milonga, tenía que estar bañada, vestida, perfumada. Se miró en el espejo del baño: el nuevo corte de pelo era increíble: se podía meter bajo la ducha y con un *brushing* así, casero, el pelo quedaba peinado,

solo con el secador y el modelado con las manos. Solucionar uno de sus problemas, odiaba la peluquería, gracias a Jimena esa estilista de veintipico de años, que le había pescado y entendido el pelo desde la primera vez. ¡Y por primera vez!

—Increíble lo claro que la tienen estos pendejos —pensó, mientras se despeinaba, como liberando el pelo, soltándolo desde las raíces con la yema de los dedos, frente al espejo bien iluminado de su baño.

Eugenia había cumplido los cincuenta y tres, se sentía mejor que nunca.

Después de la separación, cinco años atrás, qué manera de sufrir, qué desgarró, qué remesón para los chicos... La mirada acusadora de su madre...

Chicos, bah, adultos independientes que hacían la suya desde hacía varios años, pero habían sido el pretexto para sentirse mal y postergar la separación que ya se avizoraba como inevitable, pero siempre con argumentos para seguir junto a Carlos, a pesar de todo.

Las infidelidades, los engaños, conductas ridículas, inmaduras...

Pero lo más importante: había aprendido a no cargar las tintas del otro lado.

Ella tampoco había sido la Madre Teresa... El desamor, la pérdida de la magia, era un sentimiento mutuo.

Y ella había sido responsable, o por lo menos, tenía una parte de responsabilidad de lo que les había pasado.

Un pinzamiento que reconocía perfectamente en la boca del estómago; era “su majestad, la angustia”, sabía que tenía que cambiar radicalmente el curso de sus ideas. Iba justo en la senda del bajón.

Los años de ejercicio profesional le habían dejado a través de la experiencia, esa capacidad de dirigir y focalizar su pensamiento, concentrarse, dejar de lado lo personal, manejar sus emociones, separar, mantener la racionalidad.

Era una neuróloga respetada, con su carrera hospitalaria y excelente inserción en el ejercicio privado de la especialidad.

Pero ahora, sin embargo lo importante era prepararse para la noche, empilchase para la milonga.

Abrió la heladera, Mirta ya sabía que tenía que comer antes algo simple, liviano, preparado y listo para calentar en el microondas. Le había dejado un plato de verduras hervidas de todo tipo.

Se las calentó, un buen chorro de aceite de oliva, y listo, tampoco había que comer demasiado y menos aún tomar vino. Tenía que estar liviana para bailar.

Un vaso bien grande de agua mineral.

Desde que estaba sola, era poco lo que compraba, todos los alimentos eran

dietéticos y comía carne sólo cuando iba a un restaurant o la invitaban a comer afuera o a un asado.

—Putá, ya son las siete y media.

Se sacó la ropa de calle, la dejó tirada (todo para lavar). Los pantalones los dobló por las pinzas, los colgó de la percha para pantalones y se metió bajo la ducha.

Al salir mojada, envuelta en una toalla, sintonizó la “Dos por Cuatro”, FM 92.7 mientras veía como se iba a vestir, justo pasaban a Piazzolla, elevó el volumen un poco y la casa se llenó con el bandoneón.

La historia del bandoneón la apasionaba, cómo se había desarrollado, por qué gustó tanto, por qué sigue embrujando...

Un corazón gigantesco latiendo al compás...

¿Cómo había llegado a América?, ¿con los migrantes?, ¿sería cierto que había entrado por Brasil? ¿Por qué había echado semejantes raíces en la Argentina?

Y la cantidad de virtuosos que habían florecido, maestros de ese instrumento entrañable; desde Troilo hasta los más jovencitos, y ahora las mujeres bandoneonistas, Eugenia se sumió en una de sus clásicas cavilaciones, la cabeza no le paraba un segundo, era un río caudaloso donde un pensamiento se encadenaba con otro, sin parar, sin descansar un segundo. Quería lograr la quietud de un estado contemplativo... pero... ¿lo podría lograr algún día? Y ese sonido que arrancaba del centro del fuelle para impactar justo en el medio de su pecho.

Le volvía la imagen del enorme corazón palpitando desplegado, le producía todavía la misma impresión que cuando había visto por primera vez un corazón latiendo fuera del cuerpo, por puro automatismo.

—Qué belleza —no dejaría de sorprenderla ese instrumento mágico, para ella era el resumen de la emoción.

Abrió el armario: la ropa “atorranta” estaba prolijamente ordenada en lo que ella llamaba la “zona cabrera” del placard; los vestidos colgaban de sus perchas, sonrió al ver una vez más la división entre su vestimenta.

Los tailleurs, blusas, camisas, blazers, todo lo que usaba la Dra. Rincón para todas sus actuaciones y presentaciones profesionales.

Nada que ver.

La ropa de milonga era un vestuario teatral, separada por completo del resto, donde abundaban los brillos, las lentejuelas, el *strass*, mucho negro, rojo vivo, que le sentaban de maravillas.

No sabía cómo se iba a vestir esa noche. Sacó una solera ajustada que le quedaba como un guante, muy escotada en la espalda con breteles finitos de piedritas, tenía los aros largos haciendo juego. La extendió sobre la cama, era una posibilidad.

Siempre le pasaba lo mismo, al final optaba por vestirse con algo que no había pensado: se decidió por un pantalón *cigarette*, súper ceñido de lycra gris perla, le hacía una silueta fenomenal, y una musculosa de lentejuelas plateada. La ropa de milonga tenía que marcar la figura, ajustar, dejar las piernas libres, permitir amplitud de movimientos, sujetar perfectamente el pecho. Ya se había clavado varias veces con compras inusables, incómodas; ella a esta altura ya sabía qué usar, qué ropa le convenía ponerse, sobre todo que no se subiera o enroscara en el momento de bailar, había que aceptar que últimamente las telas elastizadas eran una salvación.

Tenía que usar medias también que sujetaran sin marcar, se veían varias horas de performance. Y sobre todo, al usarlas sin ropa interior, evitaban las molestas marcas de los elásticos de las bombachas.

Los zapatos... ¡ay los zapatos!...

Se alineaban pares y pares en todos los modelos y colores, sandalias, cerrados, los zapatos de tango eran su pasión. Había hecho hacer una estantería especial para poner la colección.

Se pondría las sandalias plateadas que le acababan de entregar, se las había mandado hacer a medida. Allí sí que era exigente: los zapatos tenían que ser especiales, sujetar sin ajustar, no debía sentirlos en los pies. Además la altura de los tacos, debían seguir la línea exacta de su empeine, ni muy altos ni muy bajos, tenían que tomarle el pie justo en las articulaciones, sostener bien los metatarsos conteniendo los dedos largos de sus pies finitos, imposibles, que se deslizaban hacia adelante del calzado. Los tacos de los zapatos *preta-porter* nunca eran exactos, necesitaba medidas especiales. Sus pies se lo merecían. Y su figura completa, ya que en la comodidad de los zapatos residía la libertad del torso, la cabeza, la postura toda. Ya no era una pebeta, su cuerpo se lo recordaba todas las mañanas, y los pies tenían que estar cómodos, si no, adiós milonga. Puso todo sobre la cama, escuchó que a Piazzolla le decían “el gato” porque no tenía huesos tocando el bandoneón, que no usaba los meñiques... Sonrió frente al espejo, con el pelo mojado:

—Parezco una rata —se dijo; flaca, con el pelo rubio rojizo abundante, le gustaba su pelo, y con este corte, se sentía rejuvenecida. Al comenzar a secarlo con el secador y el cepillo se empezaban a ver los efectos del buen

trabajo de Ximena, el cabello se peinaba con movimiento.

Se maquilló con bastante base, mucho iluminador en los ojos, tapa ojeras, sombra plateada, abundante rimmel negro en las pestañas ya de por sí largas, se dibujó la boca de labios rojos, con el “pure rouge” de Dior, y encima el *gloss*.

Con el lápiz de ojos marcó un delineado exagerado, muy marcado alrededor de los ojos, que intensificaba profundamente su mirada ya de por sí llamativa y fuerte;

—Ojos de turca.

Los ojos renegridos, sin pupilas, comenzaban a recuperar su intensidad, la mirada fija, penetrante, los ojos abiertos con muy poco pestañeo.

Era la herencia de su madre, los mismos ojazos sorprendentes, como un terciopelo de tan negros, que no se les veían las pupilas. Con una brocha, pasó abundante polvo iluminador en los hombros, el escote, los brazos.

El resultado que le devolvió el espejo fue de profunda satisfacción.

Esa noche estaba bien, no siempre se sentía de esa manera, últimamente se descubría gestos, actitudes y movimientos de jovata. Era su terror, afrontar la vejez que algún día se le instalaría.

El ritual de la vestimenta era esencial, le dedicaba todo el tiempo que fuera necesario, a veces se cambiaba varias veces hasta estar conforme.

Pero aquella tarde estaba bien, a gusto con su aspecto, conforme con la perspectiva de salir por la noche.

Se paró sobre las sandalias nuevas al estirar las rótulas, tensando las piernas, apretando los glúteos, bajando los hombros.

La remerita de lentejuelas le dibujaba la silueta, le calzaba impecable, se apoyaba en la cintura sin quebrar.

Irradiaba luminosidad, era imposible no ser el centro de las miradas de mujeres y hombres.

En la milonga hay que brillar...

En la milonga hay que brillar...

La que salió era otra: otra mujer, nada que ver con la profesional cansada, seria y con cara de concentración que solía salir del edificio todas las mañanas.

Transformismo...

Cruzó Las Heras hasta el estacionamiento, eso era lo que odiaba de vivir en esa casa de departamentos, el no tener garage, pero había que aceptar que al final era muy poco y nada lo que usaba el auto; al ponerlo en marcha, la “Dos por Cuatro” (tenía la FM clavada en esa radio) enseguida la puso en clima; se sentía bien, se le iba diluyendo la tensión de la semana, se le apareció en mente di Benedetto, el último paciente de la tarde...

Y Nancy... se había quedado mal después de haberla visto, la emboscada que le hizo a la salida del consultorio; qué relación mal- sana... no era amistad, tampoco compañerismo... era fascinación la que sentía por ese personaje salido del lumpenaje, de una historia de Roberto Arlt, nunca terminaba de sorprenderse de sus salidas, su inmediatez, la capacidad para resolver los problemas de forma insólita, la desfachatez, la falta de ejes morales... vivía por Mataderos, pero a bailar se venía para el centro; su vida era un verdadero infierno, había estado presa en el penal de Ezeiza durante un tiempo por tráfico de estupefacientes, siempre salía con algo nuevo que empañaba el acontecimiento anterior.

Su carta de presentación era su gracia, su “canyengue”, su forma increíble de bailar el tango...

Había aprendido a bailar en el “Glorias Argentinas”, en esa pista había adquirido el estilo inconfundible, el abrazo milonguero, bien de barrio. Esos eran sus pagos, allí conocía cada adoquín, en la zona de Floresta, Rivadavia y Lacarra, donde había vivido en pareja con el que ella llamaba “el hombre de su vida”, con quien se había juntado a los diecisiete años...

Y ahora con ese nuevo “look”; la encontró bien, repuesta, igual las ojeras marcadas como con carbonilla le daban a su mirada un aspecto denso, al igual que su piel color ceniza que revelaba las malas noches, la falta de paz, el abuso de sustancias. Poco sabía de su historia completa, sí algunos hechos que había podido escuchar de ella, que mostraban que Nancy era de la “pesada”

de la noche milonguera de Buenos Aires.

Justo pasaban por la radio “Al compás del corazón” de Federico y Espósito, qué tangazo para bailar.

Y para completar, “El Opio” de Canaro.

—Por favor —murmuró con un suspiro.

Sin embargo, reconocía esa desagradable sensación, que no se le

iba; ella se conocía muy bien y sabía, por su ya larga experiencia, que uno “se lleva siempre a un paciente a pasar el fin de semana a casa” . A esto sí que le daba bola, ya que sabía: ése era el paciente problemático. Pero nada, di Benedetto tenía ese Parkinson tenaz, una enfermedad de rumbo errático, que había aparecido en este hombre en una edad relativamente temprana, ya que era un trastorno neuro-degenerativo asociado al envejecimiento.

¿Factores genéticos? ¿Oxidación descontrolada? ¿Toxinas externas o internas?

¿O “la paciente era la Nancy”?

—Ay Nanzacha, qué turbia que sos...

Eugenia sabía que todas las causas se asociaban, esa enfermedad no tenía “una” etiología.

“Bueno, basta Eugenia, frená” —pensó—.

—Ahora empieza el fin de semana —se dijo.

El tránsito de Buenos Aires ya comenzaba a mermar, se veían los cartoneros, dueños de la noche, que estaban con su trabajo a punto de terminar, los paquetones de cartón, botellas, plásticos, todo seleccionado por aquellos seres sórdidos, sudorosos, que acomodaban los desechos con profesionalismo.

¿Cuándo iban a resolver este problema? Nadie lo tomaba realmente en serio, y se iban instalando como esos cuadros crónicos que llegaban para no irse.

Las “enfermedades urbanas” la preocupaban. No tenía elementos, no era su tema, tampoco le interesaba tenerlos, pero pensar en soluciones sociales, pensar de una manera global, increíble que no pudieran hacer un “plan terapéutico”. Atacar por todos lados. La dejaba azorada la falta de decisión política, la gente que tenía los problemas sociales en sus manos, sin formación seria en ningún tema. Como ella, que trabajaba en equipo, con los mejores en cada especialidad, con los que le daban confianza, los que la cubrían por todos los flancos.

Las reflexiones sociológicas la asaltaban cada noche que tenía que atravesar su ciudad, no podía entender lo que se había degradado la vida urbana en los últimos años.

Los pibes, los miles de “Chiquilín de Bachín” que ya ni siquiera entraban a vender una flor, porque tenían el acceso prohibido a zonas enteras, menos que menos entrometerse en los espacios liberados de los ricos.

No podía acostumbrarse a ver la infancia así, insultada, invadida por la perversión adulta.

—¡Qué sistema de mierda!

Ya estaba llegando, arriba la esperaba su grupo de “la mesa de Martita”.

Era uno de los grupos más numerosos, en realidad varias mesas que formaban una larga que no terminaba de completarse, con los habitués que tenían su sitio allí. En general todos caían solos, a cualquier hora. Cada uno con su lugar, los sitios eran casi fijos: las mujeres se sentaban giradas mirando hacia el salón, para que los hombres de la milonga pudieran verlas para sacarlas a bailar, dejaban las sillas que se orientaban hacia el otro lado, el de la pared, para las parejas que bailaban entre ellos, por ejemplo, Martita y su marido, y para los hombres de la mesa, que en general no sacaban a las mujeres que estaban con ellos, sino que junaban a las otras, cuando se preparaban para hacer señas para sacar a una mujer, que siempre era de otro grupo.

—Si no no tiene gracia.

—Es como bailar con tu hermana.

De esa manera, también dejaban libres a las mujeres que se sentaban con ellos y así poder observar cuando con un gesto casi imperceptible con la cabeza las sacaban, o con la mirada, que tenía que ser suave y pícaro, debían estar muy alertas a los gestos de los hombres.

Al entrar sintió que le corría ese vértigo que adoraba: respiró hondo, las aletas de la nariz se abrieron como para aspirar más aire, al echar una mirada, tenía pocos metros para saber todo acerca de lo que allí pasaba; quiénes estaban, con quién, ya a esa hora se veía cómo iba a pintar la noche.

La iluminación era tenue. Las mesas tenían un cuadrado negro sobre el mantel rosado, en el centro un arreglo floral armado con una vela que flotaba en el agua de un pequeño cuenco.

Las velas daban un clima familiar, embellecían, resaltaban los brillos de las pilchas de las mujeres.

En la boca del estómago, el apretamiento de las costillas, cerrando la cintura, conteniendo el ombligo, era la adrenalina que la acompañaba en todas las

situaciones jugadas; le gustaba, le era familiar, la hacía sentirse en forma.

Antes de saludar a sus compañeros de mesa, miró con disimulo hacia todo el salón, con una ojeada abarcativa, no, no había llegado, tampoco estaba bailando, una cierta frustración la invadió, no había ido todavía. Seguro que esta noche no iba, no había visto su auto en el estacionamiento.

Saludó a todos con un beso. Se llamaban por el nombre de pila, o por el apellido, pero siempre en diminutivo. El saludo de beso era riguroso. No había que saltarse a nadie, podría ser una ofensa mortal.

Un minuto después estaba sentada.

—¿Qué vas a tomar, tordita?

—¿Tamangos nuevos?

No sabía cuándo ni cómo, pero ya le habían relojeado las sandalias que acababa de estrenar.

Luisito le sonrió:

—Tordita, ¡qué linda que estás!

No sabía de dónde había salido, era probable que estuviera parado en la barra cuando ella llegó.

Eugenia estaba habituada a los piropos de oficio.

—¡Qué minón, qué piba!

—¿Y ustedes qué toman?

—Lo mismo, un vinito —Eugenia distraída, tratando de adivinar si estaba él.

Los sobreentendidos en la milonga eran una de las cosas que no terminaban de sorprenderla, ese metalenguaje que se componía de miradas, ironías, gestos imperceptibles de los hombros, las cejas, los movimientos casi invisibles de los ojos, las sonrisas “de coté”. Un conjunto que iba mucho más allá que el solo hecho de bailar. Imposible distraerse, el estado de alerta era esencial, siempre había que estar agazapada, como un felino preparado para saltar. En el salón tocaban en ese momento “Bailarina de tango”; sonrió estirándose en la silla, ese tango le encantaba, enseguida una sonrisa franca le relajó los músculos de la cara.

En un segundo estaba midiéndose con Luisito, parados unos largos instantes para “sentirse” y esperar el arranque.

Luisito retrocedió un paso, para colocarla para avanzar en una arremetida, decidido, claro, no la cruzó hasta que se le terminó la pista.

“Pájaro azul” de Canaro estaba hecho para ese baile desplegado, había que aprovechar que estaban con espacio, para ocupar pista. Más tarde iba a ser imposible.

Comenzaba el fin de semana, se sentía bien, en forma, de a poco se le iban alejando los pacientes de su mundo interior para dejar paso al placer, lo que ella llamaba la distensión-tensa, que era la que le gustaba.

La mesa se había completado, las mujeres estaba todas ya bailando con los hombres de otras mesas, que les hacían señas desde lejos, había que tener cuidado para no equivocarse, que la seña fuera de verdad para “esa” mujer. En la milonga, parte de la *politesse* consistía en que en caso de que esos errores ocurrieran, se zanjaban sacando a bailar a la “equivocada” y apelando a la comprensión de la “elegida”, que se esperaba hasta la otra tanda.

Los tangos venían de a cuatro, y había que bailarse el conjunto de tangos, o de milongas, o la tanda tropical, samba brasileño, cumbia, a veces rock.

Había edades de lo más heterogéneas, gente muy joven, que en general bailaban muy bien, pero no había una edad predominante. Las cabezas rojas abundaban, ese color de pelo era muy visto, desde el naranja claro hasta el remolacha intenso se repetía en varias mujeres, era una coloración muy elegida, frecuente entre las milongueras.

Eugenia se sentía a gusto, entre amigos, nadie preguntaba cosas densas, los intercambios eran livianos, por encima, muy respetuosos a pesar de la intimidad de años de juntarse todos los viernes. Jamás en la milonga se hablaba en serio, ni se planteaba algún problema.

Había una distancia que nunca se sobrepasaba, salvo en los desayunos, a las 5 o 6 de la mañana.

Allí sí.

Esa era la hora de contar la propia historia, con el tiempo había logrado hilvanar las biografías de sus compañeros de mesa. Historias de vida complicadas, con mucho sufrimiento, pérdidas, pasados turbios, etapas de la vida de las que no se podía hablar. Varios de los hombres de la mesa eran un misterio, lo primero que llamaba la atención era que iban siempre solos, ellos a veces habían mencionado tener mujer e hijos, “la bruja en casa”, en cambio en el caso de las mujeres que iban solas a milonguear, era frecuente que estuvieran sin compañero en ese momento de la vida. —Ché, ¿saben algo de Analía, la psicóloga? —Hacía varias semanas que no la habían visto aparecer.

—Está parada.

—¿Cómo parada? —Eugenia no terminaba de incorporar el lenguaje, los modismos de la noche tanguera.

—Parada tordita, parada, que no baila ni acá ni en otra milonga, no está bailando.

—Está saliendo con un choma, muy embalada —agregaba Sara, que decía conocerla más.

—Que no es milonguero.

Las caras y gestos de desaprobación, de incredulidad, el disgusto frente a alguien que se atrevía a traicionar un modo de vida que a todos ellos les resultaba insustituible.

Jorgito tenía debilidad con Eugenia, le hacía el favor de traducirle.

Las parejas estables, constituidas, no se anotaban para los desayunos. Muchas veces los desayunos se extendían durante horas, les costaba la despedida, la separación, los tangueros eran largueros, a veces pegajosos;

—Es más para los descolgados —se refería a los desayunos hablando de bueyes perdidos, contando sucesos de otras milongas, muchos chismes, a veces de personas que nadie conocía. Martita comprendía muy bien, ya que ella misma había pasado por el estado de descolgada varias veces a lo largo de los años de milonga.

Había tenido varias parejas, pero en realidad era mayor el tiempo en que había estado sola.

—Hay que tener buenos amigos —decía siempre.

Pero agradecía profundamente estar con un hombre al lado, no tenía idea de por cuánto tiempo, pero algo tenía claro, era su filosofía.

Ella había detectado a Nancy como un peligro desde el inicio, le había advertido a Eugenia que tuviera cuidado. No había en Martita actitudes de discriminación hacia nadie en particular, sí de observación de las señales de cuidado y alerta, en la noche milonguera había mucha gente difícil, a la que convenía mantener a raya. —Nancy no apareció —con cierta inquietud comprobó que no había llegado, tal como le dijera a la tarde cuando la cruzó; un cierto malestar en el estómago, una sensación leve de molestia, de culpa, de incomodidad, ese maldito hábito de echarse los problemas de los demás a la espalda.

Meneó la cabeza, como repitiéndose una vez más:

—Vivir al día.

—Ver muy bien de noche.

Después del shock de la separación, Eugenia comenzó a tratar de inventarse

una vida nueva, diferente a la que había llevado desde su matrimonio con Carlos.

Cuando comenzaron las primera incursiones a milonguear, al inicio mismo de sus conocimiento de la noche, se cruzó con la Nancy.

Era más joven que ella, quizá diez años menos, aunque cuando hablaba parecía que tuviera mil años...

Nancy venía de otro mundo, una historia que nada tenía que ver con la de ella, y eso era justamente lo que le producía esa fascinación... su forma de vivir, de pensar, de resolver a través de impulsos e inmediatez los problemas de la vida cotidiana. Con la Nancy aprendió a mirar las historias de los milongueros desde otro ángulo.

Había vivido en pareja varias veces con diferentes hombres y hasta inclusive había pasado una temporada en la cárcel privada de la libertad, después de un proceso muy poco claro por robo y estafa y venta de estupefacientes en pequeñas cantidades.

Era muy cambiante, hacía desapariciones de semanas, quizás meses, luego reaparecía fresca, sin explicaciones, de un momento a otro como si nada.

Eugenia la fue conociendo lentamente, siempre sorprendida por sus insólitas decisiones.

—Capacidad de hacer cualquier cosa.

Nancy no se amilanaba, nada la frenaba.

Eugenia se reía de sus propias cavilaciones para separarse, para cada uno de sus pasos en la vida...

En cambio, Nancy se mudaba, se iba a vivir con un hombre, lo dejaba, se iba con otro, todo sin reflexión, sin contradicciones, ella era pura acción.

Nancy se había criado en un barrio muy humilde del sur del Gran Buenos Aires. Su madre la había tenido de muy joven, de un padre que jamás conoció.

Tampoco tenía demasiado interés en esa historia.

—¡Ma' qué papá y mamá! —decía siempre—, yo me parí sola. Había andado por la calle desde niña, su vida infantil había sido muy difícil.

Desde pequeña se había acostumbrado a ser muy desconfiada, sobre todo de los hombres. Nunca había conocido uno bueno. —Son todos unos soretos dispuestos a usarte y tirarte. —¡De acá! —con un gesto obsceno agarrándose los genitales, mostraba su resentimiento ante cualquier avance masculino. En la adolescencia en cuanto terminó la escuela estuvo tentada de seguir estudiando —aprendía rápido— pero los estudios la aburrían soberanamente. Le gustaban mucho los animales, siempre se compadecía de los perros

callejeros, que la seguían en grupo.

La maestra le había hablado de estudiar algo, veterinaria quizá. —Veterinaria, tendría que estudiar como diez años, secundaria y facultad, ni loca, yo tengo que vivir no estudiar.

—Ahí va la Nancy con sus admiradores.

Nancy siempre seguida de varios perros callejeros de diferentes tamaños y pelajes; se burlaban los muchachones que se juntaban en la esquina a molestar a las mujeres. Con interjecciones soeces, referidas a los atributos físicos de cada una de las vecinas.

Nancy era flaca, pero empezaba a desarrollar unas curvas llamativas, se protegía con ropa casi masculina, el pelo atado, en general sucia y desarrapada.

La ropa suelta disimulaba su figura, el objetivo era justamente evitar que la percibieran, que la desearan, que a alguno se le pasara por la cabeza abusar de ella.

Había tenido varias situaciones de alto riesgo, sobre todo con los hombres de su madre, que la miraban desde niña con ojos libidinosos.

El abuso del alcohol por parte de su madre y de los ocasionales o más estables compañeros hacía de su vida un martirio, había desarrollado todos los sistemas de alerta para cuidarse.

Sin embargo, no se pudo proteger del enamoramiento del Cristian a los quince años.

Lo conoció en una bailanta, la de su barrio, “Arcobaleno”, donde iba casi todos los sábados a escuchar y bailar grupos de cumbia villera, cumbia romántica, era la música que la enloquecía, que escuchaba todo el tiempo.

El ritmo, el movimiento y el compás los llevaba marcados a fuego, se movía con gracia y facilidad.

A la bailanta iban todos, allí Cristian se le acercó y le hizo pasar momentos de mucho placer. Sabía acompañarla, y poco a poco la fue domando.

—Me gustan las pibas ariscas —se reía y alardeaba frente a sus amigos.

Tenían buenos físicos, hacían fierros por la noche en un galpón del barrio.

Después de los fierros, se tiraban detrás del galpón a fumar porro y a reírse de cualquier cosa, ese era el pasatiempo preferido. Nancy se les unió y pronto era una más. También entrenaba y sus músculos se iban marcando, los bíceps, los abdominales. Se tatuaron todos en los hombros los nombres de sus grupos de cumbia villera.

Nancy se tatuó el rostro y el nombre de Rodrigo, su ídolo, cómo le gustaba,

aunque era cuartetero, pero a la hora de elegir, era su preferido sin dudas. En esas noches de invierno de su adolescencia aparecían la birra, el faso, el porro...

Pertenecer le daba una gran seguridad.

Ese grupo de hombres jóvenes violentos, abusivos, algunos ya muy adentrados en las adicciones, eran su referente; y Cristian era su tarjeta de entrada.

Se convirtió en la acompañante permanente del Cristian. Iban juntos, bailaban, hacían el amor en cualquier lado, sobre todo en un auto desguazado que hacía las veces de pieza de hotel. Cristian era mujeriego, cuando se iba con otra le advertía: —Desaparecé pendeja, hoy estoy ocupado.

Nancy se iba a llorar a un rincón detrás del galpón, viendo cómo se divertía con otras, se reía y a ella la desvalorizaba, tratándola como a un perro de los que todos pateaban en la calle y sacaban a los puntapiés aún bajo la lluvia... Se había creado un chaleco antibalas para que ningún sentimiento la perforara, era fría como una piedra, nadie iba a venir a hacerla mierda, no quería sufrir una vez más.

—De ahora en adelante voy a ser yo la que los use.

La separación había sido un largo proceso, hondo, doloroso, ni Carlos ni ella querían ver cómo se les iba a pique la relación de pareja que tanto les importaba, que tanto habían cuidado, sobre todo la familia. que valorizaban como un tesoro excepcional. Los dos eran muy exigentes, habían compartido la carrera, habían peleado el espacio en la especialidad, habían atravesado las crisis, las diferentes etapas sorteando obstáculos, pero con el secreto y el firme propósito (desde los dos) de seguir juntos, ser los mejores, llegar a una etapa de disfrute del prestigio profesional, la buena posición económica, los chicos crecidos, casi completamente independientes.

Eran ganadores, con mucho esfuerzo, un nivel de trabajo muy alto, se sentían pares, una pareja “elegida”.

Cuando decidieron separarse, lo primero fue la separación de los consultorios, si bien ninguno de los dos quería reconocer frente al otro que intuían que se precipitaba el comienzo del fin. Se les venía instalando un diálogo escaso, casi burocrático, con la evitación hasta para pelearse, apartaban todo conflicto y ahora era infrecuente que se trenzaran como antes, cuando por una desinteligencia mínima parecía que se venía el mundo abajo. Desde hacía años compartían los consultorios, cada uno en una habitación diferente en el mismo departamento antiguo en los alrededores del Otamendi, por el Clínicas, “su barrio”.

Les costó mucho hacerlo, no querían admitir los celos, la competencia, el control que mutuamente ejercían a través de las secretarías...

Sobre todo Eugenia, siempre alerta, pendiente de qué pacientes recibía Carlos, curiosa, híper controladora, su molestia e incomodidad iban creciendo y eso no le gustaba. Ella misma entendía que ese rol era desagradable, la afeaba y no quería ponerse en ese lugar. Aquellas vacaciones en Itaparica, que esperaban fuera un reencuentro, un relax, una diversión, se convirtieron en realidad en un infierno.

Cualquier playa brasileña, pero especialmente el nordeste, Bahía, y últimamente Itaparica, era una garantía de reencuentro con el placer, el erotismo, dormir, soñar, hacer el amor como antes. Siempre les había funcionado: llegaban, y a los dos días estaban dorados, suavizados, enamorados, encantados.

Eugenia se ponía “medio loquita”; Carlos la seducía, siempre el bossa-nova y la caipirinha para enmarcar los seguros momentos de relax y distensión.

Al llegar, rápido se ponían en onda: quién estaba, qué cantante actuaba, dónde. Para ellos era una fiesta: Gal Costa, María Betania, Caetano Veloso, Gilberto Gil, Martinho da Vila, la lista de artistas que amaban era extensa. Es más, les gustaba todo, siempre la pasaban bien.

—¿Siri e mole?

Rieron, para ellos era la contraseña.

Eugenia se vestía de blanco, se compraba aros locos, hasta una vez se compró unos de plumas enormes en la playa. Sabía que solamente iba a usarlos allí, pero valía la pena.

Carlos, relajado, con el pelo desordenado por el viento, aflojada la tensión habitual; ¡cómo se rieron el día en que Eugenia le hizo comprar un collarcito con una turquesa!

—¿Qué parezco? ¿Te imaginás si me vieran en Buenos Aires? ¡Qué quemo, por favor! Eugenia, sos tremenda, ¿eh?

Se reían como dos adolescentes.

Estas vacaciones, en cambio, fueron bien diferentes: Peleas por todo, discusiones gratuitas, desacuerdos, Carlos irritado, solamente se aflojó el conflicto que subyacía cuando uno de los dos, ya ni sabía quién, plantificó la frase que quedó como una bocanada de humo flotando en el aire:

—Deberíamos separar los consultorios.

Se miraron, abriendo grandes los ojos, estaban juntos desde que se iniciaron, hacía diecisiete o dieciocho años...

—Creo que se impone tomar una decisión —Carlos la miraba con sus ojos claros sin pestañear.

—¿Y la parte administrativa, las obras sociales, las prepagas? A Eugenia el cerebro le iba a mil, era muy racional, pragmática, iba siempre dos jugadas más adelante que sus interlocutores, pero Carlos era tanto o más rápido que ella.

—Se arman dos administraciones completamente independientes, cada uno la suya. No veo ningún problema que no pueda resolver Leo —Leo era el contador que les llevaba el papeleo del consultorio desde hacía años. Parecía que Carlos lo había madurado por su lado, que tenía todo muy bien pensado.

Y era cierto, la idea había aparecido y había tomado forma en él, sin compartirla con Eugenia. No habían tenido tiempo, el ritmo de laburo había sido tenaz en los últimos tiempos, Eugenia siempre llena de problemas, Carlos sentía cierta culpa, no era el estilo de diálogo que se habían prometido para siempre, pero, era así, tenía que ser sincero al menos consigo mismo, quería su independencia, y no se atrevía a planteárselo.

El resto de los días que pasaron en Itaparica fueron para charlar, pensar, resolver cómo llevar a cabo la movida de los consultorios. Una vez que se destrabó el silencio, lo sabido y callado, resurgió el diálogo, el proyecto, el empuje de los dos para afrontar la nueva etapa.

Antes que nada había que encontrar un buen lugar. Se mudaría Eugenia, ya que Carlos estaba mucho más instalado con aparatología.

Él era cirujano, neurocirujano, la vida de su consultorio era diferente, los contactos con los pacientes y sus familias mucho más fugaces, antes y después de las operaciones, muy poco compromiso afectivo.

Su verdadera pasión estaba en el quirófano.

Eugenia, que hacía clínica, podría mudarse, además siempre había pensado que su consultorio era poco luminoso, estaba todo el día con las luces dicróicas encendidas, tenía la impresión de que ese lugar la cansaba de más, que le quitaba energía.

Buscaría un nuevo consultorio, amplio, un buen departamento. Lo reciclaría completamente... Con Mabel, la arquitecta que les había refaccionado la casa de Martínez, que la había entendido, adivinando sus movimientos en la intimidad del hogar, creándole los espacios que ni ella misma sabía que necesitaba; esa conjunción de confort, calidez, claridad, que la hacían sentir tan cómoda en la casa desde que la ocupara con la obra terminada.

Si, definitivamente quería un consultorio limpio, blanco, con muebles de diseño, minimalista, una sala de espera amplia, ya que por su especialidad, la neurología, era frecuente que recibiera grupos familiares enteros, interconsultas; cuando tenía que derivar, el espacio iba a ser esencial en el nuevo lugar.

Los días que faltaban de vacaciones pasaron rápido, tenían que juntar mucha energía para la nueva etapa que los esperaba. Se dedicaron a pensar, planear, soñar, era un desafío, una nueva vida, como un renacer, que si bien producía un poco de miedo (angustia en Eugenia) entendían que era producto del crecimiento y la madurez profesional.

Una decisión impostergable.

Además, eran conscientes de la influencia de lo profesional en la relación de pareja, muchas veces habían charlado alrededor de ese tema. Lo que había sido un punto a favor en sus desarrollos profesionales se había convertido en un lastre, algo que los perturbaba, les restaba intimidad, los pegoteaba, les invadía la vida privada de cada uno.

—Es una peste.

Eugenia atribuía a este hecho la mayoría de sus conflictos con Carlos. Con la claridad con que siempre habían encarado sus vidas, se vieron a ellos mismos como “el dúo dinámico” (así se autodenominaban) enfrentando este nuevo desafío. No podía refrenar un sentimiento de bronca, una cierta violencia que Carlos le producía al verlo tan fresco, como que todo le resbalaba.

Al llegar a Ezeiza, por la General Paz que brillaba mojada, para tomar el Acceso Norte para Martínez, Carlos y Eugenia estaban concentrados, silenciosos, alejados.

Al retomar la actividad, después del fin de semana, Eugenia comenzó la búsqueda; si había que actuar, tenía que ponerse en campaña...

Varios departamentos quedaron en el peine fino que le hicieron en la inmobiliaria.

Uno, en el mismo edificio en el que estaban, tres pisos más abajo, grande, con un parquet excepcional, ideal para reciclar; el otro que la embalaba quedaba a unas cuerdas, en Avenida Santa Fe y Pueyrredón.

Era una construcción racionalista, un lindo edificio, ocupado casi todo por consultorios de especialistas reconocidos, unos ciento cincuenta metros, con ventanales, pisos de roble, muy buenos espacios. Si elegía éste, tendría a varios colegas en la misma casa... Eugenia oscilaba entre los dos. Una fuerza

conservadora, terrenal, la empujaba hacia el de Marcelo T. De todas formas, pensaba dejar la decisión final a Mabel, la arquitecta.

A comienzos de la semana siguiente, Mabel y Eugenia tomaban un *expresso* en Recoleta, mientras evaluaban los pro y contra de cada departamento.

—Eugenia, los dos son buenos, tienen muchas potencialidades, pero el de Santa Fe es mejor, tiene más categoría, lo estoy viendo. Mabel era directa, daba sus opiniones sinceramente, con Eugenia tenía muy buen trato, se entendían de maravillas, ya le había reciclado la casa de Martínez; Eugenia era una clienta muy apreciada. No eran amigas, pero una corriente de cordialidad y afecto natural allanaba la comunicación entre las dos mujeres.

—Pensalo tranquila, yo te voy preparando algunas ideas para los dos, lo que voy viendo. Para la semana que viene te dibujo algo... —Dale Mabel —tenía que volar al consultorio, toda la tarde para atender.

Esa mañana había cancelado los turnos, era la única mañana de la semana que tenía consultorio, el resto estaba en el Hospital, en el Servicio de Neurología, desde hacía veinte años, cuando había cursado la especialidad. Nunca había dejado el hospital. Lo consideraba un deber, algo que hacía por ética, atender a los pacientes hospitalarios, sobre todo supervisar a los colegas jóvenes, necesitaban profesionales hechos, figuras en la profesión.

El celular no paraba de sonar. Melina, su secretaria, le decía que ya no sabía cómo acomodar los turnos, hoy iba a ser un día bravo, la ciudad hervía, piquetes por todos lados, no tenía más tiempo. —Nos hablamos en el fin de semana.

Desapareció en un taxi que no sabía de donde había salido, Mabel se quedó mirándola.

“Me quedé cansada sólo de estar con ella”, —pensó—. Mabel no se sentía capaz de mantener ese ritmo de vida, le encantaba su estudio en Martínez, dibujar escuchando música, sin horarios, bah, solamente los apuros con los gremios, las entregas, pero nada que ver con la vida —elegida por ellas— de otras mujeres profesionales.

Permaneció un buen rato en el bar, otro capuchino, lo tomó despacio, con los *brownies* deliciosos, con pedacitos de nuez. En una servilleta de La Biela, comenzó a dibujar.

—Pero qué tonta —llevaba consigo el block de diseño que siempre metía en el bolso.

Estuvo un tiempo dibujando.

—Definitivamente, el de Av. Santa Fe tiene muchas más posibilidades.

Quedaría fantástico... ¡Ojalá que Euge se decidiera por ése!

Eugenia tenía la mano sobre la manija de la puerta del taxi antes de que frenara en el caos de Marcelo T.; con la plata preparada para pagar, le dejó el vuelto al taxista, ya estaba con un pie en la calle.

Una vez en la vereda del edificio de su consultorio se serenó, entró saludando circunspecta al encargado, pero por dentro su corazón galopaba.

A esa hora el ir y venir de visitantes médicos, profesionales y pacientes era incesante.

Los bares llenos a reventar, esas típicas personas, parejas, madre-hijo deambulando con los grandes sobres con estudios de alta complejidad; el ambiente denso, en muy pocas cuadras se acumulaban el dolor, la enfermedad y la muerte.

La idea de salir de ese núcleo le producía cierta angustia: salir de lo conocido, del ámbito seguro con Carlos cerca, alejarse sólo unas cuadras, pero también zafar de ese barrio tan cargado.

No se iba a encontrar con todo el mundo, con los colegas del Clínicas, en los bares de siempre, donde se cruzaba de manera inexorable con médicos, visitantes, pacientes, familias.

Una nueva etapa; ya comenzaba a sentir la adrenalina de la mudanza, el quilombo, pero al mismo tiempo, la posibilidad de instalar “su” orden, a su estilo, sin que se le filtraran cuestiones de Carlos, comenzaba a seducirla la idea.

—No está nada mal.

En la sala de espera, llena hasta el colmo, alguno acucillado por falta de asiento, se mezclaban los pacientes de ella y los de Carlos.

Algunos con vendajes, grandes apósitos post-quirúrgicos, siempre acompañados por padres, hijos, esposos, familiares agotados en general por días, meses, a veces años de sufrimiento, expectativas y frustraciones.

En su nuevo consultorio esto no iba a suceder...

Pensaba organizar la agenda mucho más ajustada, a su manera, esa superpoblación definitivamente le desagradaba.

Tenía sus propias ideas sobre cómo reorganizarse.

El ritmo pegadizo de “Milonga de mis amores” le llenaba el cuerpo de la energía y el ritmo que preanunciaban la nueva etapa.

po de la energía y el ritmo que preanunciaban la nueva etapa.

Eugenia sabía que el ambiente del quirófano en cualquier cirugía en neurología era un espacio sumamente erotizado.

Horas y horas, ya que se trataba de cirugías muy extensas, el equipo de trabajo pre-armado, donde todos se conocían perfectamente.

Las instrumentistas que Carlos elegía siempre eran lindas minas, además de excelentes como profesionales. Jóvenes, libres, tenía que ser gente sin problemas de horario, Carlos las seleccionaba por destreza y belleza.

Él sabía que necesitaba mantener el tenor de adrenalina durante horas, y era muy sensible a la visión de un corpiño bordó de encaje debajo de la túnica. Sólo saber que Verónica estaba allí, cumpliendo sus órdenes, adivinando a veces, leyéndole el pensamiento otras, le hacía correr la libido de abajo hacia arriba, poniéndolo más lúcido, más concentra- do.

O Karen, o Michu, en fin, cada una de las chicas que tenía en la lista para operar, tenían ese “must”: en el quirófano, él tenía que estar rodeado de belleza femenina. Era lo que lo distendía, le permitía concentrarse mejor, necesitaba mujeres que lo reaseguraran en su superioridad como cirujano, la admiración era un componente fundamental para trabajar mejor: cuanto más admiración producía, mejor lo hacía, era así nomás de simple.

La energía le corría como por un canal por la columna, era una emoción indescriptible, Carlos no era afecto a las disquisiciones psicológicas, para él funcionaba así; por qué, no lo sabría jamás, pero era lo que le permitía trabajar de manera óptima.

Antes de ducharse para comenzar necesitaba mover la cabeza, las vértebras cervicales, de derecha a izquierda, haciendo círculos muy lentos, relajando el cuello con el peso de las manos entrecruzadas sobre la nuca.

Se venían horas de pie, con esa posición inclinada, las luces, los anteojos-lupa puestos, tenía que relajar antes de comenzar. El estado físico era el de un atleta, de su preparación dependía su aguante,

tiempo a invertir, lucidez, sobre todo reflejos y precisión psicomotriz.

En el fondo, lo que realmente le importaba era esa aprobación, el sentimiento de ser admirado por parte de sus colegas mujeres. ¿Sería algún trauma de la infancia?

Sin duda, la relación con su madre, Beatriz, también médica y neuróloga, lo había marcado a fuego.

Beatriz lo había criado como a una perla, lo había acompañado, estimulado y apoyado en todas sus iniciativas. No podía recordar un solo episodio donde su madre no lo hubiera alentado.

Sus iniciativas locas, su fase rockera durante la adolescencia, sus intentos como cantante en el grupo que había creado en la escuela secundaria.

Por las minas, para gustar y seducir.

Él como cantante, qué locura, cada vez que se acordaba se reía de sus pretensiones adolescentes de estrella del rocanrol.

Jamás se había propuesto entenderse, no le producía curiosidad saber más sobre sí mismo.

Pero sin duda, estaba claro que Beatriz, su mamá, estaba en el centro de cualquier cuestión al respecto.

¿Cómo era posible, una mujer tan cálida, tan compañera y a la vez tan racional?

Carlos adoraba a su madre, verla, encontrarse a charlar con ella, sentarse a tomar un café era siempre para él un programa especial, que le producía un gran agrado.

Serena, profunda, con una madurez bien asumida. Bella con su edad, con sus hermosos rasgos marcados por el tiempo.

Beatriz se había conservado delgada y elegante, pero su principal virtud, que la hacía irresistible, era el buen humor, la risa fácil.

Si bien Beatriz se había retirado hacía unos años, seguía en contacto con la Sociedad de Neurología, tanto la Nacional como la Mundial; mantenía una activa vida social con los colegas de su generación, y dedicaba mucho tiempo a su asignatura pendiente: la música, que amaba, había sido para ella el refugio durante los años duros, ahora sí que tenía tiempo para dedicarle a la música todo el tiempo que quisiera.

—Carlitos, ¿qué pensás de dar unas clases en el curso del Capítulo de Cirugía Tumoral? Es importante, no hacés docencia, y es necesario, sobre

todo para los colegas del interior —Beatriz le tomaba el tiempo.

—Pero Beatriz —la llamaba por su nombre de pila en las conversaciones profesionales—, no estoy libre en esa fecha.

Si algo molestaba profundamente a Carlos era el avance de su madre o quienquiera que fuese, pero sobre todo su madre sobre su agenda, que le enajenaran sus tiempos. Había construido con mucho celo esa independencia, esa libertad de armar su privacidad, si bien la libertad era muy relativa, solo era el sentimiento, Carlos era un adicto al trabajo, demasiado responsable. En el fondo estaban todos cortados por la misma tijera, él, Eugenia y Beatriz, su madre.

Definitivamente era una personalidad formateada, moldeada a imagen y semejanza de la de su mamá.

Cuando comenzó a salir con Roxana, al principio fue un juego, como todos los fatos anteriores, historias sin ninguna importancia; “minitas” para distenderse, salir, galantear un rato, juntar fuerzas para volver a la rutina, las obligaciones, su verdad era la vida con Eugenia.

Eugenia siempre había sido el eje, el centro, la que le devolvía la identidad. A su lado, él era él. Con ella, la historia, los tránsitos en la vida y en la profesión, la paternidad, el tiempo libre, la complicidad.

Pero no era suficiente. Su instinto predador estaba siempre alerta, sus escapadas eran un condimento esencial, eran sus tiempos de impasse, donde nada realmente importante pasaba, el tiempo se lentificaba y era lo único que en verdad lo relajaba.

Tampoco aguantaba demasiado en ese juego.

Todo tenía un límite; pasado un determinado lapso, comenzaba a inquietarse, a sentir una ansiedad, algo le indicaba que ya tenía que sacársela de encima, las minas se convertían en un plomo de manera inexorable. Siempre pensaba lo bien que lo había mostrado Subiela en “El lado oscuro del corazón”, con la cama-piraña que hacía desaparecer a la mina después de hacer el amor. Esa imagen la había retenido como un emblema.

Los comienzos con Roxana fueron así, “corrido por la neura” como le decía Eugenia:

—Sos un viejo zorro, ya estoy podrida de tus andadas. Te voy a hacer lo mismo.

Pero una fuerza se iba instalando lentamente, lo retenía cerca de Roxana, era la primera vez que sentía algo tan diferente que le hacía difícil alejarse de ella, que lo llevaba a no querer dejarla.

Cuando comenzó a percibir que “no era joda”, ya la relación con Eugenia se le iba de las manos.

Habían logrado separar los consultorios hacía unos años, pensaron que iba a ser catastrófico, traumático, pero no, habían sido capaces de superarlo...

Y la verdad, no veía más que cosas positivas en ese cambio, cada día se sentía más aliviado del peso de la mirada inquisidora de Eugenia, últimamente estaba muy pesada con sus controles, era una escalada insoportable.

Y eso lo empujaba cada vez más hacia Roxana, suave, que lo aceptaba sin críticas, estar con ella era un verdadero oasis.

aceptaba sin críticas, estar con ella era un verdadero oasis.

Entre ellos había un pacto tácito, que habían reafirmado desde el inicio de su noviazgo: cuando hubiera otra persona en serio, pero en serio, aunque doliese, se lo iban a decir el uno al otro.

Este era un acuerdo que confirmaban cada vez que volvían a re - elegirse, después de una crisis de esas que hacían temblar las pare- des.

Sin embargo, a medida que el tiempo transcurría, las cosas se habían ido calmando.

Amansados, en la curva más alta de trabajo de sus vidas, ninguno tenía ganas de protagonizar conflictos.

Carlos siempre pensó que iba a ser Eugenia quien se enamorara de otro: era ella la que recriminaba la falta de amor, de romanticismo, las limitaciones que Carlos tenía como compañero.

La coqueta, la piropeada, con una nube de médicos alrededor, todos con la intención —para él— de levantársela.

—Nunca tenés un detalle. ¿No te nace traerme flores, o un regalito?

—Ay Euge, si vos te comprás de todo. Ya tengo un problema con tus cumpleaños y nuestras fechas.

Había una falta, una falla, un reproche, algo que él no hacía, que no comprendía bien que era, pero Eugenia se lo hacía sentir.

Con la vida cotidiana, lo doméstico, los chicos, los colegios, las empleadas de la casa, siempre se sentía como cuestionado.

Él sabía que la repartición del trabajo no era equitativa, que sobre Eugenia caían muchas más ocupaciones, responsabilidades, tareas administrativas hogareñas que eran aburridas; él si podía zafaba, esto le creaba una cierta culpa, ya que se habían planteado una relación de pares, de igualdad, tanto en lo intelectual como en lo profesional. Pero sobre todo en lo relativo a las cuestiones domésticas.

Los dos tenían la misma formación, juntos habían partido a hacer el post-grado a Massachusetts. En Harvard, los dos habían aplicado y ambos habían sido aceptados como residentes.

El Saint Elizabeth's Medical Center fue donde juntos habían comenzado su formación en la especialidad, Carlos como cirujano.

Aunque Carlos decidió cambiar de hospital, ya que rápido se dio cuenta de que en el Massachusetts General Hospital, afiliado a Harvard, podría operar mucho más, ver más patología, trabajar con lo que él consideraba “los equipos más capos”. Era una ciudad llena de hospitales, y todos buenos, había que andar con un plano de los pabellones por la inmensidad de aquel hospital, el General Hospital.

Los años en Boston fueron felices, plenos, la ciudad era un gusto, la vida de hospital, durante esos tres años en los que hicieron amigos de las procedencias más variadas, casi todos también médicos en formación, como ellos.

Había otros latinoamericanos, colombianos, sobre todo portorriqueños, brasileños, la colonia latina era muy variada. El Jefe de Neurología del hospital, Dr. Allan, así como el profesor Dr. Brown, los dos también de Harvard, los incluyeron rápidamente entre los residentes “conspicuos”. Se observaba, para ellos no era evidente sin embargo, la competencia entre los dos, que no se perdían pisada, pero a pesar de ello la imagen alegre y relajada de Eugenia y Carlos los hacía atractivos social y profesionalmente. Los colegas, los profesores, los alumnos que rotaban por la unidad los consideraban buenos y sobre todo talentosos, excepcionalmente talentosos. Carlos se inclinó directo hacia la cirugía de cerebro, y lo llamaban para integrar equipos para intervenir en trauma encéfalo-cra- neano.

Su resistencia física fuera de lo común, su increíble tranquilidad y su facilidad para interactuar en el equipo neuro-quirúrgico eran los rasgos sobresalientes en él. Cada vez más frecuentemente lo requerían como participante en ese tipo de cirugías en el Saint Elizabeth's. Después en el General Hospital.

Eugenia se orientó sin dudarle ni un segundo hacia la neurología clínica: los límites con la psiquiatría eran difusos, no había una frontera precisa, de manera que a su formación neurológica agregó un interés creciente por los cuadros psicopatológicos de la Psiquiatría. Además allí descubrió la psico-neuro-endocrinología, fundamental para aprender sobre psicofarmacología. Eran terrenos sobre los que se avanzaba de manera impresionante, todo se estaba investigando al mismo tiempo.

Así, dentro del mismo hospital, que al principio era para ellos una citadela enorme, con vida propia, se podría decir que vivían internados, era un verdadero mundo aparte. Luego, más adelante, cada uno en instituciones

diferentes, de acuerdo con los rumbos que fueron tomando sus carreras. Además era la oportunidad de aprender, ver mucha patología, variada, muchos pacientes, participar, llenar todos los huecos posibles de neurología, neurología y neurología.

Los dos eran muy vitales, enamorados de su trabajo, y sabían que ésta era sólo una etapa; no tenían dudas de su regreso a la Argentina.

—Esto sí que lo tenemos claro.

Instalarse para arrancar en la especialidad en la ciudad de Buenos Aires.

Los años de Boston fueron fundantes para ellos. Sellaron el “pacto di ferro” de estar juntos, se juraron lealtad una y mil veces, omnipotentes, seguros de que su amor era, sin pensarlo para nada, eterno.

Fue por aquellos años que Eugenia comenzó a bailar tango. En realidad fue “a pedido” de los compañeros y colegas de Boston. Había otros argentinos, también estaba Mario Pucci, físico del M.I.T.

Mario era alto, delgado, un seductor. Entre él y Eugenia corrió electricidad desde el primer momento en que se vieron.

—Estoy buscando pareja de tango.

Mario la miraba detrás de sus anteojos, sonreía divertido.

—¿No querés bailar conmigo?

—Nunca bailé tango, no tengo idea —Eugenia no podía creer la propuesta—. Sos bastante atrevido.

—Yo te enseño. Es fácil, yo te llevo, vas a salir enseguida.

Mario era engreído, estaba acostumbrado a seducir mujeres. Era difícil que se le resistieran.

—Justo el tipo de “machito Paredes” que me revienta.

Un desafío para Eugenia, bajarle el copete a ese gallito de riña.

Además necesitaba hacer actividad, moverse, bailar siempre había sido fácil para ella, la idea era tentadora, mucho más que las rutinas en el gimnasio.

¡Qué aburrido!, hacer repeticiones, pesas, la posibilidad de volver a bailar le gustaba y mucho.

Comenzaron en el salón amplio, con espacios para aparatos para entrenar, del gimnasio del hospital.

Era un lugar espacioso y libre, con espejos, piso de madera plastificado, sin gente, en realidad no iba nadie, estaba equipado con barras para elongar en las paredes. Estaba ubicado en el sector de piscinas y máquinas para ejercitar, una

zona que era poco visitada por el personal del hospital.

Había un equipo de música bastante bueno, con parlantes, para reproducir música, al menos tenían un espacio donde comenzar.

Las clases con Mario se convirtieron en citas religiosas a las que los dos acudían con puntualidad británica.

Mario se venía desde el laboratorio de Física de Partículas, donde tenía intención de quedarse a trabajar en forma definitiva.

Para él era muy difícil plantearse un regreso al país. Su especialidad era de investigación en ciencia dura, sin ninguna aplicación; en Argentina no tenía futuro alguno, ni soñar con poder trabajar allá en lo que le gustaba.

La investigación de avanzada en donde participaba, los intercambios con los otros institutos en EE.UU. y Europa, eran para él como el aire que le permitía respirar.

Ese año justamente, se había logrado el primer choque controlado entre materia y antimateria, y se había demostrado lo que ya se sabía. Paul Dirac, Premio Nobel de Física en 1933, lo había anunciado; pero ahora el desafío era la demostración: la cantidad de energía liberada en ese choque era mil veces superior a la energía nuclear convencional.

Mario podía viajar, intercambiar y programar sus visitas y pasantías con completa libertad. Pensaba pasar una temporada en el Centro Europeo de Investigación Nuclear, el Cern en Ginebra, donde estaban trabajando en conjunto con cientos de físicos de todo el mundo en la misma línea de investigación.

Era en esa Babel científica donde él se sentía a sus anchas, nada que ver con el provincialismo de los colegas que se descolgaban con las internas sórdidas típicamente argentinas.

Esta situación había generado en Mario una cierta defensa hacia lo argentino, en general no se enganchaba con nostalgias que ensombrecieran sus planes.

Pero, cuando vio a Eugenia... no dudó: la sintió entre sus brazos bailando.

Era ideal, su figura, su actitud; hecha a medida para él.

A Carlos nunca lo preocupó esta actividad casi clandestina de Mario y Eugenia. Nunca había sido celoso, si se ponía a sospechar de todos los que se querían levantar a Eugenia, se hubiera vuelto loco.

—Euge, ¿qué onda con Mario? —preguntó como sabiendo la respuesta.

—Nada, nada, sólo tango —Eugenia rio.

—Qué, ¿estás celoso? —la situación la divertía.

—No, pero ese Mario se te tira todo el tiempo.

—No pasa nada, solo tango, Carlos, solo tango.

Dentro de la cantidad de pautas que habían acordado a lo largo de las diferentes etapas de su matrimonio, estaba el “bancarse los celos” tanto de un lado como del otro, no hacer operetas celotípicas, dejarse en paz para poder desplegarse en completa libertad.

Y había funcionado.

Había funcionado bien durante años.

En los años de Boston y más tarde a la vuelta en Buenos Aires, en general habían logrado un matrimonio inteligente y duradero, con bases sólidas, casi, una “inteligente sociedad”.

Eso había cambiado por primera vez, cuando él avanzó en el compromiso afectivo con Roxana.

Pero ahora sí que Carlos sentía la pesadez de la situación. Quería liberarse esta vez de Eugenia, era la primera vez que sentía esto, tener tiempo libre, blanquear su amor con Roxana.

Quería salir, poder ir a un restaurant, al teatro, al cine.

Quería a Roxana.

Había que enfrentar la realidad, armarse de pelotas y ponerse de frente a la realidad.

frente a la realidad.

Durante los años de Boston, bailó con Mario.

Solían encontrarse frente a la estatua de John Harvard, siempre con decoraciones graciosas puestas por los estudiantes, con la punta del pie dorada de tanto ser tocada para “la buena suerte”.

La llamaban la estatua de las tres mentiras: no fue el fundador, no es John Harvard y la fecha es errónea. Típico humor “harvardiano”.

Caminando por los parques del campus universitario, yendo hacia la biblioteca, sus conversaciones eran muy limitadas. Hablaban de tango. Mario hablaba. Con su voz suave y baja, le iba “chamuyando al oído”.

De ser un pasatiempo irrelevante, la milonga comenzó a tomar cada vez más espacio en la vida de Eugenia.

Las bases, el caminado, los pasos cadenciosos, los pescó enseguida.

Sobre todo el paso del peso de un pie al otro para no perder la pisada del hombre.

Con Mario era fácil, avanzaba segura, se sentía bien, comfortable, los cuerpos se entendían. A veces un pequeño malentendido, una marca que quedaba en el aire, sólo una sonrisa, y ese apretoncito en el omóplato que quería decir “no pasa nada, seguí”.

Era como si la levantara levemente en el aire, y arrancaban de nuevo sin problemas.

Mario prefería para empezar las grandes orquestas, bien marcados los compases, que permitían el baile claro, despejado, prolijo.

“La Cumparsita” fue el inicio, Mario tenía decenas de versiones que permitían bailar lo mismo, pero “escuchando” en profundidad, sintiendo.

—¿Ves la diferencia?. Che papusa, oí.

Se hacía la oreja como un cartucho, como tratándola de sorda.

“Los acordes melódicos que modula el bandoneón. Che papusita, oí los latidos angustiosos de tu pobre corazón”.

Le cantaba con una cierta sorna hasta lograr hacerla sentir mal, bailar con rabia, pero era una bronca que le daba impulso, se le iba con los primeros acordes, cuando comenzaban a bailar. Mario re

trocedía y bailaba solo frente a Eugenia con malla de baile y los zapatos de tango que le había traído Marcelo, su hermano, hechos por Britos. Sus primeros zapatos. Eran negros, con taco clásico, con tiras de charol cruzadas sobre el empeine con doble hebilla.

Juan D'Arienzo y su orquesta, Osvaldo Pugliese, "San Pugliese", el Maestro, eran los preferidos, los indicados para ir armando las coreografías básicas donde sentirse cómodos, seguros.

Eugenia había reflexionado muy profundamente sobre qué le pasaba con Mario, qué sentía con esa intimidad inconcebible con un hombre con el cual no existía ni pizca de excitación sexual.

Nada, nada, la respuesta era nada.

El instante previo al arranque en el que los cuerpos se calzaban concentrándose uno en el otro, se adaptaban los espacios cóncavos y convexos, las cabezas apoyadas, los ojos cerrados, para poder percibir el impulso para salir.

El tango le había hecho sentir, no era algo racional sino sentido, la diferencia entre sensualidad y sexualidad.

Bailando, todo su cuerpo era una superficie erotizada, era un estímulo general sobre sus sentidos...

Ríos de tinta habían usado las feministas, los sexólogos, el psicoanálisis, hasta en la neurología había capítulos dedicados a la investigación en este tópico; todo para conceptualizar sobre esos dos sentimientos que en el tango estaban tan sincera y claramente demarcados.

Sí, era pura sensualidad; bailar, sentir, adivinar al otro, presentir. Era muy raro sentirse así, mujer sexual, atractiva, voluptuosa, deseada sexualmente, sin pasar del límite claro de esos minutos de danza. Y lo mismo para el compañero; todo se jugaba durante el baile. Era tanta la energía que ponían, energía libidinal, que quedaban extenuados, felices, como después del clímax. Era suficiente, más que suficiente, no necesitaban otra cosa.

Todo comenzaba y terminaba en el acto de bailar; jamás existió una insinuación, una propuesta, un guiño para ir más lejos.

Mario lo tenía claro y Eugenia se zambullía en sus brazos con una confianza ciega, sabía que eso era todo, la tranquilizaba que no existieran avances, que su fidelidad formal a Carlos estaba garantizada en lo que se podía ver y lo

que ella podía o quería sentir.

Para Mario también era la compañera de baile ideal: prohibida como mujer, bailarina excelente, alejada por completo de sus caóticas relaciones de pareja, en crisis eterna con su mujer argentina, de la que estaba separándose hacía años al mismo tiempo que avanzaba su relación con Meggie, una colega estadounidense con quien años más tarde iba a casarse para lograr la ansiada estabilidad emocional que tanto añoraba.

El baile siempre había sido una salida, una expresión, pero con el tango todo era especial; la hacía sentirse bien, le llenaba el físico y el alma, le apretaba el pecho, armaba su cuerpo de una manera tan especial, sentía que su espalda se elevaba, crecía, se volvía más alta, más espigada, la energía le subía hasta la nuca, manteniéndole la cabeza en esa posición de entrega tan característica en ella. Femenina y soberbia, como decía Mario cuando le hablaba casi en la oreja al bailar juntos.

Cuando era chica allá en su barrio, en Vicente López, había ido a clases de ballet clásico durante años.

El “Estudio de Irma” en la calle Azcuénaga era el espacio ideal para adquirir una buena base. Irma era muy buena profesora; ex bailarina, se había formado en el Colón, y a lo largo de generaciones de chicas y adolescentes que pasaron por la espaciosa sala de baile en la casona frente a las vías del ferrocarril Mitre, había desarrollado una percepción, un “ojo clínico” para ver las potencialidades escondidas en sus alumnas.

Cuando Eugenia comenzó era una nena de ocho años. Acababa de cumplirlos, el 27 de marzo.

Seria, concentrada, exigente, muy flaquita y menuda, casi ideal para el ballet clásico.

Adoraba las rutinas en la barra, las clases con el piano de la señora de Segal que hacía años acompañaba a Irma, tocando la música que correspondía a cada momento de la clase, en cada suite que Irma marcaba.

A veces Irma desaprobaba la música, había allí un momento, un fastidio, que dejaba perplejas a las nenas alineadas en la barra. —Más lento, Aída, por favor.

Los “pliés”, los “port de bras”, los “battiments” eran ejecutados a la perfección por Eugenia, con la mirada de aprobación indisimulada de Irma.

Poco era lo que tenía que corregirla. Y cuando lo hacía, Eugenia incorporaba

el señalamiento inmediatamente, se esforzaba para internalizar de inmediato la corrección.

En el colegio Eugenia era buena alumna, detestaba el incumplimiento, odiaba que la pescaran “in fraganti” con una tarea sin hacer o sin haber estudiado.

Desde que se vio su enganche con Irma y el ballet, Gloria, su madre, se dio cuenta de que era “el punto” para negociar con ella, para manejar su innata rebeldía.

—Se acabó el ballet. No vas más.

Era suficiente para que Eugenia bajara el tono, escuchara, obedeciera las órdenes maternas.

Durante varios años mantuvo viva su pasión por la danza.

Al avanzar en la adolescencia, su dedicación se fue desvitalizando.

Sin embargo, las clases con Irma se mantuvieron, ya no de ballet clásico; Irma también daba clases de gym-ballet, un invento suyo único; Irma era muy creativa, estas clases le permitieron a Eugenia “hacer algo” durante los años de universidad.

La gym-ballet, así la habían bautizado las alumnas de Irma, era una sesión fuerte de barra, con rutinas bien elaboradas, limpias, con las cinco posiciones de pie del clásico y la sexta del contemporáneo con los dos pies paralelos. Pasaban luego al centro, donde se trabajaban los abdominales en el piso frente al espejo, y finalmente una pequeña coreografía con giros, diferentes alturas expresivas, piruetas a la segunda, a la quinta. Con música pop, Irma ponía canciones de Madonna o de grandes bandas de rock, y a veces de salsa y merengue, pegadizas, con mucho ritmo.

La carrera de medicina era dura, horas y horas estudiando sentada en el escritorio de su habitación, con la ventana que daba al jardín.

En esa época adquirió el hábito que no abandonaría nunca de tomar mate sola. Hasta ese momento, el tomar mate había sido un acto social, ofrecido por otros, sin partir de la propia iniciativa.

Pero el descubrimiento del mate como compañero de estudios le completó una carencia, le cerró el círculo de su privacidad.

Eugenia siempre prefirió estudiar sola, los grupos la hacían perder el tiempo. Se charlaba demasiado, se caía en temas personales que a ella no le interesaba compartir.

Escaparse a lo de Irma siempre era una salida que la hacía sentirse bien; quedaba cerca, Irma la recibía con una sonrisa aprobadora, sin reproches a pesar de sus desapariciones, a veces de meses.

Trabajaba mucho con su espalda, su postura, agobiada por las horas de estudio y los viajes en tren con la mochila cargada con varios kilos.

—Cuidado con la espalda, Euge, te estás agobiando.

Irma la hacía elongar los dorsales, tomada de la barra con los pies paralelos, las rodillas bien estiradas, la cabeza colgando hacia abajo.

Estirar, elongar, los músculos agarrotados, tensos, qué placer...

Los años universitarios fueron de mucho esfuerzo.

Salía, iba a bailar, a recitales, a reuniones. Tenía un novio, “el Tano”, que más que novio era su chofer. Llevarla, traerla, esperarla, siempre estaba el Tano allí firme, con gran aprobación por parte de Gogó, la madre de Eugenia, que ya lo consideraba su yerno.

—Espero que no se case con este boludo.

Víctor no le tenía ninguna simpatía, estaba celoso del novio de su hija, le parecía poco tipo para ella.

Le parecía mentira que eligiera a semejante personaje, cuando tenía posibilidad de salir con quien se le diera la gana. Ya se veía, Víctor lo había observado muy bien, que la niñita se las traía con los hombres. Era muy seductora, sabía cómo tratarlos, y lo que más le gustaba de su pichona; dejarlos picando en el área, sin darles demasiada bola.

Era una auténtica hija de él y Gogó, con los mismos aires de reina de su madre. Podía reconocer las conductas con completa objetividad.

Entre los que andaban rondando alrededor de Euge, el que más le gustaba era el médico, ese Carlos, compañero de la facultad. Parecían tener bastante confianza, él la llevaba muy bien, con suavidad, la dulcificaba, en lugar de exacerbar ese rasgo autoritario tan desagradable de Eugenia con los hombres. Este Carlos la respetaba, y al mismo tiempo la tranquilizaba.

—Ojalá se enganchara con éste.

—No se te vaya a ocurrir decirlo, por favor Víctor.

Gogó sabía que un solo comentario, el más mínimo, haría que Eugenia, por llevarles la contra, despidiera al médico que tanto les gustaba para ella.

Cuando estaba cursando las últimas materias, preparando los exámenes finales, Eugenia se encerró sin querer atender el teléfono, sobre todo al Tano que llamaba desesperado.

Venían las vacaciones, así que decidió después de las fiestas y los exámenes ir

a Santiago de Chile, donde estaban los Carmona, muy amigos, quienes con sus hijos Pablo y Sebastián eran cálidos, acogedores y excelentes anfitriones.

Junto a Clara, la hija mujer, la invitaron de inmediato.

—Aquí tienes la casa —le abrieron los brazos.

Partió deshecha, angustiada, en crisis con la medicina, el Tano, la familia, el barrio, el país, el mundo.

Sobre todo, la entrada en la vida profesional, la adultez, el hacerse cargo de su propia vida, le producían pánico.

Tres meses con los Carmona, yendo y viniendo de Santiago a la casa de playa en Zapallar eternamente en construcción.

La casa era enorme, llena de espacios que miraban al Océano Pacífico, azul en verano, helado, imposible mojar un solo pie.

—Esto es solo pa' chilenos —se reía Pepe, el papá de la familia Carmona, siempre riendo, de buen humor.

Iban al puertito de pescadores a la hora en que llegaban los pocos veraneantes (aún no estaban en plena temporada). También los pájaros, las gaviotas, los gatos, todos a comer los desechos de pescado que arrojaban los pescadores.

Era un espectáculo que llenaba de energía, ver la rueda de la vida funcionando a pleno...

Se llevaban los “locos” que había que golpear en una bolsa de arpillera contra una roca para ablandarlos, los congrios, que ya se los vendían sin la piel, ellos mismos se encargaban de sacarles el pellejo como si fuera un guante, todo limpito de arriba abajo.

Por la noche, Pepe cocinaba: delicias, sabores completamente ajenos a lo que ella estaba acostumbrada, además de la introducción del “cilantro”, ese perfume inconfundible de la cocina del Pacífico...

Chile, durante esa etapa de su vida, fue su hogar, su familia, su refugio. Nunca le preguntaron nada, solo:

—Pues quédate todo lo que necesites, hasta que tú sientas que puedes volver.

—Ya lo sabes, Eugenia.

—Aquí tienes la casa.

Después de las últimas dos materias, Cirugía y finalmente Higiene, que era muy fácil, se recibió con Obstetricia.

Eran las materias que le quedaban para terminar la carrera, ya estaba harta de ser alumna, quería ser médica de una buena vez.

En la unidad hospitalaria los pacientes, enfermeras, auxiliares, familias, la trataban desde hacía años de doctora, pero ella sentía que había algo “trucho”

en ello, realmente no creía que fuera merecedora de ese tratamiento hasta no ser médica de verdad. A Eugenia siempre le molestaron profundamente los tratos con títulos indebidos.

El examen de Obstetricia fue brillante. En el Hospital Alvear, que era en ese momento dedicado por completo a Maternidad, muy bien llevado por Jorge Roberto Firpo, director del hospital y jefe de la Cátedra de Obstetricia y Ginecología.

—Qué capo que es, qué médico, después de estos tipos rompieron el molde — Eugenia comentaba en su casa y a Carlos, que estaba ya recibido desde un par de meses atrás.

Al terminar el examen, el Dr. Firpo se levantó para darle un apretón de manos.

—¿Usted se recibe con esta materia?

—Sí doctor, es mi última asignatura de la carrera.

—La felicito, colega. ¿Ya es madre?

—No, todavía no, pero sueño con serlo algún día. Médica y Madre, así con mayúsculas.

—Es la glorificación de ser mujer. La felicito.

El Dr. Firpo le apretó más las manos.

Eugenia sintió la corriente de profunda humanidad que transmitía ese hombre de unos sesenta años. En esa época de su vida era mala para calcular los años de la gente mayor, pero se dio cuenta de que era un tipo de edad.

—Y la experiencia que tiene. Lo admiro mucho.

No era frecuente que Eugenia sintiera admiración por sus profesores, era muy crítica y detectaba con mucha facilidad el narcisismo, las pequeñas miserias de los jefes de servicio, los popes de las diferentes especialidades en el hospital-escuela donde estaba y donde tenía pensado cursar la residencia en Neurología.

Había empezado la residencia en neurología en el Ramos Mejía, pero rápidamente consiguió pasar al Hospital de Clínicas, a la Unidad de Neurología “Costa Boero”.

Allí estaba también Carlos, el compañero de algunas materias de la facultad que le abrió todas las puertas; ya venía en la residencia desde hacía un año, y era uno de los residentes más prometedores.

Había entrado en la Universidad en la época de Isabelita y López Rega, ya la “Triple A” estaba actuando en la Facultad.

Sus tiempos universitarios había sido muy poco socializadores.

Miedo, cuidado, desconfianza, gente que desaparecía, conductas extrañas de

los compañeros.

Nunca se olvidaba de un muchacho flaquito, esmirriado, que llegó azul de la paliza que le habían dado; sin decir nada, se vino con traje y corbata para dar imagen de formal, pobre infeliz, aterrado.

Ella nunca supo que pasó con ese pibe. No se podía hablar, el miedo dominaba todas las interacciones.

La cursada era por unidades docentes hospitalarias.

Ella estaba en el Carlos G. Durand, un enorme hospital donde se armaban pequeños grupos; ya no eran clases numerosas, por el contrario, los grupos eran de pocos miembros y muy móviles, con horarios diferentes.

A Eugenia le encantaba esa movilidad, no sentía el peso de la pertenencia, que para ella era tan comprometido, con las relaciones donde se jugaban el afecto y las emociones; eso con una personalidad fóbica como la suya era muy costoso, prefería una y mil veces la superficialidad sin vueltas, y estar sola.

Su papá iba muchas veces a buscarla en auto, tenían un Renault Gordini al que Víctor llamaba cariñosamente “mi gordita”.

Cuando Euge se subía, se sentía a salvo. Pasaba mucho miedo, mucho.

Veía cosas raras, gente que no se saludaba casi con ningún compañero.

El rector de la UBA Ottalagano y el Ministro de Educación Ivanissevich eran personajes siniestros. Se habían terminado todas las asambleas, reuniones de cátedra, reuniones de docentes. Nada de eventos donde se pudiera intercambiar.

Un empobrecimiento absoluto de la vida universitaria.

Eugenia se acordaba de haber visto un grupito de militantes que entró en la Facultad, una chica paliducha con una bandera metida en el pullover, y fueron a exhibirla por una ventana.

Al ser desplegada, la bandera mostraba la inscripción: “López Rega asesino”. Aterrada, salió disparando. De ese grupo de socialistas nunca volvió a saber nada.

Tampoco quería, no le interesaba, sabía perfectamente que era una cuestión de vida o muerte.

Quería recibirse, cursar, meter materia tras materia y salir lo antes posible de aquel antro que era la universidad justo en su etapa de estudios. Una mugre, por qué todo tenía que ser degradante, esos baños inmundos.

Se habían suspendido los exámenes en coloquio impuestos en la época de Cámpora, dentro de todo para Eugenia era un alivio, estaba podrida de los vivillos que se adosaban a un grupo sin estudiar y pasaban una materia atrás

de la otra sin siquiera enterarse, ni molestarse al menos por la bibliografía de lo que había que ver en el programa. Era una vergüenza, una falta de ética, ¿qué clase de profesionales iban a ser esa manga de sinvergüenzas?

—Yo funciono mejor en la individualidad. No es que justifique, me parece espantoso lo que está pasando, pero lo de los coloquios era una payasada. Tenía clara conciencia de la situación. El país estaba bajo el régimen del terror, los militares que tenían el poder eran muy muy brutos, todo era posible que pasara con esa gentuza arriba.

Durante los años de Facultad, sus vacaciones fueron siempre en Villa Gesell.

—¡Qué dicha, otra vez a la Villa! Y Carlos Barocela, ¡qué gusto, esta noche vamos a verlo cantar “Muchacha del Mar”, la inolvidable canción!

También comenzaba la movida del rock nacional, Sui Generis, Charly García, Nito Mestre y los de Almendra, que se habían reagrupado en Pescado Rabioso, con el rock pesado que a Euge no le gustaba.

Tres años bailando solamente con Mario le dieron un piso, tranquilidad y experiencia que se le notaban al arranque mismo.

Fueron años de estudio, trabajo, expansión, vida universitaria y sobre todo, Saint Elizabeth’s Hospital y Harvard.

Solían reunirse en grupos para cantar, había una pediatra japonesa que bailaba flamenco, esas locuras de la personalidad y la nacionalidad. Sí, los zapateos de Jaruko eran muy requeridos. Ella llevaba sus zapatos de flamenco siempre encima, ya que había ubicado a unos profesores andaluces en la *city*.

Y el otro número obligado era el de Mario y Eugenia: así se los anunciaba, por los nombres de pila, como pareja de baile.

Ellos no se hacían rogar. Tenían la música y los zapatos siempre listos para salir.

Mucho había pensado, largas horas de terapia le dedicó más tarde Eugenia a la relación que mantuvo por aquellos años de Boston con Mario Pucci.

Le costó mucho hilar fino, entender qué la movía, en dónde se categorizaba ese tipo de amistad.

Eugenia adoraba seducir, no soportaba que la ignoraran, ella sabía que tenía que protagonizar y encantar a los otros; con su belleza, con su gracia, con su inteligencia, con el humor. Viejos, jóvenes, pacientes, y sobre todo... hombres. Pero era un deporte sin consecuencias, ya que nunca se confrontaba con situaciones desagradables. Allí ponía la barrera, la frialdad, aplicaba ese hielo que no necesitaba más explicaciones. Los hombres lo entendían de inmediato, y producía el efecto que ella estaba buscando: alejamiento,

distancia, idealización. Su alter-ego era “la mujer inalcanzable”, “la intocable”. Buscaba ese rol.

Pero también la hacía sufrir, sabía, intuía perfectamente que se estaba perdiendo una parte jugosa de la vida y de su sexualidad. Sin embargo era funcional para lograr sus objetivos. Odiaba los conflictos, y el papel de “la intachable” era el escudo inmunitario que la protegía.

—Pero el día que se suelte las trenzas, ¡uyuyuy!

Era un dicho siempre recordado de Víctor, su padre. Mario nunca necesitó un “tate-quieto”. Jamás.

Eugenia a veces se preguntaba si no sería en realidad un gay encubierto; a pesar de que le constaba que era hétero, lo había visto muchas veces en acción, se veía muy bien que le gustaban —y mucho— las mujeres, sobre todo las bonitas.

Insólitamente, ese tipo de conversación, ese nivel de diálogo, no existía entre los dos. Todo el diálogo corporal al bailar, ese conocimiento pre-verbal, las intuiciones, el adivinar presintiendo lo que iba a venir, se diluía en cuanto pasaban al plano de las palabras. Ahí, el intercambio se empobrecía, Eugenia se replegaba, la invadía esa timidez insufrible que le impedía la comunicación.

¿Le gustaba Mario? Se lo preguntó una y mil veces.

Sí sí sí.

Le gustaba como hombre, la atraía, de solo verlo se le llenaba de luz el alma. Era como ver a su hermano, a su padre, a Carlos y al “otro”, a ese otro idealizado, soñado, todos juntos, en uno solo.

Mario era alto, delgado, su cuerpo era un junco, flexible, fuerte, con músculos largos, una figura longilínea que para Eugenia era el resumen de la belleza masculina.

Estaba poniéndose canoso y sin saber cómo lo lograba lucía un suave bronceado; usaba lentes, detrás de los cuales tenía unos ojos claros con una mirada pícara, como reprimiendo la risa. Ella estaba segura de que se estaba burlando de ella y de todos en el fondo de esa muequita irónica, insoportable. Era ese dejo de soberbia, de superioridad, lo que la ponía en rebeldía, le daban ganas de ganarle, de descolocar lo.

Lo que más le atraía a Eugenia de Mario eran sus manos, largas, finas, pero fuertes, muy masculinas, limpias, cuidadas sin exagerar, con las uñas cepilladas.

Se vestía siempre informal, jeans, pantalones de corderoy, suéters de colores

muy neutros y camisas sin corbata.

Usaba zapatos de muy buena calidad, mocasines italianos o los clásicos punteados bien *british* que se compraba en las buenas tiendas de Newberry Street, donde estaban las boutiques más chic de Boston.

Alguna vez habían ido juntos, de paso se quedaban. Cuando el tiempo lo permitía, raras veces, ya que el frío y el mal tiempo eran una constante, en el “Café Avanti” bien tano, para ir luego caminando y charlando sin cesar.

Siempre el mismo tema presente: tango; muchas veces Mario silbaba y Eugenia cantaba, era buena para recordar las letras pero pésima para entonar... desde el Public Garden hasta la “Massav”.

Les encantaba caminar por la zona más europea de Boston, tranquilos, respirando ese aire único de la ciudad, donde se sentían extranjeros y al mismo tiempo muy integrados.

Una ciudad con miles de universitarios, gente joven de todo el país y del mundo, una ciudad cosmopolita que tenía de todo.

Tenían poca plata, pero Boston era una propuesta continua, con actividades culturales y para el tiempo libre muy pautadas por las estaciones.

El frío era horroroso. Eugenia odiaba ese frío penetrante, la nieve, el hielo durante meses, los resbalones, la facilidad para caerse de culo en el momento menos pensado.

Juntos se reían de los diferentes acentos del inglés, provenientes de las diversas regiones del país, sobre todo el “pure british” bostoniano, donde hasta el uso de “lift” en lugar de “elevator” marcaba la diferencia.

A Carlos todos esos detalles “sociológicos” le importaban un bledo. Quería pasar todo el tiempo posible operando, y cuando salía de los quirófanos su principal interés era aflojar el cuerpo, correr, ponerse en forma, hacer ejercicio para “estar mejor, para aguantar más tiempo, más horas en el quirófano”.

Increíble; Eugenia había aprendido ya a respetar y a convivir con ese hombre tan particular.

Si podía, también se quedaba el fin de semana en el hospital. En general se tomaban los domingos para pasear, salir de Boston en todas las direcciones según la estación. Desde los paseos en lancha por la bahía de Boston, la desembocadura del Charles River, las islas hacia el este, para pasar el día en cualquiera de esos paraísos naturales. Era una fiesta, un desenchufe total.

Nantucket Island, lejana en el mar adentro, con fines de semana inolvidables; “la Isla de los Faros”, con sus casas de huéspedes — *guests houses* — con

esos desayunos como para gigantes muertos de hambre.

Durante los tres otoños que pasaron en Boston, nunca se perdieron el “camino del fall”; aquellas rutas rurales con árboles que mutaban hacia colores imposibles de creer, parecían irreales, un capricho de la paleta más osada, no solo la gama del otoño que iba del amarillo al bordó, también rosados, violeta, plateados, el color de las hojas otoñales era único en el mundo.

—Dicen que en Canadá es más impresionante. —Carlos amaba la naturaleza. Era lo único que lo conmovía.

—No, más es imposible, no podría ser, aunque esto que tengo ante mis ojos, con el cielo azul profundo, no lo había visto ni en las películas.

Los paseos urbanos, Eugenia los reservaba para hacerlos con Mario.

—Para mí ir a Boston es un sacrificio.

Carlos siempre había odiado las ciudades. Detestaba el ruido, los transportes, las aglomeraciones, los cines siempre llenos, el teatro y los bares de la ciudad.

Le gustaba salir por el campus, pasear por los jardines de Harvard, andar en bicicleta por las sendas, hacer aerobismo, ir a la biblioteca, y sobre todo la cirugía; todo lo hacía para estar mejor en cuanto a resistir más horas en su trabajo.

Mario en cambio era callejero, se conocía las líneas de metro, emergía de las bocas de los subtes corriendo, saltando por las escalinatas de a dos peldaños, con eso hacía “aerobismo urbano”, como él le llamaba. Fue un adelantado en lo que surgiría como una verdadera disciplina deportiva décadas más tarde en las grandes ciudades del mundo.

Dentro de ese deporte también se incluía correr, subir los cordones de la vereda con los dos pies juntos, subir y bajar de un banco de plaza, saltar encima de una barrera para no cruzar, esquivar los obstáculos a toda velocidad.

—Tomate la “Orange Line” hasta Market Place. —Siempre le explicaba a Eugenia cómo llegar, con qué transporte.

Eugenia adoraba el perfume que usaba Mario, ella ya lo había olido cuando bailaban, él se perfumaba para ella, ella para él, ya Mario le había dicho que el “Opium” de Yves de Saint Laurent lo enloquecía.

La amistad que crecía entre los dos no tenía ningún referente; cada día necesitaban encontrarse, estar juntos bajo cualquier pretexto.

Pero lo que verdaderamente deseaban... era avanzar en un abrazo bailando un tango. Mario comenzó a explorar la posibilidad de que Eugenia pasara al MIT;

quería controlarla, tenerla cerca. A Eugenia no le disgustaba en lo más mínimo, así podrían bailar todos los días.

—Te conseguí una entrevista con el Jefe del Departamento de Cerebro y Ciencias Cognitivas —le dijo como al pasar.

—¿Cuándo será?

Sabía que algo había que inventar, pero tenían que encontrar una vía para vivir lo que les pasaba.

Pero como en el tango, se dejaba llevar por él, no era ella la que tomaba las decisiones; ella creaba las necesidades, que Mario se arreglara con las solución.

—Qué cómoda que sos.

—Bailarina de tango, ¿qué querés?

—El hombre propone, la mujer dispone —contestaba con una encantadora sonrisa irónica, la clásica frase estereotipada de los milongueros.

—Mañana a la mañana. Te esperan a las 10.

Estaban en el vestuario del Río Charles, desde donde se veía toda Boston; del otro lado, Cambridge, donde se situaban Harvard y MIT, cada una con su campus.

Una bahía bellísima, con los veleros moviéndose incesantes, como queriendo soltarse de sus amarras.

—Parecemos nosotros, cuando estamos por salir a bailar.

Eugenia sonrió y suspiró profundo ante la poesía que súbitamente se desplegaba en Mario, un tipo tan pragmático, con esa inteligencia cartesiana, que jamás se salía de su molde.

A la mañana siguiente quedó arreglada su pasantía en MIT.

Ahora estarían más cerca, Eugenia como más suelta. Era solo la impresión, ya que Carlos no parecía enterarse de lo que le estaba ocurriendo a su mujer.

Mario la esperó a la salida de la entrevista. Eugenia salió radiante, la experiencia de formación era muy tentadora.

—¿Nos tomamos la mañana? —Mario estaba apoyado contra la pared con un pie cruzado sobre la otra pierna.

—Sos la estampa viva de Ventarrón —se rio Eugenia.

Almorzaron en Copley Place, en uno de los restaurantitos casi vacíos. Los dos estaban ansiosos, apurados, evitativos.

No sabían hacia dónde dirigirse.

—No estoy para nada convencida de lo que vamos a hacer. —Eugenia sentía que un profundo displacer la iba invadiendo.

—¿Por qué?, ¿no creés que nos lo merecemos? —Mario tampoco estaba muy seguro.

—Creo que vamos a arruinar todo. Sobre todo el tango. Nos vamos a joder — Eugenia tenía la certidumbre de que debía limitarse exclusivamente a bailar con él.

exclusivamente a bailar con él.

Algo que jamás existió para Eugenia fue la posibilidad de quedarse a vivir fuera del país. Ni siquiera remotamente. Nunca. A pesar de los dos ofrecimientos formales que tuvo para integrarse profesionalmente como especialista en neurología clínica en el Departamento de Neurología del St. Elizabeth's.

Ella lo intuía, ya se imaginaba que iban a ofrecerle algo, se lo habían dado a entender, que esperaban contar con ella, pero nunca soñó con integrarse al plantel estable del hospital entrando de lleno a la carrera hospitalaria. Algo muy excepcional, ella era consciente... Pero a pesar de lo que significaba, pasar a jugar en “primera división” de verdad, no titubeó al agradecer de corazón al Dr. Sivadon, encargado de hablar con ella, declinando con mucho agradecimiento la propuesta.

—Es un honor, nunca se me ocurrió que pudieran pensar en mí, que algo así me pudiera pasar, no creo ser merecedora, es una oportunidad fantástica, pero... yo tengo pensado, tengo decidido en verdad, regresar a mi país, la Argentina.

Eugenia estaba roja, muy emocionada.

No podía imaginar construir una vida fuera de su país, en realidad fuera de Buenos Aires, su adorada ciudad.

No tenía fisuras en su decisión; siempre había pensado que su ida a Boston era con una vuelta asegurada.

Más aún; no veía la hora de volver, la vida fuera de su país había sido un paréntesis, como si hubiese estado suspendida durante tres años.

Boston había sido abierta, generosa, les había ofrecido oportunidades, la vida allí había sido definitivamente enriquecedora, pero ella no dudaba en cuanto al regreso.

La modalidad yanqui, la franqueza para enfrentar los temas, el realismo para encarar a los pacientes, esa diplomacia educada y formal, la iban a influenciar para siempre.

Su decisión era sin retorno, no tenía nada para considerar, ni se le ocurría. Sabía que volvía a un país complicado; sin embargo, con la dictadura militar que estaba todavía a pleno, la imagen que había del país era pésima, en una tierra lejana, despoblada, con habitantes escasos en manos de una junta militar de dictadores crueles, brutos, verdaderos antropoides.

—Es el culo del mundo.

Le divertía referirse así a vivir en ese apéndice de tierra que colgaba solitario en el hemisferio sur.

—Y sí, elijo jugar en las ligas inferiores, pero quiero vivir allá, no soporto la idea de ser un átomo como tantos extranjeros desraizados que he visto, con muy buenas carreras, sí, pero yo necesito más que la carrera para mi vida. Necesito mi país, mi tierra donde nací y me crié.

No sabía de donde le venía ese sentimiento de orgullo nacional, pero podía salir de una sola parte, seguro se lo había inculcado Víctor, su padre; pero sentía gratitud y hasta agradecimiento por su país. País tan complicado, tan injusto, tan terrible, tan violento. Sin embargo cuanto más gente veía proveniente de otros lugares, más valorizaba su educación, todo lo que había recibido, la excelente carrera de medicina que había hecho, gratis, sin pagar nunca un centavo, en ese país de locos, al que habían llegado sus abuelos.

Veía los sacrificios para poder estudiar de los otros latinoamericanos y aún los estadounidenses, familias endeudadas para que el hijo fuera médico.

Ella se había educado siempre en la escuela estatal, la primaria y la secundaria. Y además, la universidad. Reconocía su excelente formación, cuando se comparaba con los demás residentes. Parecía ingenuo, pero sentía que se debía a su país.

Quería armar una verdadera familia, esperaba llegar a Buenos Aires para buscar el primer embarazo, ya estaba cerca de los treinta y quería tener hijos siendo aún joven.

Una decisión cada día más complicada, ya que la carrera era apasionante y le consumía casi todo el tiempo.

Tenía varias colegas que se habían “dejado estar” postergando con distintos pretextos la maternidad y se habían dado cuenta demasiado tarde, a los cuarenta.

—Hay edades para todo. —Eso, con Carlos lo tenían muy claro.

Querían un hijo enseguida.

Era el momento justo, al llegar, instalarse, nueva etapa, nueva vida, además con la ayuda de su madre, Gloria, siempre incondicional con esa hija que era

la luz de sus ojos.

Era de vínculos muy primarios, muy afectivos, con su familia, la pequeña familia de Carlos y los contados amigos.

Pero de Buenos Aires también le atraía la ciudad misma, su ritmo, sus personajes, su música, sus berretines, la forma de ser de la gente, la cultura urbana tan especial donde ella se sentía en “lo suyo”.

Miles de charlas, más o menos profundas, mantuvo con Carlos, era un motivo de diálogo permanente, ya que vivían un momento muy activo en cuanto a decisiones que estaban ligadas al rumbo que podrían tomar sus vidas y sus carreras de forma definitiva.

—No me interesa hacer una carrera en el extranjero. —Se lo repetía una y otra vez, reasegurándose frente a la tentación.

Mario estaba desolado; él sí que no tenía la menor intención de regresar, estaba claro que no tenía ningún espacio en Argentina en los temas que a él le interesaban; ya lo había decidido hacía años y estaba logrando una carrera sólida en el equipo científico de ciencia dura, donde estaba integrado ya como uno más.

Mario estaba rompiendo poco a poco todos sus lazos con su país de origen, no le interesaba, no extrañaba, la poca familia que le había quedado no la veía jamás y nadie lo había visitado. Tenía una relación complicada con la argentinidad, no se sentía implicado en el lejano país. Su nacionalidad le resultaba incómoda.

Después de haber visitado Italia, la zona del norte de donde venían los Pucci, había llegado a la conclusión de que el haber nacido en Buenos Aires había sido para él solo un accidente.

—No sé qué te pasa con Buenos Aires.

Le recriminaba a Eugenia sus permanentes nostalgias, lleno de rabia, frente a las claras motivaciones que Eugenia esgrimía en cuanto a su regreso.

—¿Sabés lo linda que debe estar Buenos Aires?

Eugenia soñaba con la vuelta, no podía pensar en otra cosa, con la ilusión que le daba el inminente proyecto.

—¿Y los milicos? ¿Tenés idea de la carnicería que están haciendo? ¿Y el peronismo, y la corrupción, y los dirigentes de terror? ¿Es ése el país que querés darle a tus hijos, Eugenia? Por favor, dejate de joder; es una lacra, es un país que siempre te traiciona, no te da tregua, vieras como están todos, sin confort, viven como en el siglo 19, con esos autos de mierda, las rutas, los trenes, nada funciona, es deprimente.

Mario era muy enfático, su resentimiento contra el país crecía a medida que aumentaba su determinación de no regresar.

—¡Qué paradoja! Vos, el más anti-argentino, me metiste en el mundo de la milonga. ¿Cómo explicás semejante contradicción?

Durante los últimos meses se había instalado una bronca sorda entre los dos, discutían todo el tiempo, Eugenia se tensaba para bailar, Mario la quería llevar luciéndose él, la trababa con el zapato, la ponía en la situación de tener que pasar por encima de sus piernas.

Eran escenas de celos bailados, donde la palabra era la gran ausente, imposible dialogar como personas civilizadas.

Mario perdía toda su agudeza intelectual, se convertía en un primate, obtuso, obcecado, le brotaba un primitivismo cavernario.

El regreso de Eugenia lo tenía desolado, era una pérdida demasiado fuerte, era su cable a tierra, su refugio de identidad, algo que había armado muy laboriosamente; perderla sería para él terrible, irremplazable.

—Por favor Marito, hablemos, no podemos terminar así, peleados, estás hecho un chico, es increíble cómo te has puesto.

Eugenia quería encarar este conflicto de una forma racional, para ella no era fácil, lo iba a extrañar horrores, estaba segura de que iba a ser muy duro, muy difícil no tenerlo cerca, prescindir de su compañía, pero eran adultos, carajo, no se podía manejar como un pendejo boludo.

—¡Qué inmadurez, por Dios!

Para ella era muy difícil, no tenía por qué bancarse esas densidades.

Pero cuanto más se acercaba el final de la estadía de Carlos y Eugenia, más los llamaban para bailar, para invitarlos a cuanto evento hubiera.

El tango comenzaba a enloquecer a quien tuviera contacto con él, era un movimiento imparabile.

Fue por el último año en Boston, que comenzaron a bailar fuera de la universidad y de las reuniones del hospital.

Había una movida que se estaba armando, algo lento, pero que venía firme, con respecto al tango.

Se habían conectado con los residentes tangueros de la ciudad, Armando y Daniela, Miriam y Hugo, Omar y Virginia. Ellos eran conocidos como Mario y Eugenia, y todos pensaban que además eran una pareja en la vida, no solamente para bailar el tango. Tenían que dar explicaciones, y las sonrisas socarronas de los tangueros daban por sentado que se veía a la legua que eran amantes.

También fueron incluidos en una milonga al aire libre en el Central Park en New York, y los invitaron a bailar a una milonga bastante importante en Toronto.

Tenían preparado “El huracán”, bien marcado, con cortes y quebradas, sin letra, los violines libres para hacer muchos firuletes, eso les encantaba a los gringos.

Pero el colmo fue cuando los invitaron a enseñar, sí, a enseñar —un pequeño taller para profesionales de la danza— en el Dance-Lesley College en Cambridge, Massachusetts.

—¿Qué tal? ¡La porteñita, de dónde viene y a dónde va!

Para Eugenia no tenía demasiada importancia, ella sabía que bailaba bien, que era raro bailar tango en Boston... además de ser una pareja de tango que, ella sabía, era buena. Las falsas modestias la cansaban, era así, así se había dado y punto. Pensaba que esa humildad pretendida era una forma encubierta de soberbia.

Mario, frente a la pérdida de su trabajo de tres años con Eugenia, sentía una frustración y una bronca crecientes.

Para él era un complemento en su vida de un valor incalculable, era su soporte de identidad; cuando bailaba se sentía él mismo, bailaba sus orígenes, sus desarrollos, su desarraigo jamás nombrado, el ser argentino. Un tema tabú.

Los últimos meses pasaban a una velocidad vertiginosa, Carlos se pasaba la vida dentro del quirófano. Lo tenían que frenar, porque si podía operaba dos veces por día. Vivía en el sector de neurocirugía, y si pescaba ateneos de interfase o interconsultas, no se los perdía.

Era consciente de que toda la experiencia que acumulara era oro en polvo. Al igual que Eugenia estaba feliz con el fin del post-grado, la vuelta lo embalaba mucho, coincidían plenamente. Estaba cansado de la vida de residente, se sentía grandecito para vivir la estudiantina, ya quería arrancar con su consulta, sabía que era bueno y quería actuar ya.

Los berretines milongueros de Eugenia lo divertían, pensaba que ella tenía demasiada energía y que por algún lado la tenía que aflojar.

—Es una mina tan ansiosa —pensaba—. No voy a andar dándole importancia, sería el colmo. Es una mina polvorita, imposible mantenerla quieta, mejor que baile, además con el jeropa de Mario no me preocupo. —Carlos hablaba en voz alta mientras manejaba.

No quería empañar sus planes, sus proyectos, por suposiciones sin ninguna base. Tenía mucha confianza en Eugenia, y las andanzas de su mujer con su pareja de tango no le producían ni frío ni calor. Los rioplatenses, había algunos uruguayos, lo cargaban.

—Ché, al Mario ése vigilalo ¿eh?

—No pasa nada, se preocupan más ustedes que yo.

Siempre contestaba lo mismo, ya que a veces lo agarraban de punto. Carlos estaba seguro de cómo eran las cosas entre los bailarines.

Eugenia tenía que trabajar mucho, entregar su monografía, ella no era buena para escribir y el peso de la investigación así como el tener que presentarla ante profesores y colegas en el anfiteatro, la angustiaban sobremanera.

A Mario la partida de Eugenia lo tenía desesperado; no podía entender cuál era el tipo de vínculo que lo unía a ella. Imposible nombrar ese sentimiento. Nada había de relación de pareja en cuanto a la sexualidad, sin embargo ella era todo lo femenino, los sueños, la ilusión de la mujer idealizada, lejana, inalcanzable, resumida en una sola persona.

“No habrá ninguna igual, no habrá ninguna, ninguna con su piel ni con su voz”.

El poema de Homero Manzi le repicaba en la mente...

Canturreaba, nunca una letra de tango le había calzado a la perfección, así, describiendo el sentimiento de pérdida esencial, todavía no la había perdido y ya sentía su ausencia.

Era algo muy hondo, incomprensible como sentimiento. A Mario le disgustaba no “entender”.

Era un científico, lo irracional lo rayaba, no podía soportar sentirse dominado por nada que no fueran pensamientos que él conociera. La lógica lo tranquilizaba, pero este estado de desasosiego, casi de desesperación no tenía relación con la partida de Eugenia. Era algo más, pero no podía comprender, un hueco casi orgánico, una falta estructural.

—No sé qué me pasa con este tipo —Eugenia tampoco tenía elementos para analizar sus sentimientos hacia Mario.

—No hacemos el amor, no es mi amante, pero es el hombre más entrañable de mi vida.

—Es mi pareja de baile ni más ni menos —trataba de explicarse a sí misma. La intimidad con Mario era casi total. Él sabía todo acerca de ella. Bailando tango, se jugaba, el acercamiento era físico, pero lo que se sentía era algo superior, espiritual, quizás. Se trataba de sentir, cerrar los ojos y dejar que los cuerpos se cerraran en un abrazo perfecto, a partir del cual, las piernas se

liberaban para avanzar sin pensar nada.

Y el abrazo, apoyando el pecho, podía sentir los latidos de su corazón, si se concentraba escuchaba el bullir de su sangre.

Mario lo sabía todo, alerta la llevaba, pendiente hasta de si se le soltaba un bretel del vestido, él ya lo estaba arreglando, antes de que pasara nada. Así habían compartido instantes de increíble complicidad, complicidad muchas veces corporal, de sostén de uno al otro. Ella sabía que cuando arrancaba la música y apoyaba su brazo en la espalda y el hombro de Mario, el mundo desaparecía, la realidad se esfumaba, cerraba los ojos, bien podía “dejarse llevar”.

Mucho más allá que el baile o la música, era la vida misma, sentirse llevada en la vida. Qué goce, pero qué angustia al saber que eran instantes, que esa felicidad iba a terminar.

—Vivir el momento.

Las frases de su padre le calzaban ante todas las situaciones difíciles de la vida.

—Cómo me marcó mi viejo.

Recordaba cuando de muy chica bailaba tango sobre los pies de su padre. Víctor. Cada vez que se angustiaba con la idea de la pérdida de Mario, la imagen de Víctor con la risa franca, detrás de la barra del bar “Alpina”, acudía para iluminar el laberinto negro que la invadía.

Su papá, cuando ponían música para bailar, llamaba a Eugenia y la hacía subir sobre sus zapatos y la llevaba así, riendo, padre e hija.

—Vamos Euge, así se me sigue a mí.

Pero poco había sido el tiempo de la niñez dedicado al tango.

La adolescencia fue puro rock, los *Rollings*, el rock nacional, la eclosión de fines de los 60 —Sui-Generis, Almendra— se conocía todas las canciones, ¡si las habría escuchado!

Llevaba cerca de un año y medio en esta extraña situación con Mario, una relación que no avanzaba ya que no podían hablar; habían intentado pasar al plano de la sexualidad, realizar el deseo que los dos creían, estaban seguros que los unía, por qué diablos no podían superar esa barrera.

La respuesta a este dilema tardaría años en llegar, Eugenia era demasiado joven, no tenía experiencia en la vida, ni con los hombres, ni con la comprensión de los retorcimientos humanos como para soportar estos vínculos multilaterales.

Para despedirse, Mario la invitó a su departamento. Ya estaba separado de su

mujer argentina, ya estaba saliendo, quería armar una pareja, sabía que cuando Eugenia se fuera para él iba a ser fatal, tenía que tener un proyecto propio y allí apareció muy conforme Meggie, una gringa franca y directa que desconocía las vicisitudes históricas de las minas rioplatenses.

Quería zafar de ese tipo de mujer, en su rechazo a todo lo argentino, había también y sobre todo un resentimiento hacia la mujer rioplatense, manipuladora, usando lo femenino como un arma ante la que él caía rendido. Pero Eugenia era otra cosa. Una mezcla insólita, de misterio y transparencia. Después de la separación había alquilado un departamento, un lugar muy simple, con un pequeño living en la zona donde trabajaba, un dormitorio grande y uno chiquito que usaba como estudio.

Los sillones eran blancos, confortables. Sobre la mesita ratona un balde con una botella de champagne (todo recién comprado, especial para esa ocasión); Mario destapó y sirvió derramando un poco de espuma que Eugenia levantó con los dedos y se los puso como perfume y le mojó un poquito el pelo a Mario.

Sus ojos, húmedos, la emoción le cerraba la garganta, cuando Mario la abrazó se derritió en sus brazos.

Era el abrazo familiar, cómodo, a gusto, qué placer, qué confort.

Mario también lloraba, como hacía años que no lo hacía.

Llorar, reír, hablar, abrazarse, levantarse del sillón y caminar con ese ritmo simbiótico que tan bien les salía... no sabían cómo, estaban revueltos en la cama blanca del departamentito de Mario.

El amor no llegó; era un amor incestuoso, algo así como llevar demasiado lejos los juegos sexuales con un primo, durante la infancia.

No eran capaces, no pudieron amarse como un hombre y una mujer...

Pero la tarde cayó, comenzó a oscurecer y no podían soltarse.

—Estaría toda mi vida así —Mario estaba muy emocionado.

—El amor que siento por vos es lo más raro que me ha pasado.

Eugenia se sentía casta, sin genitalidad.

—Es como si fuera un castrado. ¿Por qué me inhibís así? —Mario la miraba como un chico. Sin los anteojos tenía un rostro ingenuo casi infantil.

—No te puedo explicar nada, yo tampoco tengo palabras. Creerás que soy una reprimida, que tengo problemas. Pero es con vos, nunca me ha pasado esto antes con otro tipo. Mario, por algo será.

—No te vayas todavía.

Eugenia ya se estaba vistiendo, se calzaba los jeans, pasó al baño, se mojó la

cara.

—Mario, no te voy a olvidar nunca.

Salió, la cara mojada en llanto, un ahogo cerrándole la garganta, dejándolo desnudo, sobre su cama solitaria, derrumbado, aplastado con la despedida más dura de su vida.

La despedida de lo que no pudo ser, de lo que no había sido, el peor de los adioses.

peor de los adioses.

El último mes en Boston pasó en un abrir y cerrar de ojos. Trámites y más trámites, enviar las pertenencias a Buenos Aires, increíble lo que se les había juntado. Llegaron tres años antes con valijas de ropa, apenas lo imprescindible y se fueron con un container de libros, discos, aparatos, ropa para la casa, cosas de invierno, cosas, cosas y cosas.

Eugenia estaba mareada ante la magnitud de lo que habían acumulado en esos tres años.

Decidieron pagar el flete y enviar todo por una empresa de mudanzas internacionales.

—Son unos mangos, no te preocupes si no después nos vamos a arrepentir — Carlos desdramatizaba, le sacaba el peso a Eugenia de la cantidad de cuestiones a resolver.

—¿Qué es lo primero que voy a hacer, Eugenia, cuando llegemos?

—Un bife de chorizo.

Eugenia había escuchado esa frase de Carlos muchas veces, era lo que él más extrañaba, la carne de allá.

Eugenia estaba más tranquila, su tristeza se disimulaba dentro del permiso general para “estar movilizada”.

A nadie le llamaba la atención que estuviera tan sensible, tan loca, con las lágrimas a flor de piel todo el tiempo.

Ninguno de sus allegados podía imaginar siquiera el motivo que resumía ese estado de desánimo alterado, inusual en Eugenia: Mario.

Las dos semanas antes de partir transcurrieron entre despedidas, brindis, los amigos de la milonga, los colegas del hospital, los diversos grupos con los que Carlos y Eugenia habían estado en contacto esos tres años.

Cuando el avión aterrizó finalmente en Ezeiza, de mañana temprano, después de haber volado toda la noche, el corazón le explotaba; se sentía con esa ansiedad en el estómago de ver a alguien muy amado después de mucho tiempo... Buenos Aires.

—Al fin.

... Lejana tierra mía, cómo te nombro, con las pupilas llenas de asombro...

La resonancia de “La Voz” con toda su cadencia y musicalidad marcaba el ritmo de su arribo...

Ya estaba en su tierra, era lo que más deseaba, esa tierra prometida que nunca más abandonaría.

Víctor y Gogó habían ido a Boston un par de veces, en verano por supuesto; llevaban la yerba, la cera de depilar, el dulce de leche Chimbote, los alfajores Havanna. Todo lo que añoraban de allá y que no hacía más que sumirlos en la más triste nostalgia cuando los padres partían de regreso.

Habían pasado muchas cosas en el país: lo más importante, la caída del gobierno militar y el retorno de la democracia.

Las noticias no eran tranquilizadoras, pero al menos se comenzaba con un juego democrático que llevaría algún día a Argentina a madurar como un país en serio. Al menos así se lo pintaban la familia y los amigos, a ella y a Carlos les interesaba mucho la inserción profesional en un país que no fuera una pesadilla desde el punto de vista social, ellos querían trabajar y desarrollarse aquí.

En el hall del aeropuerto estaban los padres, Víctor y Gogó y Marcelo, el hermano menor de Eugenia, además de la hermana de Carlos y la madre.

La familia de Carlos era poco numerosa, sumamente disgregados.

—Yo no les doy tanta bola.

Carlos decía siempre que su familia era Eugenia.

Fueron a vivir al departamento que habían mantenido desde su partida a Boston.

—Por suerte tenemos donde acampar. ¿Te imaginás si hubiéramos alquilado el departamento?

—Un incordio, tendríamos que haber ido a parar a lo de tus viejos.

—¡Brrrr! De solo pensarlo, se me paran los pelos.

—¿Tan terrible te parece ir a lo de los viejos?

Eugenia se picaba de orgullo, no podía entender que para Carlos fuera un tremendo sacrificio soportar al familión, confianzudos, en el fondo hasta irrespetuosos.

Una cosa era Eugenia sola, y otra era ella en su contexto familiar, se transformaba, hablaba fuerte, con el padre, Víctor, entraba en una espiral de cargada insoportable.

—Estás celoso del viejo, ¿eh?

—Ni en pedo, me canso, Euge, tengo mucho que pensar. En lo de tus viejos, no

puedo. Qué celos ni celos, no seas ridícula.

Sin embargo ella sabía que algo había, algún sentimiento que para él era inconfesable.

Carlos no era posesivo, había conocido a Eugenia y aceptaba a su familia, sus circunstancias, su amor al baile, a Mario, todos sus quilombos, pero que no lo invadieran a él.

—Necesito paz.

Era su frase más frecuente.

El proceso de reinstalación en Buenos Aires fue rápido, sin obstáculos, como aceitado para los dos.

Justo en esos días, Eugenia anunció el primer embarazo, el de Micaela.

—La felicidad.

Era una beba muy deseada, Carlos estaba desesperado por tener un hijo.

—Una hija, en realidad, una hija, se llamará Micaela.

El embarazo transcurrió rápidamente, en medio de decisiones sobre la carrera hospitalaria, entrar como prestadora en las mejores cartillas de la prepagas de la ciudad.

Compraron el piso para los consultorios, el de Marcelo T., el 3º piso estilo francés, que reciclaron inmediatamente. Para el fin de ese año estaban instalados en el nuevo consultorio, con una sala de espera con chimenea, que estrenó Carlos, porque ya Eugenia estaba al final del embarazo de Micaela que iba a nacer a fines de febrero.

Se sentía muy rara, la maternidad no le producía esa exaltación a la que se referían las mujeres en general.

Sabía que era muy contradictorio, se daba tiempo para poder asumir tantos cambios.

Cuando se ensombrecían sus sentimientos, Eugenia se asustaba.

Tenía la idea, sacada quien sabe de dónde, que la mujer embarazada transmite la felicidad al hijo que está esperando. Y “esa” sensación, ese agujero justo en la boca del estómago, ella lo conocía.

Era angustia.

En verdad su vida había sido demasiado rápida, después de haberse recibido no había tenido tiempo de analizar nada, sentía una nube sobre su cabeza, algo que ensombrecía su felicidad que parecía que tenía que sentir obligadamente, al menos todos le decían lo mismo.

Mujer, acuérdate de mí, yo soy aquel muchacho soñador.

La letra de “Perfume de Mujer” quedaba al dedillo, acudía a su mente cuando

pensaba en Mario.

Y pensaba mucho en Mario, no sabía si había hecho bien en dejarlo. ¿Por qué habían sido tan cobardes?

Tenía que reconocer que lo extrañaba demasiado.

No solo había sido culpa de ella, él finalmente había sido un pu- silánime, incapaz de dar un triste paso por sí mismo.

Pero algo sí estaba claro: no debía acercarse nunca más a él.

Había sido un veneno en su vida, se le había metido en la sangre sin ningún permiso y le había complicado la vida de forma irreversible.

De vez en cuando escuchaba las grabaciones que solían bailar en Boston, era lo más triste que podía hacer, era como apretar sobre un golpe, hacerse doler a propósito.

Sabía que aquello era lo peor, sobre todo pensando en su embarazo.

Decidieron ese año alquilar una casa en un country en Pilar para estar cerca del Otamendi, donde sería el parto.

Eugenia estaba hecha un globo aerostático, flotando en la pileta, bronceada, al final del embarazo parecía feliz, aparentaba estar conforme con el ritmo que iba tomando su vida, tal como ella lo había planeado. Nada se salía de los marcos preestablecidos, pensados y armados con antelación.

Carlos regresaba del centro por la tarde, lo más temprano que pudiera, se ponía un short, y *plash*, a la pileta.

—¿Qué hacés globito?

Carlos era hinchado de Huracán, el “Globito”. Besaba a Eugenia y la panza, a Micaela, ya la nombraba como si la conociera.

Por la noche, él se ocupaba de todo: la parrilla, la mesa en la galería; las novecitas fuera de la Buenos Aires hirviendo en verano, eran otra cosa.

El parto fue rápido: Eugenia colaboró mucho, tranquila y confiada.

El obstetra era Cantizano, “el negro Canti”, colega, compañero de estudios, excelente profesional y también cirujano, Eugenia se había cubierto por todos lados. Con la neonatóloga, también colega de excelencia. El pánico de Eugenia era algo neurológico en la beba, que hubiera pasado desapercibido, pura deformación profesional, la típica aprehensión de los médicos. Carlos la reaseguraba, estaba tranquilo, sabía que todo iba a estar bien, que Micaela vendría con completa normalidad.

Y así fue.

Micaela nació y creció como si siempre hubiera estado en la familia.

Era muy linda, con carita de ángel. El pelo dorado, llena de bulecitos que le

brillaban a la luz, los ojos grandes, azules como los de Carlos. El cuerpo largo y tónico de Eugenia, siempre se dormía en un escorzo de danza.

—Esta sí que me va a salir bailarina.

—Dejate de joder Euge, que sea feliz, es todo a lo que aspiro.

Carlos sabía que la hiperexigencia era un karma para Micaela.

Cuando llegó Eugenia de vuelta del Otamendi, ya estaba Delia, la muchacha de la casa de sus padres de toda la vida.

Conocía a Eugenia desde chica, sabía cómo mimarla, cómo consentirla, la quería como a una hija.

Cocinaba como una reina, todas las comidas que a ella le gustaban.

—Ni te acerques a la cocina —Delia sabía que Eugenia era un desastre cocinando.

Estaba a sus órdenes, y se quedaría en la casa. Ella iba a ocuparse de Micaela. Eugenia no pensaba parar de trabajar, no concebía la vida sin la profesión y no veía el conflicto para dejar a la nena por unas horas al día en manos de Delia, en quien confiaba ciegamente, más aún que en ella misma.

Se sorprendía cuando todos le averiguaban.

—¿Y? ¿Qué pensás hacer? Seguro vas a dejar la profesión por un tiempo, ¿no?

—No y no, voy a seguir, de manera más intensa que nunca. Son años definitorios. ¿Por qué me imponen un conflicto que no tengo? Para mí la maternidad no está reñida con mi desarrollo personal.

La antinomia maternidad-trabajo le parecía ridícula y artificial.

—Al menos en mi caso.

Reconocía lo desesperante que resultaba la vida de las mujeres que tenían que cumplir con la doble jornada, como madres y como trabajadoras. Había visto en los hospitales el sufrimiento de esas mujeres que no podían dividirse en mil pedazos para atender al hijo enfermo, a los otros chicos, encima de tener que trabajar para ganarse un sueldo. Era una feminista por principio, por solidaridad, que reconocía que la causa de la mujer debía ser luchada, pero... la maternidad era una decisión que cambiaba completamente el color del conflicto.

—Cuando hay criaturas...

Eugenia sabía que su situación era muy especial, que no podía compararse con nadie.

—Soy una privilegiada.

—Soy una privilegiada.

Varias veces trató de conectarse con el mundo de la milonga, que comenzaba a eclosionar en Buenos Aires por ese tiempo.

Copes y María Nieves habían tenido un éxito fenomenal en Nueva York y en París, a donde actuaban barrían, al desembarcar con “Tango Argentino”.

Nadie se resistía a este nuevo tango con coreografías, la precisión casi acrobática.

El componente de espectáculo se había incorporado rápido, así el tango había cambiado mucho en los últimos tiempos.

A Eugenia le gustaba, le interesaba como desarrollo para la música que amaba, pero permanecía muy apegada a lo que ella llamaba el “tango honesto”.

Había muchas figuras, todas esas coreografías artificiales que le parecían importadas de otras danzas, el tango se estaba globalizando, con el peligro de parecerse a la salsa o al jazz-dance, se estaba lavando su esencia.

Pero no era ella quien fuera a detener un movimiento que se venía en forma arrolladora.

—¿Vamos a alguna milonga?

—Ni loco, me aburre, me deprime, a mí dejame de joder con el tango, no me gusta.

Carlos era terminante.

—Buscate algún Mario —el sarcasmo de su marido la hería.

Allá había quedado Mario, no había vuelto a saber de él, habían evitado escribirse, hablarse, dejar que el duelo de la despedida se sanara con lo que Eugenia llamaba “El Doctor Tiempo”.

Eso no significaba que no pensara muy frecuentemente en él. Era como un ideal que había quedado en su interior, un refugio para su fantasía.

Disfrutaba sabiendo que era un sueño solo de ella, que no podía ni quería compartir con nadie.

Ese disfrute infantil era una faceta muy inmadura de sí misma, de saber que sus pensamientos eran propios, que le pertenecían sólo a ella.

Un refugio interior.

Durante ese período hacían mucha vida familiar. Sobre todo con la familia de Eugenia, los padres, Gogó y Víctor, que asumieron como abuelos con una

naturalidad y alegría notorias.

—¿Cómo que cómo me voy a sentir siendo abuela?—Feliz, enloquecida, si a veces me preguntan si es hija mía la Mica.

Gogó se divertía mucho con su nieta, además la nena era realmente asombrosa por su belleza, viva e inteligente, con una capacidad especial para seducir a todo el mundo con sus monerías.

Cuando llegaban ellos, por la tarde, juntos o separados, corrían hacia Micaela. El que se desocupaba primero, salía disparado hacia Vicente López, luego a Martínez, donde compraron la casa.

No querían criar a sus hijos en Buenos Aires.

—Es una ciudad insana. —Los dos coincidían en la apreciación.

—Nuestros hijos crecerán en una casa con jardín, perro y gato, fuera del infierno de los departamentos urbanos.

Y además, lo no dicho, pero que pesaba mucho en la decisión:

—La cercanía de mis padres.

Eugenia lo admitía más abiertamente.

Los padres, Gloria y Víctor, eran la supervisión que necesitaban para dedicarse con tranquilidad y seguridad a la medicina.

Ni hablar de Delia, dedicada exclusivamente a Micaela, criándola con devoción.

Dos años más tarde nació Luciano, planificado, pero no para tan pronto, ni bien se largaron quedó embarazada, bueno, allí estaba.

—Con éste se cierra la fábrica —Eugenia se consideraba ampliamente reproducida, con dos hijos.

Una nena y un varón, habían cumplido con el recambio demográfico, como solía decir.

Delia se ocupaba de los chicos, Micaela ya iba al jardín de infantes, los abuelos estaban al pie del cañón para lo que necesitaran.

Carlos era muy responsable como padre. Se ocupaba de los chicos en permanencia, sabía cambiarlos, cuidarlos, bañarlos. Las tareas de cuidado de los dos niños estaban completamente repartidas, además. Carlos disfrutaba con el cuidado de los chicos.

Algunos amigos decían que era más maternal que Eugenia.

Durante aquellos tiempos, el país había vuelto a la democracia, Alfonsín había ganado las elecciones.

Eugenia, que había hecho la carrera universitaria bajo la dictadura, se había acostumbrado a no participar en política.

Tampoco le interesaba. Había concurrido a unas pocas asambleas en la facultad, en la época del peronismo, y se había quedado con la boca abierta con el despliegue de gritos, frases hechas, cánticos, las banderas, los carteles, las pancartas.

Tenía una inclinación casi visceral por el pensamiento democrático y el análisis de las cosas de forma tolerante y nada autoritaria.

Para ella era un show incomprensible, no podía creer cómo se enganchaban, cómo se transformaban sus compañeros, gente racional, inteligente, en verdaderos animales con un pensamiento simplista, adhiriendo a ideas cuadradas, con un principismo ingenuo, hasta ridículo.

Tenía muy presentes esos años en que varios militantes habían desaparecido; el caso de Daniel, un estudiante de medicina que vivía a tres cuadras de la casa de sus padres, en esos tiempos su casa, en Vicente López, aquello la había puesto al rojo vivo. Lo habían llevado a la mañana temprano, al salir de madrugada para la facultad.

Estaba caminando hacia la Avenida Maipú para tomar el 60 que lo dejaba en la puerta de la Facultad de Medicina, cuando lo cruzaron con un auto y lo metieron a la fuerza.

Era un chico delgado, pálido, con ojeras marcadas, bastante estudioso, Eugenia lo encontraba con frecuencia en la parada del 60.

—Desapareció, se lo chuparon, lo secuestraron.

Eugenia explicaba en su casa, tenía claro que se vivían tiempos muy delicados.

Su padre, Víctor, estaba espantado.

—No te vayas a meter en nada, Euge por favor, mirá que la cosa está muy jodida.

—Pero papá, en qué querés que me meta yo.

—No sé, pero nada es nada, no participes, que no te fichen.

Víctor tenía pánico. Sus hijos, los dos universitarios, estaban en riesgo, él intuía que por cualquier pavada les podía pasar algo.

Con el cuidado y la vigilancia del padre, Eugenia pasó por la universidad sin conocer la vida universitaria. Muy pocos amigos, algunos novios, grupos de estudio, pero más bien tenía tendencia a arreglárselas sola.

Fueron años de esfuerzo, la carrera de medicina la obligaba a estudiar muchas horas, no tenía tiempo libre, el día no alcanzaba, el tiempo se quemaba.

Recién al regreso de Boston, con los embarazos, los nacimientos de Micaela y Luciano, la vida tomó un ritmo más tranquilo, con agendas estrictas que

organizaban el ya de por sí complicado esquema, pero estaban de acuerdo con cómo encarar esta etapa, al compás de la profesión, una vida rutinaria y organizada que a Carlos lo hacía sentir feliz, contenido dentro de un marco que lo reaseguraba, ya alejado de cualquier bohemia disruptiva que significaba perder el tiempo; la vida era corta para lo que lo desvelaba, construirse, ser el mejor, el tiempo libre de lleno dedicado a la familia que estaba armando con Eugenia.

Se sentía satisfecho con sus logros.

Pero Eugenia, secretamente se moría de aburrimiento.

Ni ella lo sabía.

Ni ella lo sabía.

El papá de Eugenia, Víctor, era un personaje, un hombre vital, muy presente en la vida familiar, y figura relevante para ella.

Era su guía, tutor, siempre estaba el “qué pensará mi padre”, cómo podría llegar a resolver tal o cual problema; si bien era una persona sencilla, sin sofisticaciones, tenía una tendencia a la reflexión, a un pensamiento original, creativo sobre casi todas las cosas de la vida. Y sus dichos, refranes, anécdotas con las que ilustraba las situaciones con un toque cómico, humorístico, a veces rayano en lo sarcástico.

Víctor era un tipo afectuoso, alegre, en extremo sociable, tenía tendencia a crear grupos, hacer invitaciones, era frecuente que reuniera a la gente para todo, hasta para mirar un partido de fútbol o una pelea de box.

Sus análisis políticos, sus reflexiones sobre la realidad del país, eran intuitivamente progresistas; sin proponérselo, se inclinaba con naturalidad hacia las causas populares, la comprensión de las mayorías más desamparadas; era coherente, difícil pescarlo en una contradicción.

—Vénganse a tomar mate.

Invitaba.

—Lo charlamos en casa, ¿no Gogó?

La miraba de reojo, a sabiendas de la bronca que se le venía, sabía que Gogó se sentía invadida y no dejaba de expresárselo de forma acalorada.

Su mujer se indignaba con las invitaciones extemporáneas

¿Por qué tiene que ser todo en casa? —lo miraba furiosa.

Y encima caían algunos avivados con las manos vacías, ahí Víctor ponía una picada, siempre tenía algo para ofrecer.

—Pero Gloria, es un salamin y un poco de queso, dejate de joder.

—No es por el salame, es tu actitud, claro, así se te pega todo el mundo —

Gogó adoraba la privacidad, la casa tranquila, mirar tele sola, leer sentada en el living, pero con este hombre con hormigas en el trasero era imposible vivir en paz.

Fiestas para todo lo que mereciera ser festejado u honrado, o lo que le parecía a Víctor que era digno de un brindis.

Le atraía la diversidad cultural, las diferentes maneras de comer, beber.

Gogó, su mujer, por el contrario era muy tajante, práctica, de pocas palabras.

Víctor detestaba que se enojara, ya que podía mantener silencios de semanas, justo lo que a él lo mataba. Día tras día era capaz de sostener la mirada despectiva sin pronunciar palabra, haciéndolo sentir un gusano, mirándolo desde las alturas por encima del hombro.

—Qué duro es aguantarla cuando se raya.

... “Siéntate a mi lado, mi noble esposa”... entonaba “Calor de Hogar” al imitar la voz de Julio Sosa, el objetivo era aflojarla, hacer que sonriera.

A veces lograba que se tentara de risa, entonces se soltaba la tensión de una semana o diez días de pesados silencios, que todos en la casa tenían que soportar.

—Salí —lo echaba.

Ya estaba, Gogó lo echaba de su lado, tentada de risa, cuando Víctor avanzaba tomando todo en broma, pero eso significaba que el chubasco había pasado. En la casa todos marchaban al ritmo de Gogó, los hijos, Eugenia y Marcelo también tenían contrariarla.

—No la contradigas.

Había creado un régimen del silencio, la no-comunicación, todo lo contrario que Víctor, era maestra en los sobreentendidos, miradas cargadas, gestos corporales, con los hombros, sonrisas que había que interpretar.

Eugenia conocía muy bien lo que significaba una mirada paralizante de su madre, bastaba para que parara de hacer lo que venía haciendo, entendía en el acto la desaprobación.

Era Víctor quien había enseñado a su hija Eugenia a bailar tango, desde muy chica.

—Dale papá, ahora conmigo, haceme bailar.

Se interponía entre sus padres, celosa en cuanto bailaban más de dos o tres tangos seguidos. Era para ella un mundo cerrado, inaccesible, sus padres concentrados en el abrazo en el que ella quedaba afuera.

Eugenia miraba fascinada a sus padres bailar juntos el tango y la milonga.

Bailaban bien, a su estilo, como se bailaba en aquellos tiempos, sin figuras, pocos firuletes, solo algún ocho de vez en cuando dibujado tímidamente, algunos cortes, que ya se conocían; todo era muy personal, la danza era pura improvisación. Víctor y Gogó parecían haber nacido bailando juntos.

Al bailar se esfumaban los malentendidos, los silencios despreciativos de Gogó, era como si una varita mágica recorriera sus contornos para dulcificar las facciones de Gogó; Víctor llevándola con suavidad, sabía que solo duraba unos minutos, tener a su mujer así, esperando la marca, disfrutaba mucho por

lo efímero del goce.

El tango producía en ellos el efecto de diluir la discordia, podían resolver peleas de días de silencios espesos como paredes, sin intercambiar palabra, de repente se producía el milagro; los cuerpos tenían la palabra, sin que se necesitara de ningún diálogo, de aclaración alguna.

El tango era otro idioma, el del afecto, el sentir la música, concentrarse en lo que las piernas pedían. Y la mujer enlazada, así entre los brazos, Gogó lo sorprendía con adornos en la danza para los que pedía espacio así sin necesidad de hablar.

Víctor la entendía, se plantaba bien aplomado en las dos piernas y le abría campo para que ella se diera el gusto con los arreglitos, en general vueltas en redondo con la punta del pie, una especie de amague que la concentraba y le daba liviandad al baile.

—¿Qué más se necesita? Una mujer que resume al mundo, es todas las mujeres.

Vivía enamorado, muy agradecido por lo que la vida le deparaba. Su mujer, los chicos, el bar, los vecinos del barrio, la música, el tango.

Era frecuente que los cumpleaños, bautismos, casamientos, terminaran con música; se corrían los muebles y ya, el baile.

Nunca faltaba el tango. Era el sello de identidad, como el asado de los domingos y el pastel de carne de Gogó.

Eugenia había tenido una infancia se podría decir feliz, con sus padres, que se querían mucho, su hermano menor, Marcelo y disponibilidad en general de toda la familia hacia ella.

Una familia de trabajo, no había tiempo para otra cosa.

Levantarse temprano, Víctor al bar, Gloria las tareas domésticas y su trabajo como asistente en el estudio del Dr. Scagliaro, en San Isidro, cerca de los tribunales, en Av. Centenario, donde estaban los abogados que actuaban en relación a esos juzgados. Tenía bastante responsabilidad en el estudio, llevaba la parte administrativa, las firmas de documentos, pasaba los escritos, hacía los trámites, era un trabajo prolijo, el Doctor no toleraba los errores, confiaba en ella como una extensión de sí mismo.

Además, los niños, las compras, que todo estuviera listo para cada uno.

Y los chicos, a estudiar. El máximo valor de la familia eran los estudios universitarios.

La expectativa mayor era verlos en la universidad, recibidos, profesionales.

Gogó soñaba con sus hijos, sobre todo Eugenia, por ser mujer, para ella era un

desafío, que su hija fuese una profesional seria.

Víctor había renunciado a hacer presión para que su mujer dejara de trabajar.

—No tenés necesidad.

—Sí, tengo, necesito la independencia.

—Por los dos mangos que ganás.

—Sí, pero soy yo la que le paga a Delia, Víctor, por favor para mí no tiene precio, salir de la casa, ventilar mi cabeza, tener mi mundo, mis responsabilidades.

No quería faltar, ni tomarse licencias, administraba sus vacaciones para que coincidieran con las ferias de tribunales, y a eso se tenía que ajustar toda la familia. Víctor se sometía a actitudes muchas veces despóticas de su mujer.

Durante toda su vida laboral Gloria ocupó el mismo lugar, en la oficina del frente del escritorio de San Isidro, con sus polleras rectas, camisas blancas o en tonos pastel, el collar sencillo de perlas, los aros haciendo juego.

Era muy buena dactilógrafa y la prolijidad de sus ficheros era infalible.

Cuando llegó la computadora y después Internet, fue la primera en aprender a manejar una planilla de cálculos, entendió a la perfección los procesadores de texto, el doctor Scagliaro no cazaba nada, lo que convertía aún más a Gloria en indispensable para el estudio de abogacía.

Los hijos se habían criado con esa disciplina, la madre en su trabajo, el padre en el bar, también desde temprano.

Gogó provenía de una familia de origen napolitano, más exactamente del sur de Nápoles, Salerno. Los padres habían llegado y la adaptación al país fue instantánea. Habían perdido el idioma italiano, Gloria lo recuperó con una facilidad innata en la “Cristóforo Colombo”, los cursos de conversación para adultos le permitieron hablar el italiano como si siempre lo hubiese sabido.

Víctor, era de origen valenciano.

—Los dos venimos del Mediterráneo —le decía a Gogó, su mujer, tratando de subestimar las diferencias culturales a las que él atribuía el abismo entre él y su esposa.

... Cómo ríe la vida, si tus ojos negros me quieren mirar...

“El día que me quieras” resumía sus sentimientos hacia ella.

—Son como dos mundos.

—Sí, la vieja es una piedra.

—Y el viejo un dulce de leche.

—Un blandengue.

Los hijos sabían que era un misterio el amor que mantenía unidos a sus padres. Pero se intuía la sensualidad, la atracción que irradiaban como pareja. Tenían un mundo propio, lleno de matices, secretos, siempre temas codificados que le arrancaban a Gogó una sonrisa de pícaría.

Eugenia no lo dudaba, al terminar la secundaria iría a la facultad, para ella era la continuación lógica, lo que de ella se esperaba, no se le ocurriría no estudiar.

La idea de entrar en medicina se le ocurrió en cuarto año, cuando vio que le fascinaba la biología, la anatomía y la fisiología. El profesor Durán del Nacional de Vicente López, se lo dijo, solo una vez:

—Vos tenés que estudiar medicina.

El bar de Víctor, en Avenida Maipú al 800, el “Alpina” en verano se convertía en cervecería, con mesas en la vereda, donde iba todo el barrio, después de cenar, a tomar un *chopp* y pasar la velada comiendo maníes; cuentos, chismes, análisis de la actualidad política, novedades del municipio.

Los vecinos no llegaban a ser amigos, pero era frecuente que se juntaran alrededor de una mesa dos o tres parejas del barrio, con los chicos siempre listos para jugar en la vereda, molestando, riéndose, al inventar delirios para interrumpir todo lo posible a los mayores.

Víctor era un líder nato, siempre estaba generando cosas, acercar y conectar a la gente entre sí era para él algo natural, le salía sin esfuerzo.

En el bar había un piano, desafinado, pero allí estaba, por las noches especialmente en el verano se armaban grupos espontáneos de jazz, bolero, sobre todo tango.

Gogó tocaba el piano y Víctor disfrutaba estimulándola a ejecutar su sucinto repertorio. Le producía ternura ver a su mujer, tan ríspida, tan cortante, con los ojos entrecerrados, en su mundo, en su música.

Su fuerte eran los tangos, todo lo que pudiera pescar con arreglos para piano. Tocaba tres o cuatro temas sentada al viejo Steinway de media cola, que tenía una sonoridad importante; uno de sus favoritos era “La luz de un fósforo” de Cadícamo y Villanueva; comenzaba con acordes suaves, para introducir la melodía. A veces, en raras ocasiones, cantaba. Tenía que estar muy inspirada... cantaba con una voz baja, casi ronca. Ese tango en especial, lo estiraba, lo lentificaba para disfrutar...

... *Otra ilusión que se va, del corazón y que no vuelve más...*

... *Nos encontramos tú y yo, a conversar nos detuvimos...*

... *Un aire raro tenías, cuando callabas, cuando reías...*

... *La esgrima sentimental*... ¡Cómo le gustaba esa frase!... *la esgrima sentimental*...

Al ver y oír cantar a su mamá, Eugenia se preguntaba si tendría alguna historia clandestina, un amor prohibido, su madre era una mujer misteriosa, nada que ver con la transparencia casi ingenua de su padre.

... *La luz de un fósforo fue, nuestro amor pasajero*...

Casi siempre elegía tangos románticos, tristes, “abolerados”, de amores imposibles, que producían infelicidad, pero melodiosos musicalmente.

Le gustaba dejar esa desazón, ese aire de tristeza en el ambiente.

Segura de herir indirectamente la rebosante alegría de Víctor, que llenaba el silencio que se había apoderado de la concurrencia con el efecto que Gloria conocía de antemano:

—Dale, cantá “La flor de la Canela”.

El valsecito de Chabuca Granda, tocado al piano y cantado por Gogó, dispersaba los resabios de nostalgia y tristeza que Víctor detestaba.

Sobre el piano del bar, una foto, un retrato de Gloria encuadrado, que Víctor había colocado con mucho orgullo.

Estaba en aquella imagen, acodada sobre el piano, con los hermosos ojos negros perdidos a lo lejos, parecía mirar quién sabe dónde.

Una sonrisa se esbozaba en sus labios pintados de rojo oscuro. Se había maquillado especialmente para aquella sesión de fotografía: mucha sombra, abundante rimmel para enmarcar sus largas pestañas.

Llevaba un *corsage* con manga china, con rebordado con piedritas, bien a la moda del momento.

El pelo largo, ondeado, negro, caía sobre un hombro.

Aros brillantes de *strass* y la gargantilla haciendo juego.

A Eugenia le encantaba esa foto de su madre, era difícil reconocerla en una actitud casi desconocida, como si fuera otra mujer.

Soñaba con ser como ella cuando fuera grande, pero sabía que no llevaba la belleza casi perfecta de sus facciones.

—Sí en los ojos, son iguales a los de ella.

Contestaba ante la inefable pregunta.

—Pero la nena no se parece a ninguno de los dos, no parece hija de Gogó.

No todas las noches Gloria iba al bar, había que ocuparse de la casa, pero sí buscaban un momento de la tarde para que la familia se reuniera, el bar era una prolongación del living de la casa.

Tango se bailaba muchas veces, Eugenia se quedaba absorta al mirar y tratar

de comprender cómo hacían los Neme, con semejantes panzas, marido y mujer, para bailar con tanta gracia en esos desplazamientos livianos. Leonor, la señora de Neme, femenina, provocativa a pesar de sus kilos de más, con los tacos aguja y las polleras angostas, tubo, con tajo.

Eugenia no podía dejar de pensar cómo harían para hacer el amor, la divertía imaginar a las pareja, en la cama, teniendo sexo. Era uno de sus pasatiempos privados, no podía compartir semejantes pensamientos con nadie, su madre la hubiera querido matar, pero a ella se le ocurría e inmediatamente la sonrisa traicionera se le instalaba, temía que su gesto la delatara.

—Y los escotes, con tamañas tetas —se reía.

Susy y “el Gato”, el abogado de consulta del barrio, eran otra de las parejas que se largaban a bailar, para gran placer de Víctor, que hubiera convertido el Alpina en tanguería.

Pero no eran épocas de apogeo del tango, más bien los porteños se inclinaban con facilidad al folklore, que renacía, se instalaba en peñas, clubes, todos querían rasguear una guitarra y entonar una zamba o una chacarera. Los Chalchalersos hacían sensación, Eduardo Falú con su voz profunda, Mercedes Sosa, la voz inigualable de “la Negra”.

La milonga picante, más suelta, era el ritmo que atrapaba a la concurrencia, y los ponía a bailar de inmediato.

También a veces ponían discos de rock and roll, grupos argentinos, lentos.

—Qué maravilla que es el tango —decía Víctor.

—Mirá, árabes, tanos, judíos, gallegos, no hay nada que hacer, todos lo bailan.

—El tango une.

—El tango une.

En el 84 o el 85, Eugenia y Carlos iban al cine una vez por semana, era la única salida posible, al cine y a comer, para desenchufarse de los chicos y del trabajo. Se iban al centro, en general los viernes.

Había costado muchas peleas, escenas a veces rayanas en la crisis, que Carlos aceptara salir al centro, no quería saber nada de la ciudad, para él el fin de semana comenzaba con un desenchufe el viernes mismo.

Pero Eugenia había insistido, sus planteos de insatisfacción con la vida que llevaban ya comenzaban a aburrirlo, a hacerlo sentir entrampado.

Para ella era muy similar la situación.

—No coincidimos en nada.

La frase se iba enraizando en la cabeza de Eugenia, no quería ni

pensar qué era lo que necesitaba para lograr coincidencias. —No hay por qué coincidir en todo —era la respuesta cuadrada, sin apertura, del lado de Carlos.

Habían nacido Micaela y Luciano, los dos muy chiquitos eran bastante demandantes. Por suerte, era increíble la dicha, pero Delia se había mudado con ellos, al cuidado de los dos bebés; si eran muy seguidos, la atención era continua, y Eugenia no había querido parar sino lo imprescindible, una vez pasado el puerperio, meterse de lleno de nuevo en la profesión, y a tiempo completo.

Su relación con la maternidad era muy especial, por momentos se sentía culpable, pero contando con Delia, podía cerrar los ojos y salir de su casa tranquila, si hubiera tenido que quedarse ocupada de su casa e hijos como habían hecho tantas colegas, no hubiera podido tolerarlo.

Las comidas, la ropa, la limpieza, los baños de los chicos, Eugenia llegaba a la noche y todo andaba sobre rieles, un verdadero milagro.

Además Carlos colaboraba mucho, estaba acostumbrado a tomar

las riendas de la casa, conocía lo doméstico como si siempre lo hubiera hecho. Ya de soltero había vivido solo, y en su trabajo tenía que mantener una prolijidad y un orden que supervisaba al detalle. Se habían traído costumbres muy yanquis, la gran innovación era el lavaplatos, que todavía en Argentina no se utilizaba. Y la mayor novedad: en Estados Unidos el hombre levantaba la mesa, lavaba los platos, podía hacer todas las tareas domésticas. Carlos no tenía problema alguno en colaborar en cualquier tarea del hogar, era un hombre hábil y práctico, para él era sencillo comparado con el control absoluto que llevaba en los quirófanos donde pasaba gran parte de su vida.

Conocía a la perfección el uso de todos los electrodomésticos, si Delia tenía que ir a acostar a los chicos, ningún problema en ocuparse de levantar la vajilla de la mesa y dejar la cocina ordenada. Eugenia, extenuada, con los pies arriba de la mesita ratona. —Ay Carlos, perdoname, pero no doy más.

—Dejá Euge, quedate descansando, yo lo hago, no me cuesta nada.

En una de esas salidas, eligieron para ver un estreno: “El Baile”, de Ettore Scola.

Eugenia se quedó fascinada, al otro día se escapó para ver de nuevo la película, esta vez sola; no podía creer la forma magistral que había utilizado el artista para pintar el mundo de los salones de baile, los personajes, la ropa, esa gran comedia trágica que encerraban esos claustros, como ella les llamaba a los lugares donde se cultivaba la danza de salón.

Y la comedia trágica de todos los tiempos: lo femenino y lo masculino, el juego de la seducción entre los sexos.

La apasionaba observar cómo todas las culturas habían generado ritos para pautar esa seducción.

Y el rito más humano... el baile.

No podía hacer otra cosa que relacionarlo con el ambiente milonguero.

Esa película le desencadenó una ola de vivencias que estaban adormecidas en ella, que creía que habían desaparecido. Las veces que la volvió a ver fueron incontables. Cada repetición de ese film le generaba vivencias nuevas, la interrogaba otra vez sobre el milagro de la danza. Y para ella eso era el tango. Ella había tratado

de encontrar espacios para ver, escuchar y bailar el tango de una manera más seria y sistemática. Algún espectáculo, los shows de “El Viejo Almacén”, “Michelángelo”. Si, eran espectáculos lindos, pero ella estaba buscando otra cosa,

el tango vivo, las pistas, cómo se bailaba en los barrios, pero era poco lo que había podido recabar de información sobre los lugares tradicionales.

Quedaban muy a trasmano, los horarios eran inaccesibles para una mujer que trabajaba y tenía una familia, además con una agenda apretada de compromisos. Los ateneos de todos los viernes en el hospital, que se enganchaban con la salida a cenar con Carlos, los residentes que requerían atención, eran verdaderos pulpos, no podía dejar de ir a los congresos nacionales y a los internacionales. Cada año tenía un calendario de varios viajes, que dosificaba según la temporada, también se creaba una red profesional de colegas cada día más abarcativa.

—Hay milongas en los barrios. En los clubes, en Floresta, en Mataderos. Eugenia buscaba, pero el tango estaba muy devaluado por aquellos tiempos, había poco movimiento.

“Il ballo”, de Ettore Scola, el film que la desveló, no tenía palabras, ni una sola, era un film mudo; a ella le produjo una sensación angustiante de que algo le faltaba, se sentía como uno de aquellos personajes tragicómicos, sin lenguaje, que sólo podían expresarse bailando como marionetas.

Eugenia estaba al borde de un cuadro depresivo, no se daba cuenta, pero el permanente cansancio hablaba de un bajón que ella no quería reconocer.

—¿Por qué no hacés una terapia?

Gogó estaba bastante preocupada con la continua insatisfacción de su hija.

—Ahora ésa es la nueva chifladura —Carlos irónico, con el reciente invento.

—No cuentes conmigo, yo no pienso ir, arreglátelas sola. Carlos estaba cansado de los caprichos y lo que él pensaba, búsqueda de problemas innecesarios por parte de su mujer. —Sí, le voy a pedir a mi viejo que me haga pata.

Víctor azorado, su hija lo sorprendía y desorientaba. No sabía

muy bien cómo tratarla.

—Nenita querida, ¿qué querés que haga con el bar? Del bar vivimos, no puedo ausentarme.

—Pero papá, es un par de veces, a ver nada más, solo quiero ver. En realidad, la verdad de todo era que no podía olvidar a Mario. Su figura estaba casi continuamente en ella, soñaba que bailaba con él, nunca iba a poder reemplazar un vínculo como ése. —Además, inconfesable, nadie me podría creer, cómo fue realmente esa relación — Eugenia hablaba para sí, como si fuera su propia interlocutora.

... Eras para mí la vida entera, como un sol de primavera, mi esperanza y mi pasión...

“Cuesta abajo”, ese era su tango, así se sentía...

Había empezado unas charlas, porque en psicoterapias no creía, no tenía confianza en que algo así la pudiera ayudar.

—Estoy de pálida.

Así llamaba ella a sus bajones, cada día más instalados, ocultos tras el movimiento, el vértigo de lo cotidiano.

Pero Niusy, la terapeuta, era inteligente, una mujer con experiencia, agradable, tranquila, sonreía y parecía comprender. Sabía que Eugenia no se iba a enganchar en un esquema terapéutico, que era un ave de paso, al menos en esta etapa.

—Más adelante, Eugenia, cuando vos quieras, llamame cuando vos lo decidas.

Niusy había pasado muchos años en España, tenía un hijo desaparecido, se veía el sufrimiento en su cara pecosa, llena de arrugas precoces, marcadas por el dolor.

La película de Scola, para Eugenia, fue como si la deshollaran tal como si la hubieron dejado en carne viva. Se identificó con esas bailarinas patéticas que no hablaban, que no podían verbalizar nada, se veía a sí misma con Mario. Una caricatura cruel que le caló profundo. Las milongas que funcionaban por aquellos años eran las de siempre:

El “Salón Canning”, el “Sunderland Club” de Villa Urquiza, “Glorias Argentinas”, las milongas de Flores, “La Baldosa”, el “Salón La Argentina”. En el centro o en los barrios.

—Lo único que quiero es ir un par de veces, papá.

—Bueno, si es por un par de veces, te acompaño.

Víctor no sabía cómo ayudar a su hija, la veía sufriendo, pero imposible llegar a ella, ponía una distancia, es más, Víctor pensaba que ni ella misma sabía qué le pasaba.

Si había que acompañarla, él lo haría.

—Pero qué pedazo de egoísta este Carlos, ché, carajo, vive sólo para él.

—Ponete del otro lado Víctor, no seas así, pensá si yo te hubiera metido a vos en estos despelotes, como tu mujer digo, ¿me lo hubieras bancado?

—Ay no sé, en serio, pero Euge está mal.

—Tenemos que acompañarla, es nuestra hija, además están los nietos.

La primera salida fue con Víctor, Eugenia se arregló para la ocasión; su cara sería, maquillada. Se puso una solera negra muy sencilla, zapatos tenía los de Boston, dos pares, así que se puso los negros con tiritas de charol. Eran muy finos, suaves, adaptados, daban ganas de bailar con solo ponérselos.

—Bailan solos.

Se acordaba de la película que había visto cuando era chica, “Las zapatillas rojas” y del destino trágico de aquella bailarina cuyas zapatillas de punta bailaban solas.

Cuando entró por primera vez a uno de esos bailes, el impacto visual que le produjo quedó marcado de manera indeleble en ella, el desgarró, una conmoción que no pudo dejar de sentir durante toda la noche, los ojos reventándole de las lágrimas...

... Que al rodar en tu empedrao es un beso prolongao que le da mi corazón...

“El Morocho” le cantaba los sentimientos, su voz inconfundible le daba las letras a sus emociones. Sentía su voz como en una conversación interior, como si le cantara solo a ella, sabía que jamás ponían sus temas en una milonga.

Superaba con creces a la película “Il Ballo”.

El decorado, la iluminación, las mesas, las sillas con las mujeres sentadas esperando.

Los personajes eran deprimentes, pero le daba ternura ver a todos esos seres patéticos vestidos con sus mejores galas, bailando cada tango como si fuera el fin del mundo.

El tango estaba en su peor momento; eran muy pocos en la ciudad de Buenos Aires los que lo bailaban, menos aún la gente joven. Víctor al pie del cañón, no era un bailarín excepcional, pero se defendía.

En general, la media de edad de mujeres y hombres superaba los 65 años, inclusive más.

“Tiempos viejos”... Otra vez era Gardel quien le susurraba al oído las palabras para su actitud atónita.

Cada vivencia nueva tenía una letra de tango, sentía que era algo que ya había vivido, que de alguna manera había estado ahí en tiempos anteriores...

Gente mayor, y bastante esmerilados, deteriorados, empobrecidos... Pero estaba bien vivo, el tango peleaba contra la muerte con una fuerza inusitada.

Era como un viejo que hibernaba, pero en cuanto comenzaban los primeros acordes, el viejo adquiría un vigor que la hacía sonreír. Estaba acostumbrada a ver como médica cuadros neurológicos degenerativos, y bien sabía la fuerza que podía esconder el paciente más frágil para luchar, las estrategias para sobrevivir.

—Definitivamente, la vida gana.

Y el tango era como un paciente que acumulaba energía para resurgir.

Era bastante difícil detectar una mujer con buena figura, casi todas estaban entradas en carnes, si no, excesivamente flacas. El mundo del tango era muy chiquito. Eran pocos los fanáticos que iban a bailar todos los fines de semana.

Las mujeres eran muy desinhibidas en la estética con que decoraban sus cuerpos.

Vestidos ajustados, escotes más que generosos, piernas gordas enfundadas con medias de red.

—Todas con más panza que culo.

—Sí, es como si se les hubiera dado vuelta el cuerpo. Eugenia miraba fascinada, no quería perderse detalle. Y los adornos, los aros, collares, pulseras, anillos. Todo muy cargado, con una combinación tan original de ornamentaciones, que

seguían una estética que nada tenía que ver con lo que ella había aprendido, como reglas del buen gusto o de la elegancia. Había una

especie de tipología de mujer: o la *madama* de prostíbulo o la “milonguita”.
¿De dónde sacaban esa ropa?

Y eso que Gogó, su madre, cuando se arreglaba, no se privaba de adornos, al contrario era recargada, más que coqueta y abusaba del maquillaje.

¿Qué hacía ella allí, qué era lo que la fascinaba de ese ambiente? Eugenia se había pasado la vida en un “deber ser”. A ella le atraía la noche, los ambientes pesados, la gente con his

torias densas. Esa era la Buenos Aires que siempre había extrañado. —Con mi vida de tilinga estudiosa, me perdí lo que más me gusta.

—Bueno, te lo perdiste, es increíble que desvalorices lo que hiciste.

Víctor no podía creer de dónde salía esta hija con semejantes ínfulas de “canchera de la noche”.

—Vos me criaste como una boluda. No te lo voy a perdonar. Víctor sabía que no hablaba en serio, pero sabía también que con la dictadura y la peligrosidad del centro, había criado a sus hijos sin “ningún estaño”.

Mientras miraba la barra de las milongas, se daba cuenta que también para él eran un misterio atractivo. Los veía a ellos, los hombres, como salidos de una caricatura del compadrito, también, igual que las mujeres delgadísimos, magros, o bien exuberantes y gordos, colorados, hipertensos, sin término medio.

Eran hombres muy atildados, cuidando los detalles, a veces con una cortesía excesiva, rebuscada, fuera de moda. A Eugenia le gustaba todo, los modales, los piropos, los halagos. Sabía que todo era mentira, pero sentía que entraba al teatro para cumplir con un rol en la pieza que se iba a jugar. Ella era parte de la obra de teatro, su papel era el de “la pebeta” que desempeñaba cada vez con mayor precisión.

Eugenia fue aceptada en ese ambiente no sin problemas. Pero en el ambiente milonguero, pasado un cierto tiempo y conocida en las pistas, finalmente llegaba la aceptación. Y de una vez para siempre.

Y eso que algunos eran malandrines, vivillos, tipos que vivían solo para milonguear. Que no sabían lo que es trabajar de manera regular. A veces eran procaces en su vocabulario, pero con ella se cuidaban, “a la piba hay que cuidarla”. El uso del lunfardo era habitual, a

Eugenia le encantaba; siempre le había atraído el lunfa. Lo único que le importaba era bailar, bailar bien. Su compañero podía ser viejo, feo o pobre. No importaba, no tenía ningún prejuicio. No podía tener prejuicios. La milonga era un ejercicio de relativismo cultural, la obligaba a sacarse los preconceptos de encima. Los códigos le gustaban, consideraba que el tango mismo era un lenguaje, un código con diversos niveles de comprensión. El lunfardo era la lengua viva, se recreaba en permanencia, salían palabras nuevas, del mundo de las adicciones, muchas de ellas.

—Estoy de pálida.

No había ninguna descripción que sintetizara esa mezcla de depresión, mala suerte, falta de energía, que esa simple frase que todos le comprendían sin necesidad de profundizar en interpretaciones pseudo psicológicas. Víctor la vareó, como se decía para presentarla en la pista, la dejó sola para que supieran que estaba libre, en esos años, una mujer acompañada no bailaba nunca.

Cuando salió a bailar “Quejas de Bandoneón” de Filiberto, con el fuelle de Pichuco, casi se desvanece de la emoción. La había sacado un hombre muy moreno, con saco blanco, corbata con nudo ancho, muy respetuoso, la tomó con extrema delicadeza; tenía una carita arrugada, casi tajeada, con aire serio, concentrado, la llevó como los dioses. Lo llamaban “el Cacha”, por su parecido, según decían, con el legendario Cachafaz.

Pronto, cuando constató que el ambiente era seguro, Víctor la dejaba y ponía hora para pasar a buscarla.

Ellos, los hombres de la milonga no paraban de sacarla. Eran bailarines únicos.

Eugenia jamás tomó una clase de tango.

No tuvo necesidad.

Aprendió lo básico con Mario allá en Boston y todo lo demás, con los mejores, que morían por bailar con ella, una “piba bacana”, joven y que los seguía bastante bien. Cada vez mejor.

Ellos se ocuparon de enseñarle todo; los pasos, las figuras, la postura, el abrazo ya lo tenía, pero consiguió no pesar ni un gramo, bailar suspendida del aire.

Esa pisada segura, con el peso sobre una y otra pierna suspendida casi levitando, intuyendo hacia dónde la iba a llevar su compañero.

Iban también otros pibes jóvenes, los Zotto, Miguelito y el hermano Osvaldo que eran un fenómeno, querían aprender todo, absorber la historia como esponjas. Aquellos bailarines eran la letra viva, erguidos, varoniles, hacían del tango una religión. A veces iba Gavito, qué estampa inolvidable, por Dios. Ya al entrar producía un efecto en la pista, le iban dejando el espacio.

Margarita Guillé, milonguera de las que no se han visto dos iguales, cuando se cruzaba con “la Tordita”, ya comenzaban a apodarar así a Eugenia, le milongueaba con un gesto cómplice, *chachachachá* que a Euge le calentaba los huesos. Qué mujer extraordinaria, esas sí que eran bailarinas.

Eugenia bailó con los mejores, sí, con Virulazo y su vozarrón inconfundible, esa marca, la seguridad, la precisión ajustada de los pasos, su forma de caminar a compás, al marcar esos rebotecitos con los pies, qué gracia, qué varón.

Euge lo adoraba, un bailarín de raza hecho en la calle, reo y bohemio como ninguno. También Copes, que le enseñó a limpiar, a cerrar las posiciones, con los tiempos, respetar los silencios para dejarla acomodarse. Copes era la precisión, la exactitud, la matemática del compás.

Y la milonga... canyengue con Pepito Avellaneda, eso sí que era tener salero como dicen los españoles. ¿Cómo hacía para tener tanto ritmo? La sentaba, la tomaba de la cintura, bailaban apoyándose solo en la frente. La milonga canyengue con traspíe, la aprendió con Pepito.

—Pará, estoy bailando con la piba.

Pepito se dedicaba a ella como si fuera una obra de arte. *Con este tango no se pierde el compás*

porque es porteño, milonguero y varón

tango mío, tango reo

qué será de aquel amor que ya se fue.

“Ayer” les encantaba. Toda la letra y la música era una contraseña entre los tangueros.

Y a ella la incluían.

Eugenia tenía debilidad por los modales, la forma de hablar y la filosofía de vida del arrabal.

El sentido de la amistad, los valores, para ella eran los conceptos que tenían validez universal.

Siempre había pensado y sentido, más que nunca durante los años fuera del país que éste era su lugar de pertenencia, y la faci-

lidad sin sofisticaciones conque toda esta gente de la milonga entendía la identidad, quiénes eran y qué querían, a Euge le parecía sencillamente un milagro.

—Qué clara que la tienen, estos sí que no se preguntan de dónde vienen.

—Y no tienen que pensarlo, les sale, porque así lo sienten. El lunfardo la invadía, iba incorporando palabras y modismos, que no dejaban de sorprender entre sus colegas y pacientes, cuando se le filtraban en su lenguaje coloquial.

*... Recordaba aquellas horas de garufa
cuando minga de laburo se pasaba
meta punga, al codillo escolaseaba
y en los burros se ligaba un metejón...*

La letra de “El ciruja” era una sus preferidas, bien lunfarda, arrabalera. Ese lenguaje reo era inseparable del baile, ya que gran parte de los pasos estaban nombrados en lunfardo, los amagues, las barridas, el boleó, los ganchos, la aguja, los diferentes tipos de ochos, la cajita, la mordida, innumerables movimientos que se ejecutaban de manera completamente diferente de acuerdo con la pareja que bailara.

—Vení piba, te enseño el *sanguchito*.

Algunos bailaban grande, despejado, otros dejaban que todo quedara en el interior imperceptible del abrazo milonguero. No había dos bailarines que hicieran lo mismo, y cada baile era una creación irrepetible.

Las mujeres también, el rol de “la piba” la protegía de las envidias y conventillos de milonga, que mucho más tarde entendería mucho mejor.

Parecía que los milongueros de aquellos tiempos podían entender qué era lo que ella pretendía, con Eugenia fueron muy generosos aquellos maestros.

—Bailar. Auténtica y honestamente, bailar.

Dos o tres horas de baile, ya se le iba a pasar, pensaban en su familia, era un berretín, como decía su papá, uno más de Eugenia; ya se iba a aburrir, no creían que fuera a prosperar en esto que ella llamaba “mi pasión de tango”.

Pero muy lejos de pasársele, ella vivía esperando el día de milon

ga, cada vez más pendiente, más enganchada.

La relación con Carlos se deterioraba, pero ninguno de los dos quería verlo.

Carlos estaba resentido, odiaba poner límites o cercenar la libertad de su mujer, pero Eugenia se estaba pasando, nunca la iba a entender, distaba de ser la esposa que él necesitaba. Pero la quería mucho, se sentía muy atraído físicamente por ella, la respetaba como médica y la idea de romper su matrimonio ni se le pasaba por la cabeza.

Además, vivían agotados, los dos, con la profesión, la familia, las actividades científicas, los viajes. Sumergidos en la ola de la vida, había que surfearla y no pensar.

había que surfearla y no pensar.

Cuando pasaban semanas sin que fuera a bailar, Eugenia se sentía mal. No sabía reconocer la ansiedad, más tarde la vida se lo iría enseñando, pero se sumergía en una escalada de bajones progresivos, desvalorizaciones de sí misma que le costaba reconocer. Si bien su vida aparecía como plena a los ojos de los otros, hasta sus padres creían que se estaba encarrilando; Víctor y Gogó pensaban que las crisis pasarían, que se trataba de inmadurez, la simple prolongación de una eterna adolescencia, insatisfacción de las personas a las que las cosas les resultan demasiado fáciles.

—¿Estás de pálida?

Había impuesto esa denominación a sus estados de aplastamiento y malhumor, la pálida, con eso restaba importancia al evidente cuadro depresivo. Quería evitar la consulta psiquiátrica, y ni soñar con someterse a un tratamiento psicoterapéutico largo, psicoanalítico, aunque se daba cuenta de que lo de ella podía tener una explicación, que era cuestión de entender lo que le pasaba. Sin embargo no tenía tiempo ni ganas de profundizar, enfrentar verdades que no le gustaría ni siquiera verbalizar.

—Y para joder, mejor no hago nada.

—Eugenia, zambullite en un diván.

Helena, colega del hospital, psicoanalizada de toda la vida, no

entendía cómo subsistía Eugenia, así a lo bestia, sin ayuda, con la obvia necesidad y ese nivel de angustia encima.

Algunos colegas y amigos habían desarrollado dependencias que a ella le parecían indignas, tener que consultar con el terapeuta por todo.

Reconocía que era otra de las características de la identidad porteña.

Las terapias, las diferentes escuelas teóricas y metodológicas, era impresionante la sofisticación que no se observaba en ningún otro país de los que ella conocía. Desde su especialidad, se veía claramente el panorama del mundillo de los psicoterapeutas.

—Revolver mierda durante años, por favor, ni loca. Y consultar con el analista hasta para tirarte un pedo, eso sí que no, nunca lo aceptaría.

109

La profesión avanzaba, había hecho una carrera hospitalaria, además de la carga de la vida cotidiana, las obligaciones, sobre todo la cuestión de la familia y los chicos.

La verdad, no tenía de qué quejarse. Carlos mantenía con ella una relación cordial, políticamente correcta, pero de a poco se iba despegando, rompía con los proyectos en común.

A la hora de dormir, el cortés “hasta mañana” con los ojos casi cerrados y nada, ni un acercamiento, un beso, una caricia.

—Me cansa.

Eugenia, cierto, lo cansaba, estaba hartándose de la imposibilidad de entender a su mujer. Había tratado, implementando toda clase de iniciativas, pero todo rebotaba en la superficie acharolada de los sentimientos de Eugenia.

La relación con Carlos era “para la galería”. Hacía meses que no pasaba nada entre ellos. Cada día era mayor la distancia; meterse en la cama y vuelta para no tener que mirarse siquiera.

Los amigos y allegados no entendían cuál era el problema, por qué esa actitud, el descreimiento que trasmitía.

Habían comprado la casa de Martínez, ya estaba reciclada, y al cabo de pocos años, el tiempo había volado pero ya los chicos iban con doble escolaridad. Sin embargo, el jardín y la pileta de la casa de Martínez eran fundamentales para los fines de semana.

Para los que miraban de afuera, nada desentonaba. Parecían una pareja feliz, la familia perfecta.

Les gustaba recibir, hacer asados, en verano el parque de la casa se ponía muy hermoso, el jardín había madurado, el crecimiento de las plantas era una eclosión de color y perfume y para el invierno tenían un espacio vidriado que les permitía disfrutar mucho del aire libre. Carlos encontraba tareas para hacer, ir al vivero, hacer arreglos, pintar algo, arreglar el garage, salir en bici con Mica y Luciano.

Había terminado por aceptar su realidad, no buscaba cambiar a Eugenia, sabía que era una misión imposible.

La casa había quedado bien, cómoda, llena de luz y sol que entraba por los grandes ventanales.

La habitación principal era grande, se habían hecho hacer un baño de película, con un jacuzzi circular que nunca tenían tiempo para disfrutar y con los vestidores para cada uno.

Eugenia siempre estaba corriendo, salir de la ducha para llegar al desayuno de los hijos, en la cocina con el delicioso olor a café que Delia se ocupaba de servirle ni bien la veía aparecer.

Quería aprovechar ese instante tan especial para ella con sus hijos, ella misma se quedaba absorta al verlos tan grandes, evolucionados, llenos de actividades y vida propia.

—Mica, llevá el palo de hockey.

—Luciano hoy te quedás a guitarra, llevate la merienda.

—Chicos, rápido, ya está el transporte.

Delia conocía las actividades de los hijos con sus horarios, que cada vez se hacían más apretados.

Eugenia los miraba absorta, se le escapaba todo, pero no podía reaccionar, su rutina la atrapaba, incapaz de desarmar algunos de los esquemas que se le convertían en trampas.

... Algun día llorarás, todo el daño que me hacés...

La voz de Rodolfo Biaggi le repicaba, ese tango le advertía la factura que los chicos le iban a pasar tarde o temprano.

No podía parar, sabía que cualquier cambio la podía sumergir en un estado de culpa que ella intuía muy cercano a la depresión.

Hasta para el armado de su casa, Eugenia había dado luz verde a las arquitectas para que diseñaran los ambientes como ellas quisieran. Le importaba un rábano.

—Hasta la ropa colgada quiero tener, me estresa la sola idea de asumir esa tarea titánica.

No tenía demasiadas ideas en decoración, prefería que le trajeran opciones, no había tiempo para andar pensando de qué color iban a ser los azulejos.

—Cada uno con la suya, para eso estudiaron arquitectura, ya me conocen el estilo, con verme ya saben, es el *metier* de ellas.

No podía entender cómo se pasaban horas viendo baños, griferías, diferentes tipos de pisos. ¿Cómo las puede divertir semejante boludez? Pero de eso se trataba, aceptar la diversidad de los seres humanos, sus gustos, sus preferencias.

En general las reuniones para definir eran en el consultorio, ellas traían las ideas y si había que decidir algo muy importante, venía Carlos, pero lo menos posible.

—Dale, Euge, decidilo vos.

—Hoy opero todo el día, voy a estar en el Diagnóstico.

—Dale Mabel, pensalo vos, sos la arquitecta —Eugenia devolvía la pelota. Micaela y Luciano crecían, avanzaban a la velocidad de la luz.

Eugenia sentía que se estaba perdiendo algo muy en serio, que no estaba criando ella misma a sus hijos.

Mucho había pensado, analizado, profundizado alrededor de la cuestión femenina y la maternidad.

La conclusión era un desgarró. Un dilema insoluble.

Lo que años antes había sido una determinación sin fisuras, hoy le resultaba muy contradictorio, cuando veía las fotos de los dos con el uniforme de colegio sobre su escritorio, se mordía los labios pensando qué imagen tendrían de ella como madre.

El tiempo pasado era irrecuperable, no era posible modificar lo irreversible.

Había que asumirlo y aceptar la vida tal como ella misma lo había decidido.

—Me estoy perdiendo o ya me perdí lo mejor de la niñez de mis hijos.

—Todo no se puede.

Víctor desdramatizaba las crisis de autorreproche de su hija, trataba de exculparla, ya que Carlos, el marido, la ignoraba.

“Todo no se puede” era una de sus frases preferidas, especialmente en relación a Eugenia, que quería hacer lo imposible: bailar, ser médica, tener una familia, todo muy bien diez, sobreexigida, lo cual le impedía disfrutar de la vida.

Sus incursiones en el mundo milonguero se iban raleando ya que por un lado, no tenía nada de tiempo; además se había empobrecido notablemente el ambiente tanguero, en Buenos Aires, en cuanto a lugares para ir. Se estaba gestando un cambio, la renovación que se había vislumbrado entre los 60 y los 70 ya comenzaba a palpase, sobre todo la monumental tarea de Astor Piazzolla.

Entre el 69 y el 70 había aparecido la “Balada para un Loco”, el vals que la hizo soñar. Además ocupaba un lugar especial una de sus preferidas,

“Chiquilín de Bachín”, que había sido parte de la adolescencia de Eugenia.

La infancia abandonada, los niños deambulando por la noche de la gran ciudad, la amargaban mucho.

¿Cómo era posible?

Pensaba en sus hijos, sobreprotegidos, ella misma, con sus padres incondicionales. Qué injusticia, qué misterio, ser amado por la madre, en algo, en algún rincón de su alma ella se identificaba con esos chicos abandonados.

... *Por las noches, cara sucia, angelito con bluyin...*

Víctor su padre, había aceptado sin reservas el nuevo tango, a pesar de las tremendas discusiones que se armaban en el “Alpina” sobre si eso era o no tango.

—Sí, es tan tango como todo.

—Llamarle a eso tango... es buena música... comparala con Beethoven, lo que quieras, pero no me le pongas tango.

—El tango mismo es un mestizaje cultural.

—¿O quieren que deje de crecer, que se estacione?

—Es lógico que se incorporen los instrumentos electrónicos, carajo, pasa en todas las músicas del mundo entero, ¿o metemos el tango en un museo?

Víctor era partidario ferviente de la innovación, bien o mal, sabía que después el tiempo se ocuparía de pasar el filtro.

Eugenia había asistido desde siempre a aquellas conversaciones apasionadas. Pero a la hora de ir a bailar, se encontraba con lugares marginales, a veces descuidados y con bailarines viejos y pobres.

—Menos mal, si no esta chica se nos hubiera chiflado. Imaginate si se encajetara con uno de esos reos.

—¿Vos no creés que ya está chiflada? —Los ojos sombríos de Gogó lo miraban con un dejo de acusación.

Gogó pensaba que Eugenia se debía a Carlos, los chicos y la profesión. La tendencia a perderse en la bohemia del tango de su hija la preocupaba y la amargaba mucho. Intuía que algo tenía que ver con ella, con el vínculo frío que había armado con su hija, con su escasa afectividad. Creía que Carlos era la protección, el cable a tierra de la locura creciente que veía en Eugenia, esa insatisfacción, ese aire de distracción.

—Esa es tu herencia.

El reproche a Víctor estaba siempre presente.

—¿Y qué? ¿Acaso no te gusta? Bien que te gusta estar conmigo. Y si no, ya sabés —Víctor pretendía mostrarle la puerta a Gogó, pero los dos sabían que aquello era un juego, imposible que las cosas llegaran entre ellos a mayores.

—La locura la trae de esos valencianos que viven para la farra.

Los choques entre Víctor y Gogó eran frecuentes, y últimamente con los

problemas de Carlos y Eugenia se sacaban chispas.

Víctor defendía de forma incondicional a Eugenia, no así Gogó que se acercaba más a la posición de Carlos, creía que Eugenia se estaba poniendo insoportable y que arriesgaba continuamente la estabilidad familiar.

Se veía que la pareja estaba en una crisis que era mucho más que pasajera, se habían instalado en un desentendimiento casi irreversible.

—Y lo peor, ya no luchamos.

Eugenia bajaba los brazos, ya había perdido esa fuerza para la discusión. Mientras, profesionalmente se alambicaban las vidas, cada vez era mayor el compromiso entre ellos, pero en verdad, cada uno andaba por su lado y eran profundamente infelices.

Eugenia mantenía la imagen de Mario como un cierto refugio, algo idealizado, no lo había vuelto a ver, y pensaba que todas sus desdichas se debían a no haber tenido la valentía de encarar ese amor y vivirlo tal como ella pensaba que debía haber sido.

A veces le parecía que lo iba a encontrar en una pista, con el “funyi ladeao” en la oreja, mirándola con sus ojos divertidos.

Pero no, eran sus ensoñaciones. La imagen era como un destello, un pantallazo que irrumpía en el momento menos pensado, para molestarla.

El reflejo se debilitaba, ya ni sabía cuáles de sus recuerdos eran ciertos y cuáles nada más que alucinaciones de su mente afiebrada. Pero era excepcional que su racionalidad descarnada se dejara invadir por esos estados.

Se sentía como deshabitada, sin sentimientos, una máquina que hacía sus rutinas sin ninguna capacidad para el goce o el placer.

Pero tampoco sentía tristeza, más bien, su estado era el de una “deshabitada de sentimientos”.

Sin embargo su cabeza funcionaba, estaba en pleno ejercicio de su raciocinio, sentía que su intelecto estaba intacto, tampoco podía reconocer el sufrimiento, Eugenia no sentía nada, es lo que más la desorientaba, su estado frío, desafectivizado.

—Otra vez de pálida.

—Otra vez de pálida.

El diagnóstico ya firme, confirmó lo que temían.

La seguridad de los médicos ante la evidencia de los estudios acerca de la enfermedad de Víctor fue un mazazo para toda la familia.

Por la edad, era joven aún, tenía muy pocas posibilidades y sabían que su sobrevida sería muy reducida.

Víctor se consumió en pocos meses, ante la mirada atónita de su mujer y sus hijos, los amigos, clientes del bar, hasta para los compañeros de milonga, los pocos con que había mantenido contacto Eugenia, ya que no era de establecer relaciones muy cercanas; al contrario, era más bien esquiva, sus relaciones se reducían a ese momento compartido del baile y la música.

La última etapa, mínimo, irreconocible, sin embargo conservaba el brillo ardiente de los enormes ojos negros con las cejas peludas, canosas.

Y se le derramaban lágrimas casi todo el tiempo, tenía una tristeza que no se podía soportar.

Eugenia comprendía esa pena, aunque jamás lo pondría en palabras, sabía que su padre adoraba la vida y a duras penas podía sobreponerse y aceptar que se tenía que ir así, abruptamente.

Era increíble su lucha para vivir.

—Ahora que se había puesto tan buena, la vida, digo. No me quiero perder lo que va a pasar. La curiosidad por el futuro, ver qué va a ser de Mica y Luciano, seguir viéndote milonguear a vos, qué va a pasar en el país, el mundo, es una sorpresa continua, me da bronca irme, no estar, me pierdo todo. No había nada que hacer, solo acompañarlo, estar con él, sentar- se a su lado sosteniéndole la mano.

Día y noche, Víctor tenía un insomnio que no podían vencer ni los hipnóticos más potentes.

Y la lucidez.

Esa cabeza, ese cerebro rápido, con la memoria intacta, las imágenes, letras de canciones, poesías, dichos, la lengua filosa, la gracia en el hablar, que le venía de su ascendencia valenciana, el humor irónico con que se reía de sí mismo.

—Euge, te llevo a la milonga ¿dale?

Desde su cama, hacía un pequeño amague que indicaba la intención de bailar.

Era un movimiento imperceptible, pero suficiente para comunicar todo lo que sentía.

Fue un desgarró, una herida que no dejaba de manar sangre, Víctor murió rápido, demasiado rápido.

—Se autodestruyó.

—Se quemó.

Poco tiempo para hacerse a la idea de su falta, nadie tenía el más ínfimo elemento para prescindir del padre y marido omnipresente.

Los últimos días le había pedido a Eugenia que le llevara el CD de Julio Sosa, el doble “Disco de Oro”. Tenía ganas de escucharlo, se sabía el orden de los temas de memoria y parecía que los tarareaba en silencio. Era lo único que le daba descanso, podía cerrar los ojos y relajarse.

También le pidió el álbum de Nana Mouskouri, le encantaba esa mujer, él la encontraba parecida a Gogó y la dulzura de su voz le calaba profundo.

En cinco meses la vida de Eugenia se había parado, suspendió el consultorio a la mitad, al hospital iba solo lo imprescindible.

Quería correr al lado de su papá, acompañar a Gogó, a su hermano Marcelo, recién casado.

Carlos, el marido, estuvo a su lado, fue un sostén permanente, con muy pocas palabras, a su manera. Para él la muerte era cosa de todos los días y claro, no era su padre. Podía verlo más desde afuera, además había muchas decisiones que tomar, él se hizo cargo de todo, Eugenia estaba anulada.

Hubo que cerrar el “Alpina”, Víctor no había querido que se cerrara durante la enfermedad. Para él era una cábala que siguiera funcionando.

—Mientras yo esté, no me lo cierren.

De todas maneras, los vecinos se reunían solo para saber novedades sobre su estado. Ya conocían el pronóstico terrible, nadie podía creerlo.

El día de la muerte de Víctor, el 17 de noviembre de aquel inolvidable año, 1996, fue una eclosión y un alivio.

Era tremendo verlo desaparecer, día a día.

Micaela y Luciano, adolescentes, estaban inconsolables por la muerte del abuelo, tan vital, ligado en ellos a la risa, el canto, la broma, abrazados a Gogó, uno de cada lado; Gogó se sostenía mucho en el amor de sus dos nietos.

Delia, la señora que había trabajado con ellos toda la vida, desgarrada, se sentía muy cercana a la familia, y el Señor Víctor, como ella lo llamaba, la había ayudado durante todos los avatares de su complicada existencia.

Años pasó Eugenia tratando de entender y conformarse.

Meses escuchando “Adiós Nonino”, que le punzaba adentro y representaba exactamente su sentimiento por la muerte del padre.

Un tango que le perforaba el cuerpo. Esa música la ayudó más a Eugenia que mil palabras, para ella lugares comunes de los que trataban de ayudarla y le decían cosas que le sonaban huecas.

Se hizo fanática de Piazzolla, le parecía su alma gemela. Las “Cuatro estaciones porteñas” resumían la musicalidad de su ciudad, sentía que le ponían música al ronroneo, los ruidos, hasta el smog de su ciudad, que cambiaba con las estaciones, tal como Astor se lo decía.

Vivió la pérdida de su padre refugiándose en el trabajo, tratando de no enfrentar la realidad, parecía que no pudiera llegar a deprimirse. Era lo que parecía, pero nadie imaginaba la pena que corroía su corazón.

—Ya se me va a pasar, el Dr. Tiempo hará su trabajo —se decía repitiendo la frase de su papá.

La desvitalización de la relación con Carlos ya era un hecho, Eugenia sabía que iba a pasar lo que todos tanto le advertían.

—Te va a dejar.

—Se va a cansar, Carlos es un santo.

—Sacudite la depre, andá a un psiquiatra, hacete tratar.

—Leete esta novela. Capaz que te dice algo.

Gogó le pasó “Crónica de una muerte anunciada” de Gabriel García Márquez, al menos el título ya le avisaba, al leerla solo advirtió como se interpretan los síntomas de lo que va a pasar con seguridad, lo que preanuncia un hecho, algo que ya sabía como médica desde años de trabajo, sobre todo en Neurología.

¿Qué iba, a curar semejante herida con antidepresivos? No, ella secretamente quería sufrir, era un sentimiento desconocido, sentía que el dolor la unía, la cerraba en ella misma, era algo intransferible que quería sentir, era parte de su vida privada que concernía solo a ella.

Hacía años que estaba adormecida, el cuerpo por un lado, el intelecto por el otro y el alma quién sabe dónde.

No encontraba tangos con letras sobre el padre, sobre el amor paterno.

La mujer, la madre, el hogar, la infancia.

Todas las pérdidas que aterrorizan a la especie humana estaban en las letras de tango.

Pero... ¿Y el padre?

No entendía, pero había en ella una intuición, el olfato le indicaba que el tango y los duelos estaban ligados fuertemente con la identidad nacional y esa pasión

de los argentinos por las terapias, la búsqueda de la comprensión de los sentimientos.

Había allí un punto, una articulación que le producía alivio al constatar que no era ella sola la que sentía de aquella manera el desgarró.

El tango se le metía con sus letras, a veces cursis. ¿Eran cursis los sentimientos? Pero alguien lo había escrito, había poetas sensibles que se habían vuelto hacia sí mismos para describir lo más fino que los humanos tenemos... los sentimientos.

La orfandad desconsolada que sentía la hacía pensar que era su padre quien la había abandonado.

*... la voz triste y sentida de tu canción
desde otra vida me dice adiós...*

¡Ay Homero Manzi!, siempre vas a estar en mí, ahí, para ponerle palabras y poesía a lo que me pasa, sos mi hermano.

palabras y poesía a lo que me pasa, sos mi hermano.

Para la familia y los amigos, la separación de Carlos y Eugenia era una fija, se venía venir desde hacía tiempo.

Eugenia creía que se quedaba en el matrimonio por Víctor, su padre, que insistía de forma continua sobre la importancia del casamiento y la familia, el compromiso, la fuerte necesidad que los hijos tenían de ser criados en una familia bien estructurada. Ella jugaba con la idea de la separación, fantaseaba con la libertad perdida, pero ni en las peores crisis había pasado a la acción. La frenaba la presencia de sus padres; Gogó defendía a Carlos, a quien consideraba una víctima del despotismo de su hija.

Al fallecer Víctor se visualizó el profundo desentendimiento matrimonial, y pasado un tiempo de duelo Carlos se lo planteó con naturalidad.

Eugenia nunca soñó con que fuera Carlos quien pasase a tomar la iniciativa, y mucho menos que ya tuviera desde hacía tiempo una relación de pareja tan estable.

Carlos era un tipo de procesos internos, invisibles. Cuando manifestaba algo era porque ya tenía todo pensado, y elaborada la salida para el asunto que fuera. Hacía ya dos años que venía preparando la separación.

Quería dejar pasar un tiempo prudencial, la muerte de Víctor también lo había impactado mucho.

Pero no quería dejar pasar mucho más, estaba harto de Eugenia, de su locura, de su desinterés por él, cada vez tenían menos cosas en común.

Los chicos ya avanzaban en sus carreras universitarias en forma rápida y sin sobresaltos. Su interés, también su tranquilidad, era que ya estuvieran orientados, los dos habían estudiado medicina, los dos fueron aceptados en Boston. Como sus padres, Micaela y Luciano seguían sus pasos.

Él había estado pendiente, dedicado durante la etapa universitaria a mantenerse muy cerca de los dos chicos con esa madre tan distante, borrada, pero al mismo tiempo con mucho afecto contenido por sus hijos.

Y con cómo había tomado ella la muerte del padre.

—Es demasiado.

—Para mí es algo más lo que le pasa.

—Eugenia siempre fue medio chiflada.

Era el momento justo, se podía proceder a levantar la casa de Martínez.

Ya no tenía sentido toda la infraestructura y coincidía al dedillo con otra etapa, nueva, de la vida.

Ya había cumplido con creces con sus responsabilidades como padre y marido, ahora era tiempo de vivir para él. Tratar de ser feliz, tener una existencia normal, sin sobresaltos.

—Vivir en paz.

Con Roxana se sentía a gusto, era muy compañera, ella venía de una separación también, por suerte sin hijos, lo cual hacía mucho más sencillas las cosas.

Cuando Eugenia se separó, su primer reacción fue llamar a Mario. La voz sonaba lejana, distante, casi irreconocible del otro lado.

—Negra, ahora soy yo el casado. No puedo arriesgar todo lo que hice, nunca vas a imaginar lo que sufrí cuando te fuiste.

Mario vivía en Boston, casado con Meggie con quien tenía una hija, una vida tranquila, había logrado estabilizarse después de años.

Meg lo había juntado con cucharita, después de la tortura de la partida de Eugenia. Había caído en un pozo que lo hizo tambalear inclusive en su dedicación al trabajo.

Tenía un agradecimiento y una lealtad inquebrantable hacia su mujer e hija. No quería que sufrieran los desgarros de la falta de identidad, la falta de patria, la falta de padre.

Bien sabía, y lo tenía marcado a fuego en carne propia, lo que era pasar por esas crisis, por esos estados de inconsistencia, la falta de pertenencia había sido un flagelo que lo acompañó durante toda su vida.

Eugenia no lo podía creer.

Mario, con cierta tristeza:

—Te acordás que nos hacía reír...

... Y ahora vuelves a mi vida, y mi alma triste y dolorida con horror te dice no, no, no...

... no vuelvas nunca más...

Huérfana, más abandonada y desprotegida que nunca, todos sus hombres la habían abandonado.

Padre, marido, hijo, amigo. Todos. Víctor, Carlos, Luciano y ahora, también Mario.

—Que me vengán a hablar de la crisis de los cincuenta.
Por primera vez en años, se dio cuenta que dependía de ella, que era ella misma quien tenía que salvar a Eugenia.

era ella misma quien tenía que salvar a Eugenia.

Durante los años de duelo por la muerte del padre, Eugenia solo se dedicó a trabajar.

Carlos se hizo cargo de muchas tareas, ya venía familiarizado con el trajín de llevar una casa. Administrar todo, las cuestiones domésticas, como así también la crianza y supervisión de Luciano y Micaela, que se zambullían en la adolescencia. Una edad difícil, que los chicos transitaban tapados de actividades artísticas y deportivas; Carlos trataba de bloquearles el tiempo libre para que no se asomaran al riesgo que implicaba la adolescencia en una ciudad como Buenos Aires.

Con el pretexto de tener que trabajar, y mucho, ella se desentendía de las cuestiones de los chicos. Hasta pensaba que les tenía miedo, desconocía la intimidad de sus hijos, tenía una relación agradable con ellos, pero nada íntima.

Le producía una mezcla de envidia, celos y gratitud la aceptada conexión que Carlos tenía con los hijos. Y ni hablar de Delia... Fue quien le comentó que Micaela se había "indispuesto". Eso le dolió mucho. Una hija, no poder acompañarla en esas instancias.

Viajaba todo el tiempo, siempre por razones profesionales.

El país era un caos durante el menemismo, pero el uno a uno los benefició económicamente.

Pudieron equipar tanto los consultorios como la casa, un fuerte crecimiento económico que Carlos supo aprovechar.

Autos importados, viajes; con el dólar al precio del peso, los precios en Europa o EE.UU. eran una risa.

En París, donde estuvieron para un congreso, Eugenia siempre se iba a acordar de los precios de la ropa.

Se metía en las tiendas de Avenue Montaigne y se compraba de todo: trajecitos, pantalones, vestidos de noche, todo le parecía barato; en pesos, era increíble. Lo mismo con los zapatos, carteras y joyas. Una incitación permanente al consumo.

Y eran consumistas.

A ella le gustaban las pilchas, ganaba muy bien, no tenía problemas para gastar a mano abierta y era bastante jugada y decidida a la hora de elegir.

123

Pero, dolorida, comprobaba que ese enriquecimiento era a costa de la pobreza de sus compatriotas, de su gente, de su pueblo. Sin entender nada de economía, era obvio que la repartición de la riqueza tenía que ser mucho más equitativa, que ese modelo económico no era viable. Un verdadero disparate que no cerraba ni por la lógica más elemental.

Ese modelo era insostenible, iba a reventar por todos lados. Y las privatizaciones, que eran escandalosas, a simple vista se daba cuenta del desastre que estaban haciendo con el patrimonio nacional.

Lo que más le dolió fue lo de YPF. Estaban hipotecando el desarrollo, en forma impune, y la gente engañada, comprando espejitos de colores, chucherías.

¡Ay, Argentina querida, otro tren que se te va...!

Veía el crecimiento de la corrupción, que se iba consolidando en todos los ámbitos. Sentía el contraste cuando llegaba a Ezeiza y comenzaba a respirar el ambiente enrarecido de los códigos mafiosos.

No era su tema, más bien le molestaba que la política la invadiera, que le quitara el espacio que prefería ocupar con otras cosas, con otros temas.

También dentro del tango, que continuaba en el centro de sus pasiones, el crecimiento era impresionante. Había una expansión inusitada, el tango llamado de vanguardia estaba ya completamente posicionado.

Las canciones de Eladia Blázquez; “Con el corazón al sur” especialmente, le decía todo lo que ella quería escuchar, era el resumen poético de sus sentimientos más centrales, esa letra le llegaba al fondo de su orgullo nacional.

Y el padre... en las letras de Eladia aparecía, muy fuertemente...

... mi viejo fue una abeja en la colmena,

las manos limpias, el alma buena

y esa infancia

teniendo siempre el corazón mirando al sur...

Era exactamente su sentimiento hacia la patria, el país, la infancia idealizada que formaba el núcleo de su identidad, que le decía siempre quién era, de

dónde venía, esa brújula que le había impedido perderse, que apuntaba sin rodeos siempre al sur.

Eugenia seguía la cultura tanguera con ahínco, a pesar de no poder vivirla, ni disfrutarla.

No tenía tiempo ni oportunidad, vivía agotada, sobrepasada, faltaba que se inventara una nueva fuente de complicaciones con cómo estaba su vida, alborotada, no conseguía ordenarse.

Con la crisis con Carlos ya instalada, Eugenia hubiera querido enamorarse de alguien, sentir algo, pero desgraciadamente no reconocía en ella ninguna emoción importante. Solo culpa, auto reproche, sentía la carencia de afecto, el agujero que le había dejado la muerte de su padre, y sus falencias como madre. Se sentía fría, casi una máquina sin vida.

Los chicos parecían entenderla, Carlos se ocupaba mucho de ellos, además sus vidas eran cada vez más independientes.

El tango había explotado en Buenos Aires, se desarrollaban cientos de milongas por todos lados, cursos, clases, charlas, conciertos.

Una actividad creciente, marcada por el éxito del tango en el exterior. Una pasión que no se detenía en los países extranjeros, en ciudades insospechadas, el tango parecía tener un mensaje para cada uno.

Era la única danza en el mundo entero con tal cercanía corporal, donde se jugaba el cuerpo hasta esos límites, de fusión con el otro, alientos, sudores, calor, casi una intimidad de amantes durante la danza.

Bailando en espejo, la mujer y el hombre decían lo suyo, se lo decían uno al otro.

Eugenia sabía que se lo debía, pero para ella era una asignatura pendiente.

Mario siempre estaba en el fondo del corazón, era su refugio de idealización, no podía olvidar los momentos de éxtasis pasados bailando entre sus brazos.

Era como tener un rincón donde se unía la figura perdida de su padre, parte de su infancia y la etapa de mayor despliegue y libertad de su vida, los años de estudiante en Boston.

Cuando descubrió la letra escrita por Eladia para “Adiós Nonino”, se le cayó la hipótesis de la falta de padre del tango. Aparecía la figura del padre mediterráneo, ese *pater* de la cultura latina que se contraponía tanto a las pautas anglosajonas, que a ella también le daba seguridad y pertenencia, le decía que éste era su país.

... Ese niño, que con su muerte se me fue ¡Soy!... la raíz del país

*que amasó con su arcilla
soy... sangre y piel del tano aquél que me dio su semilla...*

que me dio su semilla...

La separación de los consultorios, planteada por Carlos en aquellas vacaciones en el Club Med de Itaparica, no la tomó por sorpresa, en el fondo lo esperaba, pero le dolió. Cuando él vino con la decisión tomada por su lado, sin haberlo conversado, si bien ya sabía, intuía lo que Carlos le iba a proponer, de todos modos fue un desgarró.

Le daba un poco de vergüenza el nivel de sus problemas frente a la realidad de tantos colegas, familiares y amigos, ¿de qué se que- jaba?

Pero su conducta había abonado a esos resultados. Eugenia se abandonaba a que las cosas pasaran, sin forzar ningún resultado. Dejaba que la realidad actuara, que forzara los hechos, siguiendo su cómoda filosofía (adquirida en los últimos años) de quedarse quie- ta, que las cosas le cayeran encima, que los hechos se acomodaran *per se*.

Pero sabía lo que iba a producir.

Sabía que su gran inmadurez era la responsable del desbarranque de su vida. Sin embargo, el consultorio propio en Santa Fe y Pueyrredón le dio un aire nuevo, una independencia, una sensación de que su existencia podía tener otra vuelta.

Fue el comienzo de la separación. Un tiempo más tarde, Carlos le vino a plantear lo que ella ya sabía, intuía y presentía. Estaba enamorado de otra mujer, en serio, quería su libertad, quería vivir con ella, era nada menos que Roxana la instrumentadora, una piba fresca, suave; Eugenia sintió el puñal de los celos clavado en el pecho, pero no eran celos por la pérdida de Carlos, sino por la relación que ellos tenían, algo que ella no sentía desde hacía años. La crisis del país, el cuesta abajo que se percibía, daba la impresión de estar viviendo el fin del mundo.

Casi todos los colegas tenían la intención de migrar y buscaban donde ir, solos o con sus familias.

Carlos hizo varios viajes exploratorios, tenía muchas posibilidades, ofrecimientos en EE.UU., pero Eugenia ni se lo planteó.

Otra vez frente a la disyuntiva de irse, de vivir en otro lado, le produjo esa bocanada de amor por el país que, a pesar de todo, había guiado sus decisiones tantas veces antes.

—Yo no me voy a ningún lado. Me quedo en mi país, no da para irse, ahora más que nunca, quiero estar, ir al hospital, laburar acá.

Cuando se separaron definitivamente, ya como un milagro Argentina se reorganizaba, se despertaba, comenzaban a rearmarse los productores, los pequeños empresarios, los talleres, las industrias cerradas se ponían de pie, al principio tímidamente y poco después sobrepasados, en marcha. ¡Qué país de infarto!

sobrepasados, en marcha. ¡Qué país de infarto!

Las primeras salidas a la milonga fueron un sufrimiento. No era lo mismo que cuando sabía que al regreso estaba Carlos, la seguridad que representaba el estar casada.

Por esta razón esas escapadas, al principio ella las encaró como expediciones sistemáticas. Tenía la idea fija de hacer un recorrido sin dejar pasar nada, que no se le escapara ningún detalle. Confrontar sus recuerdos, sus construcciones a las que ni a ella le daban credibilidad, con la verdad, la realidad de la milonga en ese momento.

Durante meses se dedicó a conocer boliche por boliche, uno por uno, haciendo un recorrido casi con metodología de antropóloga, sistemática.

Se había abierto una planilla sobre cada lugar, donde figuraban todas las variables. Espacio, pista, música, ambiente, horarios, sobre todo hombres, hombres disponibles para bailar. Nada se le escapaba.

*... Hoy bailo el tango, soy milonguera
me llaman loca y qué se yo...*

Cadícamo y Goyeneche... qué dúo imparable, esa letra le hablaba de sí misma.

Se reencontró con algunos de sus amigos y conocidos de las épocas en que iba con su padre.

—Piba, ¿y tu papá?

Cada vez que tenía que contar el final de Víctor se descomponía, los ojos se le aguaban, se le corría el rimmel, era un desastre. Pero inevitable.

—Qué bien que milongueaba tu viejo.

Un recuerdo perdido en la noche porteña, dedicado a su padre.

La nostalgia surgía con facilidad, los milongueros eran melancólicos, hablar de la muerte les producía un cierto regusto que instalaba el clima triste.

—Qué se le va a hacer.

—Es la ley de la vida.

Frases hechas que todos comprendían, pero daban también comodidad en situaciones tensas.

—Pobrecito.

Las cabezas gachas, la dureza del rictus de los labios para acompañar en el sentimiento...

Eugenia no quiso dejar librada esta etapa al azar, la existencia de un programa le otorgaba seguridad, era su defensa, el saber que estaba actuando con racionalidad. Era tan inasible, sentía como tan loco su impulso, que necesitaba ordenarse desde lo intelectual.

Quiénes iban, qué días, la noche milonguera había cambiado de manera sustancial desde sus expediciones con Víctor, su papá, antes de la separación. Pero las pistas que tanto habían recorrido juntos, en la época en que más desacreditado estaba el tango, estaban desapareciendo, todo había cambiado, el tango había dejado de bailarse “como antes”. Persistían algunas milongas, pero ya comenzaba a notarse el envión de “Tango Argentino”, el espectáculo que revolucionó la manera de bailar.

Había una base tanguera que reconocía, se movía en terreno firme.

No era ni mucho menos la única mujer sola y separada que iba a la milonga.

Una de las frases que se escuchaba estilo sentencia:

—Pareja y tango no rima, nena.

Había un impulso entre las separadas de cuarenta para arriba; aprender a bailar, salir de noche, ir a la milonga.

Se metían en la milonga con la secreta motivación de encontrar nueva pareja en la noche “tanguera”, como la llamaba Eugenia. Si lo que quieren es guerra, es el peor de los lugares para encontrarla, ésta era la opinión de las minas milongueras viejas y peludas, que lo que tenían claro era que la peor de las motivaciones, era pretender encontrar pareja en esos boliches.

—Recién separada.

—Ave de paso.

Los tangueros eran solitarios, egocéntricos, muy narcisistas.

—Le rajan al compromiso.

Las parejas que se armaban o bien eran muy flexibles, con pautas de libertad mutua, o duraban muy poco.

Además ahora estaba lleno de pibas jóvenes, sin problemas de horarios, ni familia, libres y livianas que coqueteaban sin disimulo aun bailando, por

encima del hombro de su compañero... Cuando las parejas se separaban, en general lo que hacían era cambiar de lugar para frecuentar. Pero por un tiempo, no largaban la noche sino por la única razón que lo justificara:

—El cuerpo enfermo no resiste más.

Cuando alguien desaparecía, estaba “parado” o bien por problemas de pareja o bien por enfermedad.

Algunas parejas llegaban incluso a sentarse en diferentes mesas para no tener que bailar entre ellos.

—Cada uno hace la suya.

A esta altura, reconocía que el grupo y el ambiente eran importantes. Estaba sola, necesitaba pertenecer.

La protección del grupo era fundamental. Los milongueros en general no eran abiertos, al principio. Sólo al principio; pronto se dio cuenta de que en realidad era un ambiente en el que reinaba una cierta inseguridad, seres humanos frágiles, que sólo se sentían en su centro en el momento de la danza, del abrazo milonguero, con un control social muy marcado.

Había varios que le abrieron espacio para instalarla y dejar que se moviera en esos avisperos. Era lo que ella pretendía.

Que la dejaran suelta, pero en un ambiente protegido.

Los varones de la milonga eran muy especiales; Eugenia se divertía (sin demostrarlo, ya que una ofensa podía resultar fatal, una “puesta en penitencia” como se decía, de por vida) con los llamados profesores, los que dan cátedra todo el tiempo, los que querían enseñar, corregir.

—Son los próceres.

También estaban los que abrían el espacio bailando, que dejaban juego a la mujer, con una marca más o menos precisa.

La marca era todo un tema: había que interpretarla, ya que cada compañero había organizado un conjunto de marcas propio, y estaba en la bailarina el interpretarlas o no.

—Es un lenguaje con códigos que tienen distintas acepciones.

Eugenia trataba de explicarse sus vivencias, retraducirlas a su universo de símbolos y signos.

—Y los que se las dan de docentes —se reía—, los que arrancan con una actitud de maestro, que te quieren desaznar.

—¿Y los que aprietan mucho? —esas conversaciones eran parte del chismerío antes o después de ir a bailar.

O en los toilettes, donde todas se juntaban a charlar un rato, mientras se

retocaban el maquillaje. Era un verdadero gallinero, donde no paraban de criticar, mirar torcido, hablar haciéndose las nenas.

—¿Probaste el Paloma Herrera?

Los perfumes falsos eran de terror, algunas imitaciones le producían náuseas. Esa tendencia a hacerse las niñas, ¿a qué podría responder? Eugenia se daba cuenta de que había hombres que disfrutaban con ese tipo de mujeres, que cumplían con el rol de tontas. Pero... ¡no lo eran! Se hacían las tontas.

La personalidad ingenua genuina en la mujer no hubiera podido subsistir en el mundo milonguero, la mujer debía ser casi hipócrita, al menos tener muy claro que allí se iba a jugar, nada debía ser tomado en serio.

Para los varones, ese tipo de minas era el más fácil de entender, llevar, conocían el doble juego y sabían seguirlo.

Generalmente entre mujeres se daban charlas muy jugadas, de temas que jamás se hubieran abordado en otros ámbitos.

Una de sus amigas milongueras era Julia, arquitecta, también divorciada hacía poco, con quien comentaban todo lo que se les ocurría.

Las mujeres en general, en la milonga, eran sin embargo bastante osadas.

El ambiente era teatral, así como la iluminación, el vestuario.

Un mundo donde mujeres que en la vida eran bastante dominantes e independientes, iban a “jugar” a que era el hombre quien mandaba.

—A los hombres de la milonga no les gusta que la mujer sea lanzada.

Julia y Eugenia elaboraban toda clase de teorías sobre las milongas y la vida.

No se les fuera a ocurrir sacar a bailar a un hombre, era una de las peores cosas que se podían hacer.

—¿Viste a Silvia? Se moría por bailar, planchó toda la noche y cuando le pidió a Eduardo que la sacara, el otro se hizo el burro.

—Qué quemo.

—Increíble.

Eugenia no podía entender cómo algunas mujeres podían llegar a la humillación con tal de bailar.

—No les gusta que los avasallen.

—Ellos bailan con quien ellos quieren.

—¡Y mirá que tienen minas para elegir, eh!

—La bailarina de tango es en general una mujer bien arreglada.

Era cierto, mujeres cuidadas, maquilladas, con ropa llamativa.

—Además casi todas tienen buen cuerpo, se cuidan bastante el físico.

—Y, sí; van al gimnasio, hacen fierros, para bailar bien hay que estar delgada,

trabajar los músculos.

Las gordas, abandonadas, ya no tenían las posibilidades de antes, cuando Eugenia iba a las milongas con su padre, Víctor, las que iban al Salón “Canning”, al “Sunderland”, al que ahora llaman “El Beso”, que era en ese entonces el “Salón Regina”.

Y lo de Celia, el “Almagro Viejo” y el “Nuevo”, que esos sí que ya no existen más.

Y el Club San Martín. Qué lindos bailes que se armaban en ese club...

Era de los que no dejaban entrar a los hombres si no llevaban camisa blanca y corbata.

—¡Qué diferencia! Y pensar que en aquellas épocas no había aire acondicionado.

Eugenia no podía dejar de hacer comparaciones entre sus dos etapas.

La de milonguera furtiva, cuando estaba casada escapándose a las milongas casi en la clandestinidad y la de ahora, de bailarina de tango franca trasnochadora y libre de todo horario y obligación, después del divorcio.

Lo que no había cambiado era la carga sobre los días de la semana. Los viernes y domingos para los milongueros, y los sábados, más para parejas, en algunos bailes lo llamaban “noche de brujas” porque muchos salían con sus mujeres; eso seguía, si bien con la explosión del tango de los últimos años, ahora se podía bailar todos los días de la semana.

Y ahora, además se agregaba el fenómeno de los turistas, locos por el tango, corriendo de una milonga a la otra, para tomar clase todo el día.

Y pretender absorber en solo un par de meses cien años de historia exprimida de las vidas de quienes llegaron a este país, migrantes de todo el mundo, con sus bailes y sus ritmos.

*... que bailen los que vienen pa' bailar
pa' que se callen les mando en dos por cuatro
esta cadencia viril que se hace canto...*

esta cadencia viril que se hace canto...

El mundo de la milonga era de lo más móvil.

Los lugares surgían, se quemaban, resurgían, desaparecían. —Todo depende de quienes vayan a bailar.

Eugenia sabía que eran los varones, los milongueros buenos los

que le daban caché a un sitio.

—Las mujeres mueren por bailar con los buenos.

—Decime la verdad Eugenia... ¿Por qué todas se desesperan por

bailar con el Tete?

Horacio Salas era el tipo que más sabía de tango en Buenos Aires.

Un maestro. De una erudición impresionante. Ocho libros escritos sobre el tango, se conocía las letras de memoria. A diferencia de los bailarines natos, que nada podían teorizar, pero para los que bailar era la vida. Eran dos tipos de hombres: los que bailaban el tango y los que sabían de tango.

Horacio era un interlocutor fantástico: un erudito, se las sabía todas, las letras, los autores, la vida de los cantores, las anécdotas picantes de sus vidas sentimentales.

Atrás de su aire de intelectual se escondía un personaje de la noche, bohemio, divertido, dueño de un humor sarcástico, que a Eugenia la hacía sentir bien, creativa, cómoda.

Era otra vuelta, darle otro aire a su obsesión. Comprendía bien, por su propia relación con el tango y la poesía, la locura de Eugenia por la música y la ciudad.

—Euge, pará un poco, estás muy rayada.

Horacio apelaba a su *coté* paternalista, pero entendía esa necesidad de pertenecer, de saberse parte integrante, él conocía el desgarrero del exilio.

—Horacio, es mi vida, no voy a venir más, si me jodés. —No, yo por vos...

—Mirá Horacito, bailar con él es la gloria, es volar, es sentir lo máximo que puede sentirse en el tango.

Eugenia no podía dar una explicación racional de por qué aquel

hombre pequeñito, delgado, que jamás ella hubiera mirado fuera de la milonga, se convirtiera en un galán en la pista.

—Y, sí, baila como los dioses.

—Pero de afuera no se ve nada del otro mundo. Es bajo, no tiene estampa.

—No, no lo ves de afuera, lo sentís cuando estás adentro, bailando con él. Horacito, qué querés que te diga, la tiene re clara. Es preciso, delicado, tiene una sutileza...

—Lo mismo vale para Boyé o Gabo. Esos sí que son bailarines.

¿Conocés Milonguero Viejo?

—Yeta, yeta... Hoy en día no lo canta nadie.

Eugenia sonrió al dar la explicación. No podía ser más imprecisa y subjetiva. Así eran las cosas, en el universo milonguero cabían las cábalas, los mitos, las supersticiones. Nada más alejado del cartesianismo que regía el pensamiento de Eugenia.

Pero en verdad es que no había palabras; bailarín como el Tete, no conocía otro.

Siempre permanecía en su corazón la imagen de Mario, se le aceleraba al pensar en él, era increíble, pero allí estaba él, siempre presente, como si lo tuviera cerca, sentado en una mesa, solo, con las largas piernas cruzadas, mirándola con su gesto divertido. ... *tu imagen aparece, radiante y fugaz*

la distancia se ensaña tenaz con mi desolación...

La letra de José María Contursi con música de Osmar Maderna, “La noche que te fuiste”, le recordaba cómo lo echaba de menos, cómo extrañaba lo que nunca había tenido.

... *mi canto es al amor que no se dio
y el cielo que soñamos una vez...*

A Eugenia le gustaba que todos supieran que estaba sola, divorciada. Era muy importante dar esa señal clara para bailar libremente con quien se le antojara.

Era difícil salir en plan de pareja con un tipo de la milonga. Si bien parecía que había miles de personas involucradas, los bailarines verdaderos eran pocos y se conocían todos al dedillo. Habían bailado entre sí, miles de historias, anécdotas compartidas, peleas de por vida.

Cada noche de milonga era con final abierto. No se sabía qué le

iba a deparar el destino.

... *bandoneón, hoy es noche de fandango...*

A los que estaban en el ambiente, les gustaba hacerlo notar. Eugenia no lo necesitaba, era muy conocida, la llamaban “la tordita”, (la doctora al vesre), bastaba que llegara a las pistas preferidas por ella, y los cabeceos se sucedían, no paraba un segundo. Ella prefería ir sobre todo al “Salón Canning”, pero últimamente estaba bajando el nivel de baile.

Le gustaba mucho el lugar, en sí, para ella eso era tango, pero últimamente... se había caído el nivel de los milongueros que iban.

Pero para ella era la mejor pista, el mejor piso, nunca había podido averiguar de qué madera era el parquet. Ni siquiera Julia, la arquitecta, había podido decir cuál era el material. Pero para ella era la mejor de Buenos Aires.

Deslizarse por el solado uniforme, bien mantenido, lustrado con los zapatos y la libido de miles de bailarines a lo largo del tiempo.

Eugenia adoraba resbalar las suelas de sus sandalitas con pulsera al tobillo de “Comme il Faut”, últimamente todos sus zapatos y sandalias provenían de esa zapatería.

Buscaba excelencia en el nivel de baile, y la popularización excesiva acarrearaba una pérdida que no era muy notoria para el común de los milongueros, pero ya no se veía la creatividad, el genio de los bailarines natos.

—No escuchan la música.

—Es por el tango-espectáculo, se llevan a los mejores.

Ya estaba entre las veteranas, eso la amargaba bastante, haberse perdido los años de verdadero brillo. Pero todavía tenía su éxito, su pinta, los que la defendían a rabiar como a una de las mejores.

Sí se veía que últimamente los bailarines jóvenes querían ser profesionales, independizarse, armar shows, viajar, engancharse en una compañía. Los que quedaban para bailar por amor al arte, como ella, o eran viejos, o eran malos.

El “sueño de la piba” para Eugenia, era armar algún día su propia milonga.

Con el nivel que ella pretendía, con los bailarines que le gustaban, pero eran fantasías que la asaltaban y enseguida abandonaba como un disparate, una más de sus locuras.

—¿Por qué los lugares de tango son casi siempre feos, sórdidos?

—Eugenia, no jodas más, el porqué: porque es un programa barato, con una entrada y una consumición te pasás la noche.

Julia había hecho un estudio de mercado, y pronto había llegado a la conclusión de que la milonga tenía que ser barata, no podía ser un lugar elitista.

—Una milonga linda de verdad, nos lo mereceríamos ché.

—Dicen que si fuera linda no funcionaría. —Julia se horrorizaba frente a las ideas alocadas de Eugenia.

Tenía miedo de su lado bohemio, que un día lo hiciera de veras, que pasara a la acción, como ya la había visto varias veces.

—Elitista no, linda, bien puesta, con buen gusto.

Eugenia enfatizaba el lado estético, ausente en la mayoría de los milongueros, a quienes les importaba un bledo la estética del salón donde fueran a bailar.

El tango, así como el fútbol, era un pasatiempo barato que con un presupuesto exiguo se pasaba el tiempo libre entretenido y sin problemas, en lugares que tenían a veces un aspecto sórdido, con sillas de caño, flores de plástico, en fin; “es lo que hay” era la respuesta obligada.

—Ahí tenés el secreto.

—Además tenés que tener en cuenta que los hombres no pagan.

Sí, al revés del damas gratis típico de los bailes barriales en los clubes, en las milongas de Buenos Aires los hombres que eran buenos bailarines entraban gratis.

—Tienen pase libre en todas las pistas.

—Qué machismo, carajo

—Sí, son los mimados de la noche.

—Los dueños de la noche querrás decir.

—Si ponés la entrada cara se llena de turistas.

La ganancia en las milongas era la entrada de las mujeres.

Julia y Euge analizaban con su formación de mujeres profesionales, libres en todos los ámbitos, cuál podía ser la motivación que las empujaba a someterse a las reglas tan especiales de ese juego, de una forma casi adictiva, todos los jueves y los domingos de sus vidas.

—Che, los jueves el Beso se pone muy buena.

—Pero tarde, a eso de las 11.

Eugenia se había hecho noctámbula, aguantaba sin problemas hasta las 3 o 4 de la mañana. Al día siguiente, se hacía una siestita en el consultorio, un rato era suficiente para que se repusiera de forma milagrosa.

Y por la noche, fresca, erguida, perfumada, se transformaba, era otra, renacía.
... *te vi pasar, tanguendo altanera,*

con tu compás tan hondo y sensual...

con tu compás tan hondo y sensual...

Entre las mujeres que bailaban, se sabía que lo peor que a una mujer le podía pasar era enamorarse de un bailarín.

Catástrofe.

Era un pasaporte directo al sufrimiento, a pasarla mal.

Eugenia estaba al tanto, tenía muy claro que la seducción que se daba en la pista, era sólo eso: seducción pasajera, que comenzaba y terminaba con la tanda de cuatro tangos.

No había que engancharse y menos aún escuchar el chamuyo endulzador del milonguero.

—El bailarín de tango es piropeador, siempre te dicen cosas lindas.

—Pero si te la creés, fuiste.

—Te miden y te pesan.

—Piba, no bajes ni medio kilo más.

—¡Y la pegan justo!

—Mirá lo que están tocando... “Seguime si podés”.

—Orquestado, instrumental, qué lindo pa’ bailar.

La uruguayaya, la uruguayita, con su pelo corto, rojo intenso, sus aros largos que le llegaban al cuello, esas piernas únicas, flacas y musculosas de verdadera bailarina, milongueaba en el pasillo al baño de mujeres.

Se divertían con las conversaciones entre ellas.

También las mujeres eran pura seducción.

Por esos tiempos apareció “Nanzacha”, que desarrollaría esa relación rara con Eugenia. Eugenia sabía que Nancy era una mujer sin educación, de origen muy bajo, con actitudes y modales vulgares.

Pero... tenía algo que para ella era unpreciado don: era auténticamente reá, nada en ella era pretencioso ni fingido. Nancy era una milonguera de pura raza, nada que ver con los arreglos y artilugios que se observaban en las otras...

El excesivo arreglo, maquillaje, color de pelo, vestuario, era puramente teatral.

—No importa lo que es, sino lo que parece.

A la luz del día, los bailarines, hombres y mujeres, eran irreconocibles, los tintes en el pelo, la *bijouterie*, todo aparecía como falso, ordinario, trucho.

—Pero en la pista lo que importa es lo que se ve, no la realidad.

En la milonga no se toca el pelo, los artificios para mejorar la apariencia son comprendidos y valorizados.

Detrás de cada uno de ellos, hay un ser humano que se bañó, se perfumó, le puso color a su pelo, dibujó un rostro con el maquillaje.

—Es enternecedor.

—Y patético.

Muy lentamente, se iban metamorfoseando los tangueros no profesionales, y aparecían como personajes teatrales con roles a veces inventados, aun en la pista, con un arreglo que correspondía a un personaje de ficción, personaje muy lejano de lo que eran en la vida real, la forma en que se ganaban la vida. Eugenia había conseguido armar una colección interesante de pilchas, de mina seductora.

—A fuego lento —siempre usaba frases tangueras o títulos de tango para referirse a cosas de la vida cotidiana.

—¿A fuego lento? —No siempre era comprendida fuera de contexto.

—Sí, a fuego lento, como el tango, así se arma un roperito más o menos mistongo para salir a bailar.

No se podía encontrar todo en una tienda, lo suyo era una producción de años, de compras en viajes, de sacar un detalle de acá, otro de allá.

Así había armado sus atuendos de pebeta bacana, papirusa criolla bien empilchada, pero provocativa al mismo tiempo.

A medida que pasaba el tiempo, se volvía más audaz, era una tendencia generalizada. No solo ella, cada vez aumentaban también las transparencias, los brillos, las piernas desnudas, la ropa de *lamé*, las calzas doradas.

Sin embargo Eugenia disfrutaba del baile cuando iba con faldas.

En general no le gustaba usar pantalones para bailar.

—Con un pantalón basta.

Y si era posible, prefería no ponerse medias.

Así el pie se adaptaba más al zapato o sandalia que tuviera puesto, y se sentía mucho más libre en la danza.

Sentía mejor a su compañero, las piernas se liberaban, sus faldas con amplios tajos le permitían desplazamientos sin el límite de la ropa, era como bailar desnuda, pero sabiéndose cubierta por lo necesario.

Era un baile de una gran sensualidad, todo su cuerpo se convertía en una zona erógena, preparada para el placer.

Sentía compasión por las parejas de bailarines rutinarios, contracturados, algunos hasta encorvados, que repetían pasos sin poder independizarse y librar todo su ser al gusto por la improvisación.

Y no siempre le pasaba...

No cualquier bailarín podía darle ese placer.

Los firuletes, los pasos extravagantes, el lucimiento, restaban mucho goce a la danza, se perdía la autenticidad del espíritu del tango, que era lo que para Eugenia importaba.

Cada compañero tenía su estilo, había que pescarlo, pero... siempre había un pero... como Mario... nunca encontraría otro.

Después de la separación había pasado tres años nefastos, el duelo por la pérdida de Carlos se le sumó a sus otras pérdidas no resueltas; la de su papá y la de Mario. Y el alejamiento de sus hijos, que cada vez le daban menos bolilla.

Eugenia vivió esos años toda la tristeza de lo pasado, de lo que no iba a volver.

*Paredón, tinta roja en el gris del ayer,
dónde estará mi arrabal,
quién se robó mi niñez
veredas que yo pisé.*

Cada vez comprendía y escuchaba mejor las letras de los tangos tristes, nostálgicos, que al principio había rechazado.

El dolor de ya no ser, los tiempos pasados que no volverán, todas esas frases poéticas que sólo se comprendían cuando llegaban al fondo después de haber sufrido pérdidas, abandonos.

Y la vida misma, que era una continua transición, un navegar en el presente con el pasado pisándote los talones.

Tristeza o depresión.

Siempre había cuestionado la tendencia a poner a un sentimiento humano tan válido como el amor, la tristeza, el mote médico de depresión.

—Estás deprimida Euge.

—No, lo mío es tristeza, no depresión, la depresión es una enfermedad, yo tengo razones para estar triste, ya se me va a pasar.

No había pasado mucho desde la separación de Carlos, pero ella sentía que había envejecido cien años.

No era la imagen que le devolvía el espejo, al contrario, se veía fuerte, bien musculada, flaca, con un físico más que aceptable.

Pero la noticia de que Roxana, la mujer de Carlos, estaba embarazada y que Carlos estaba enloquecido de felicidad con la llegada de ese nuevo hijo, fue un golpe en la nuca.

Lo sintió como la peor traición dentro de la cadena de desengaños que venía soportando en los últimos años.

—Son así, los machos son así.

—Pero Carlos es diferente.

Lo que más bronca le daba era saber lo buen padre que era Carlos.

Era desagradable sentir esto, eran sentimientos sórdidos, de celos, de envidia, que le costaba mucho permitirse que afloraran.

Inevitable, no volar hacia Mario, su recuerdo en el olvido, que ya era hasta borroso. Mario estaría hecho un gringo insoportable, quien sabe en qué se habría convertido.

Había mantenido muy poco contacto con Mario desde la vuelta de Boston, nunca se habían vuelto a encontrar, a pesar de los viajes anuales de Eugenia a Boston. Mantenía contacto con sus colegas y la reunión anual era muy agradable, enriquecedor el reencuentro, los cambios en las vidas de los compañeros que habían cursado con ella, la evolución de las personalidades, las transiciones, cambios, las vidas de todos que se habían complicado con el paso de los años.

—Cada vida es una novela.

A Mario había tratado de encontrarlo, de verlo, pero por una u otra razón, los encuentros siempre fracasaban.

Ella no insistía, en el fondo sabía que Mario era ficha segura para ella, que bastaba con mover el dedo meñique para que cayera rendido a sus pies, tampoco quería generar malentendidos ni expectativas falsas.

Pero lo primero que hizo en cuanto se separó de Carlos, fue llamarlo para contarle, creyendo que se iba a alegrar, que estaría ansioso por verla ahora que al fin estaba libre, para verse a su antojo.

Se dio cuenta que Mario no era el mismo, esquivo, con un cierto rencor, le pasaba la factura de sus sentimientos heridos.

—Eugenia, yo al fin estoy tranquilo.

—¿Qué me querés decir?

—No quiero sufrir, entendeme, estoy podrido de sufrir. Con Meggie estoy en paz por primera vez en la vida. Además mi hija, la adoro, ella es increíble.

—¿Cómo se llama?

—Natalia. ¿Y ahora te acordás de mí? Años pasé destrozado, a vos no se te ocurrió pensar en mí cuando te fuiste, tan tranquila y yo aquí como un perro abandonado. Si habré pasado horas, días, escuchando “La mariposa”, “A la gran muñeca”, “Shusheta”, no sabés Eugenia lo que fue para mí. Además, dejé de bailar.

Eugenia advirtió el claro mensaje.

Miedo.

Y algo así como revancha.

No quería ni le interesaba encontrarla, no quería saber nada de acompañarla en esta etapa. Ella había idealizado el encuentro con el que pensaba que era el hombre de su vida, el amor no vivido, postergado.

Fue otro golpe, una herida más, abierta, un puntazo al corazón.

... *Hoy un juramento, mañana una traición...*

... *Hay un collar de amores en mi juventud...*

Nada mejor que La Voz para ponerle letra a esas sensaciones...

Nada mejor que La Voz para ponerle letra a esas sensaciones...

Bailar con uno, bailar con muchos, nunca se sabía cómo iba a resultar la noche, ya que no había una sola regla fija. Dependía de la milonga a la que se le ocurría ir, a esta altura respetaba su humor, que dependía de quienes estaban y qué ambiente se armaba.

Se sentía segura, conocía bien el ambiente milonguero y a cualquier boliche donde fuera, encontraba a alguien conocido, que se acercaba a invitarla.

Se había independizado de la cuestión social, era autónoma, si no le gustaba el ambiente, no tenía ningún problema en levantar campamento, sin dar explicaciones a nadie, se iba a otra milonga, sola, sin necesidad de laderos.

En el mundo milonguero, la mujer es revalorizada, su imagen depende de su baile, su personalidad, ante todo la presencia, por supuesto si es bella y tiene lindo cuerpo, mejor. Pero primero que nada, que sepa bailar, y que se imponga...

—El hombre propone y la mujer dispone.

Era una de las máximas en cuanto a la supuesta subordinación de la mujer al hombre.

Siempre acompañada de una sonrisita socarrona.

Había muchos comportamientos forzados con respecto a los hombres, que eran parte del pacto social que implicaba la relación entre los sexos en la milonga.

Una de las máximas era no humillar jamás a un varón.

Eso sí que era una afrenta que no se perdonaba.

Después de cualquier desplante, se desencadenaban una serie de comportamientos solidarios por parte de las mujeres y también de los varones hacia sus congéneres.

—Pero quién se cree que es, María Nieves?

Se referían a una mujer que había dejado plantado a su compañero en el medio de la tanda, humillado, rojo de vergüenza en la pista.

Cada cual tenía su versión sobre el malentendido, pero el acuerdo acerca del plantón era general:

—Jamás debía haberlo dejado en el medio de la pista.

—Hubiera terminado la tanda y chau, che un cacho de respeto.

147

Ese era el consenso, y hasta Eugenia compartía la opinión sobre el comportamiento de la Turca.

—Se tuvo que guardar.

—Sí, dicen que está parada desde que le hizo esa escena al Colo.

Ella quiso dar explicaciones, un malentendido verbal que la llevó a la marginación evidente, tuvo que cambiar de milonga.

Cuando la Turca quiso buscar una alianza con ella, Eugenia, acostumbrada a no tomar partido en estas rencillas a veces infantiles, llenas de conventilleos y dimes y diretes, no dudó en no meterse:

—Ya sabés, Turquita linda el chamuyo no es compás. Siempre trae problemas.

Turquita no tenés que hablar mientras bailás, tenés esa costumbre y vos misma te das cuenta que trae problemas. A la milonga hay que venir a bailar.

Se cuidaba mucho de los comentarios. Había aprendido a guardarse las ironías, las críticas, sólo compartía con Julia, a quien consideraba su par.

—Viste a Ernesto, baila con todas y después se va con un chabón.

—Sí, ya lo tengo junado, el otro día bailó con un trava que entró tarde.

—Sí sí, parecía una mina escultural, me llamó la atención, con semejantes piernas kilométricas.

—Demasiado largas, demasiado musculosas.

—Y los zapatos fucsia, eran número 43.

Las amigas se reían del juego observable de algunos milongueros homosexuales que se ponían exageradamente masculinos, ingenuamente masculinos, con una sexualidad complicada, tortuosa.

La milonga en cada uno cumplía con un cometido:

—Otra vez.

—El juego de lo masculino y lo femenino.

Eugenia ya estaba en condiciones de elaborar hipótesis sobre los comportamientos y las fantasías de los bailarines.

comportamientos y las fantasías de los bailarines.

Majo y Elías las habían invitado esa noche a “Chiqué”, en el Sa - lón del Centro Galicia. Linda pista, además el grupo era bueno, todos con buena onda, gente agradable, educada.

—La Torda. ¡Qué honor, su majestad!

Eugenia escuchaba qué tango estaban tocando, era para ella como impregnarse, un instante de inmersión en esa pecera que era la milonga al sumergirse en ella.

Se escuchaba un tangazo de esos instrumentales que hacían mover las piernas solas, le costaba concentrarse.

—Creo que es “Dibujo” de Domingo Federico.

Ya estaba terminando, siguió “El ciruja” por Alfredo de Angelis, cantado por Hugo Martel. Eugenia se repetía, distraída... “una mina le chafaba todo el viento”...

Tomás el Polaco, se levantó haciéndole una especie de reverencia exagerada.

—Pará Tomasito, voy a saludar a todos, no quiero que nadie se me ofenda.

La ronda de besos, sobre todo Omar y Luisita, los llamaban los nonos, esos sí que eran milongueros de toda la vida, de los tiempos de su padre.

Luisita a esta altura iba sólo a mirar, había dejado de bailar. Era empleada no docente de la UBA, allí la había conocido en su época universitaria, además vendía *bijoux* en los baños de mujeres de las milongas.

—Una buscavidas, se las sabe todas.

Hacía poco que se había arreglado con Omarcito, parecían una pareja de toda la vida, pero no, hacía solo un par de años que estaban juntos.

—Cosas de la noche tanguera.

Omarcito sí, a pesar de su edad, se permitía sacar a todas las chicas jóvenes, hasta cansarse de bailar.

Luisita lo había invitado a vivir a su departamento en Almagro, ya que él estaba tirado, se había quedado sin vivienda después de su última separación, con una mina que le había soplado “todo el viento”.

Algunos milongueros trataban de arreglarse con una mina que tuviera departamento, así solucionaban sus problemas de hábitat.

Era el caso de Omarcito: su vida sentimental lo había llevado a situaciones límite, pero él se tenía confianza, sabía que de última, alguna mina de la milonga le iba a dar albergue.

Los varones milongueros, los buenos, confiaban en la segura protección de alguna mujer.

—En el fondo, siempre esa tendencia al cafishismo.

El último yeite, ir de *taxi-dancer*. Los pibes que sabían bailar bien, que habían hecho de su habilidad para el baile una changa, una forma de ganarse fácil la vida. Sin contar hacerse comprar ropa, zapatos, algún viajecito, una cena en un buen restaurante...

*Soy aquel que conocieron
bailarín de los mejores
tiempos de escuela de tango
un dos por cuatro silbaron.*

El tango vuelve a triunfar.

Eugenia sonreía con la letra de Gutiérrez, que cantaba tan bien Rubén Juárez, “El tango vuelve a triunfar”.

—Taxi-dancers.

Acompañaban a un grupo de mujeres, o esperaban que llegaran por su lado, a una milonga previamente acordada, y las sacaban a bailar.

—Y cobran los muy descarados.

—Qué chantas, cómo embaucan a las minas.

El ideal era una extranjera, una turista enloquecida por el tango, si era europea mejor, por los euros, venían con guita, decididas a aprender en tres meses lo que lleva años, además que era muy difícil que aprendieran con gracia y presencia.

Se quedaban ahí, a medio camino, pero había que reconocer que existían algunas que a veces se les daba, que parecían haber nacido en el arrabal, que ahora se le llama el conurbano bonaerense.

—Tené cuidado con la germana ésa. Te va a romper el cuello con esos brazos.

—¿Viste los músculos que tiene?

—Sí, y cómo se cuelga.

Una charla al pasar entre Alcides y Elías, charlas socarronas, con una desvalorización de las mujeres que iban a bailar con los taxi-dancers.

A los verdaderos milongueros estos comportamientos les parecían muy

divertidos, no aplicaban ningún juicio crítico, en ese ambiente se era muy permisivo y todo era posible, bien visto, estaban curados de espanto.

—Si te saca alguien, tenés que aceptar baile bien o mal.

A veces el que Eugenia quería que la sacara, no la sacaba en toda la noche. Ella ya lo tenía relojeado, controlaba hasta el menor movimiento, para no perder el cabeceo, el arqueado de cejas, sin que se la notara como una desesperada, pero al mismo tiempo haciendo observable su estado de alerta, de disponibilidad, pero el señor... nada.

Eugenia había decidido no tener historias con milongueros.

—La milonga no es levante.

Iba con ropa cada vez más cómoda, vistosa y elegante, pero fresca y muy sexy. Bailar le daba mucho calor, transpiraba, había que reconocer que era un ejercicio bárbaro.

Había que estar en buen estado aeróbico, liviana, cerrar bien los giros, ella utilizaba su formación en danza clásica. Los *rond-des-jambes* que eran su sello, su característica, necesitaba que el compañero le diera el tiempo en la marca para poder hacerlos, los había adquirido en las lejanas épocas de las clases de ballet en lo de Irma, allá en Vicente López.

en Vicente López.

Pero Eugenia estaba cada vez más frecuentemente con esas pálidas despiadadas, como ella misma denominaba a sus bajones.

Coincidían esos estados de ánimo con los tiempos en los que frecuentaba a Nancy.

Nanzacha, como la llamaban en el mundo milonguero, era cambiante y así como aparecía por períodos de tiempo todas las noches, a veces podía desaparecer por meses. Cuando se le “pegaba “ a Eugenia, por lo general era por conveniencia, para sacarle algo...

Aparecía de la nada, como si nada, después de meses, en el momento justo, de mayor debilidad de Eugenia. Como si le oliera el bajón, el estado de fragilidad, de defensas bajas.

—Che, estas sandalias están sin estrenar, ¿sabés que calzamos el mismo número, no?

Eugenia era complaciente, sufría al verla así, deteriorada. Su figura escultural ahora estaba encorvada, su espalda se veía agobiada, se le marcaban demasiado los omóplatos que sobresalían.

Llevaba años con esas ojeras, con crecimiento en el pelo, las raíces de diferente color, le producía mucha compasión, era más fuerte que ella, la dejadez de Nancy la deprimía, era un espejo de cómo ella misma se sentía.

—Tomá, andá a la pelu y cortate un poco, hacete el color.

Nancy nunca tenía un centavo, necesitada de lo imprescindible, siempre lista para el “manguero”.

Hacía años, había pensado al verla venir de lejos que pudiera ser portadora de VIH...

Ella mismo le sacó media jeringa de sangre, en el hospital, de prepo, no la dejó protestar, para hacerle de paso un chequeo de todos los valores.

El resultado fue casi instantáneo: positivo...

Para Eugenia fue muy duro, aunque siempre supo que era de alto riesgo; adicta, relaciones sexuales ocasionales, con cualquiera que le viniera en gana, mucho alcohol... últimamente otras adicciones para “levantarse el ánimo”, para dormir, ansiolíticos, y lo peor, lo que más la rayaba, las anfetaminas que conseguía en el mercado negro; su cuesta abajo era inexorable.

—Torda, ¿no me habilitás unos “morlacos”? Tengo que pagar el alquiler de la pieza.

Eugenia sabía que cambiaba de vivienda muy seguido y que había estado inclusive viviendo en la villa.

—Me resulta más segura la villa que los barrios del sur.

En la villa tenía amigos, compadres, una serie de relaciones que la protegían, incluso cuando se metía en alguna pesada. Había estado entregando falopa, cuando estaba desesperada, era una fija que le daba algo de plata en el acto y para ella era muy fácil entrar y salir. Ese mundillo era flexible, a pesar del terror que le producía a Eugenia, que pensaba que era un camino del que no podría retornar nunca.

Nanzacha entraba y salía, transitaba en la marginalidad como un gato de albañal, así como iba a pedir que le dieran “algo” así desaparecía y no daba señales de vida por mucho tiempo.

Pero se intuía que pasaba situaciones de violencia que quién sabe qué eran y por qué. Imposible hacerla hablar, que se dejara ayudar.

—Nancy, Negracha, te tendría que internar y hacerte un chequeo general, para medicarte bien, tendrías que tomar medicación, entrar en los protocolos de portadores, no podés seguir así.

Había aparecido varias veces por las milongas con dedos marcados en los brazos de un color azulado, evidente a pesar de que había querido taparlo con maquillaje, que hablaba de maltratos y zamarreos.

—Nancy, Negra, ¿quién te hizo eso? Contá, tenés que contar.

Ella subía los hombros con un gesto que quería decir “es inevitable, a vos qué te importa, no hagas tanto barullo por nada importante”.

Una vez se apareció aterrada en lo de Eugenia en mitad de la noche. Mojada, congelada, con los zapatos embarrados, se veía de donde venía.

—Eugenia, tenés que esconderme, me van a matar.

—Pará Nancy, contá, desembuchá qué te pasó. Primero date una ducha, cambiate de ropa. Después meté la toalla y todo la ropa que te saques en esta bolsa y dejala cerrada. Esperá que te doy un jabón, después metelo en la bolsa junto con la toalla.

Eugenia era muy impositiva en sus indicaciones, y Nancy ejecutaba las tareas que le iba indicando de manera sumisa. Cuando terminó lavó la ducha con lavandina pura, canillas y grifos.

Le pasó un pantalón pijama y una camiseta de ella:

—Qué me pasa.

—Bueno, ¡qué te pasa, por Dios!

—Me reclaman guita, el Palometa dice que me quedé con la guita, que lo cagué, que lo dejé de garpe.

—¿Cuánta guita es?

—Doce lucas.

—¿Verdes? ¿Dólares?

Eugenia estaba azorada.

—¿Y si se lo das te deja de joder y te borrás?

—Sí.

—Bueno, andá al locutorio y llamá al Palometa. Que no sepa que llamás de acá. No quiero que me localice. Ponete mi tapado por encima y vas así como estás.

—Decile que mañana le das toda la guita. Y te lo sacás de encima, ¿oíste? Para siempre. Después andate, tomá andá a un hotelito en Constitución. Tomate esto antes de dormir. Cerrá bien la puerta y acostate a dormir toda la noche. Cuando ya se iba, subiendo al ascensor, Eugenia la paró:

—Esperá negrita, tomá: dos bananas y un yogurt. Mañana en el bar de siempre al mediodía.

Al día siguiente en el bar de Pueyrredón, un barsucho en el que siempre se encontraba con Nanzacha, ahí estaba.

Le llevó la plata en una bolsita de supermercado.

Siempre había tenido una reserva en dólares en efectivo por cualquier emergencia, bueno, esta era una verdadera emergencia.

Nancy agarró el paquete y salió casi corriendo, tirando la silla haciendo ruido.

—Gracias torda, nunca me voy a olvidar de esto.

Eugenia se quedó en el bar sentada un rato, pidió una botellita de agua y su único pensamiento durante una larga reflexión... “Tengo que salir de esto. No me puede estar haciendo bien. Zafé de Nancy, un peso menos en la mochila”.

Ya le resultaba difícil entusiasmarse, no había vuelto a sentir el cosquilleo en la boca del estómago al entrar en la milonga.

... Qué noche llena de hastío y de frío...

La voz del Polaco y la letra inmensa de “Garúa”...

... el viento trae un extraño lamento...

Si bien la noche de Buenos Aires era cambiante, aparecían pistas

nuevas todos los días, para Eugenia no representaba ningún desafío.

Nunca había esperado nada de Nancy, era una verdadera marginal, dentro de todo era un alivio que estuviera calmada por un tiempo, no verla, no tener que bancarse sus irrupciones con sus problemáticas de lumpen que la hacían sentir y palpar el verdadero trasfondo mafioso del tango.

Salir a la garúa, a la sombra de la ciudad durmiendo, la hacía entrar en una espiral que le devolvía ese sentimiento vil, desvalorizado.

“Los Compadritos” de Cadícamo cantado por la Gata Varela estaba más vigente que nunca:

*Buenos Aires, no es el que antes fue, todo ha cambiado
tus compadritos del ayer, son duendes del amanecer...*

La ciudad era otra, al mismo tiempo que conservaba su aire, sus fantasmas.

La inseguridad, el miedo, los cuidados tenían que ser extremos, más aún una mujer sola que salía de noche.

Los bailes, milongas, acontecimientos, homenajes, se sucedían, todas las noches había algo para hacer, programas, propuestas, si se dejaba enganchar, no dormía nunca.

Profesionalmente estaba muy armada, ya había logrado todo lo que quería, ahora sólo quería estar instalada en esa cómoda meseta desde la que no pretendía nada más. En cambio Carlos no dejaba de crecer, pero hacía ya años que no le interesaba competir con él.

—Zafé de él hace años —se reaseguraba.

No quería ni enterarse de su vida, saberlo feliz y realizado en verdad la hacía carcomerse de celos.

Su nombre sin embargo estaba entre los mejores, de consulta, su cartera de pacientes era enorme, estaba en todos los planes de alto *target* de las prepagas más importantes.

Sin embargo, no había dejado el hospital, al contrario, había hecho la carrera hospitalaria completa, sólo esperaba que el Dr. Lloch, jefe de servicio se jubilara y ella por antecedentes, por oposición, como fuera, iba a ser la jefa de servicio. Hasta que se jubilara ella también.

En el hospital todos conocían su vida tanguera, era un condimento que

completaba su personalidad profesional.

En el Italiano un pediatra amigo, Carpinacci, y una hematóloga japonesa, la Dra. Higa del servicio de Hemodinamia, habían comenzado a hacer talleres de tango los viernes a la tardecita.

Estos médicos, muy enamorados entre sí, una pareja inconcebible, él un italiano altísimo y ella una asiática pequeñita, no más de un metro cincuenta. Increíble cómo se las arreglaban para bailar el tango.

Ellos salían del hospital y se iban a la milonga, pero les daba mucha pena dejar a los padres internados en el hospital con sus chiquitos tan enfermos...

—¿Y si les enseñáramos a bailar?

—Y, se lo proponemos, si agarran viaje, dale, me encanta la idea. Me daría menos culpa pasarla tan bien nosotros, después en la milonga.

Esa noche se encontraron en “Porteño y Bailarín” con Eugenia.

—¿No te engancharías para ayudarnos? No sabemos si va a funcionar, es sólo una idea, hay que ver cómo funca.

El viernes siguiente, en la biblioteca del Italiano, en la parte antigua del hospital, soberbia, subiendo las escaleras de mármol de Carrara, se encontraron todos los participantes: la pareja del pediatra y la nipona, Eugenia, Eduardo, que siempre acompañaba a Euge en cualquiera de sus locuras, y dos parejas de padres cuyos niños estaban internados. Se iban acercando con mucha timidez otras personas. Todos habían sido invitados y les causaba incredulidad la insólita invitación.

Comenzaron a caminar con ritmo, con gracia, marcando la pisada, un-dos-un-dos-tres-lugar-lugar, pasar el peso con cadencia de una pierna a la otra, lugar-lugar-un-dos-un-dos-tres.

La música la seleccionó Eugenia: de Cadícamo, “Orgullo tanguero”.

... Con este tango no se pierde el compás, porque es porteño, milonguero y varón...

Tango mío, tango reo, qué será de aquel amor que yo perdí...

Para Eugenia fue una experiencia fundante; por fin entendía el perfecto ensamble que existía entre tango y sufrimiento, ya ella sabía que en otras culturas había bailes y cantes a la muerte, a las pérdidas, al desgarrar de estar en el filo de la vida y la muerte.

Lo había experimentado con el cante jondo de los flamencos, los ayes de los andaluces, con sus ritmos tan primitivos, la seguriya, que dicen que es el

cante más antiguo que existe, que no se sabe si es cante o es rezo, o es lamento o todo al mismo tiempo.

Pero no había hecho el clic con el tango. Recién cuando se vio a sí misma bailando casi de manera desconsolada, tratando de imprimir ritmo a esas vidas deshilachadas por el dolor, entonces sí, allí comprendió el tango.

El compás del tango tenía tanta polenta, era un corazón gigante latiendo, marcando en cada célula, esa cadencia, ese milagro que es vivir...

Esa tarde en el Hospital Italiano iba a quedar grabada en su memoria para siempre. Médicos, enfermeros, auxiliares, bailando.

El sufrimiento unido al tango.

Y para ella, por primera vez se unía su vida en paralelo, la médica y la milonguera podían convivir dentro de sí de forma armónica, entonces era posible no sentir la conocida y angustiante división de aguas...

La experiencia tuvo mucho éxito, y se instaló ese espacio para los familiares que se quedaban acompañando a sus seres queridos los viernes por la noche. Ese lapso, ese intermezzo en su devenir, les facilitaba la internación, ellos así lo expresaban, les daba más ánimos, les aflojaba los rasgos, les relajaba la espalda dolorida, planchaba el gesto, dibujándoles una sonrisa en sus rostros ojerosos.

Era solo un rato, pero llenaba sus cuerpos y sus almas de una felicidad plena, permiso para abrazarse, aflojarse en los hombros del otro, Eugenia podía ver cómo se iban inclinando las cabezas.

*... Lloro la calesita, la calesita sombría,
sigue llorando el fango, con su dolor de tango, la calesita
grita la calesita su larga cuita maleva...*

De Mores y Castillo, cantada por la voz entrañable de Hugo del Carril, tan parecida a la de Víctor, su padre, de pronto Eugenia lo sintió cercano como si estuviera allí, parado detrás del mostrador del Alpina, con su sonrisa de aprobación.

del Alpina, con su sonrisa de aprobación.

La noche de verano era agradable, estaba lindo para salir. Se encontró con Julia, en un bar con mesas en la vereda sobre Quintana, querían picar algo para hacer tiempo antes de salir a bailar. Estaban en Palermo, y pensaban ir a eso de las once a “Canning”, en Scalabrini Ortiz.

Eugenia llevaba una falda suelta, de gasa, con ruedo irregular. Arriba un top sin hombros. Elegía cuidadosamente lo que se iba a poner, ya que cada vez la comodidad era para ella lo más importante. Ya sabía que la parte superior tenía que estar separada de la pollera, ya que así se podía extender el torso de costado, estirar la zona de las costillas y moverse con mayor amplitud y libertad.

Los zapatos los llevaba como era costumbre, en la cartera, el tema de los zapatos era un fetiche, algo que se había instalado en la moda milonguera, un símbolo que hablaba mucho de quién era quien los llevaba.

Eran muy delicados, unas sandalias con taco *stiletto*, imposible caminar por las calles destrozadas de Buenos Aires con esos zapatos.

Mientras tanto, unas ojotas bajas, cómodas, para todo andar.

Al llegar al salón, las mujeres se cambiaban los zapatos. Ese ritual repetido comenzaba a bajonearla.

Hacía un tiempito que venía sacándole el cuerpo a las salidas obligadas, las trasnochadas permanentes la aburrían un poco, lo que veía era por momentos desagradable, como ver encorvadas en una silla a algunas veteranas que les costaba colocarse los zapatos.

—Y yo, ¿qué va a pasar conmigo cuando sea una de esas viejas?

En cuanto a los varones, definitivamente prefería a los que usaban los sobrios zapatos clásicos, de suela, le encantaba que los hombres tuvieran buen calzado, pero no especiales de tango, pensaba que era vanidoso en un hombre. Al ingresar al salón, abarcó con una mirada global el ambiente. Con eso, ya todo lo intuía: tenía mucha pista, como se decía en el ambiente, de solo entrar, percibía, olfateaba lo que estaba pasando.

Se quedó un momento parada, antes de entrar, Julia ya estaba saludando a los diferentes grupos.

Eugenia estaba distraída; últimamente andaba medio revirada.

De alguna manera siempre buscaba a Nancy, siempre pensaba sin querer hacerlo consciente, que algo le había pasado.

Algo. Algo era algo trágico.

Había un show en vivo, un chico joven, con una lagartija tatuada en el hombro, cantaba:

*Paredón, tinta roja en el gris del ayer,
dónde estará mi arrabal, quién se robó mi niñez...*

La letra la transportó al “Alpina”, su niñez feliz, fuera de todo arrabal... Por qué le llegaba tanto el tango ese, porque la niñez misma era para ella una zona de marginación, desaparecida en el tiempo, un arrabal de sus sentimientos.

Salió de ese instante introspectivo, basta Eugenia, se dijo a ver quién está; estaba Benjamín, buen tipo, se quedaba tranquila, la noche siempre dependía de lo que hubiera, de lo que se encontrara para bailar.

Benjamín era chiquito, muy liviano, delicado en la manera de llevar. Un hombre sensible e intenso.

Compañeros de baile había tenido muchos y muy buenos, pero cada vez le resultaba más difícil sentir la fuerza del tango con los hombres que encontraba para bailar.

O los encontraba demasiado arremetedores, desagradables, o bien de una blandura y delicadeza que tampoco la satisfacía.

Toda una complicación.

Hacía tiempo que no le pasaba nada, bailaba sin sentir.

Sabía que estaba con todos los síntomas de la incipiente pálida, ya se la veía venir, era desagradable, pero no le producía el miedo de antes.

Miraba con nostalgia a las parejas de pibes jóvenes, esas ansias, el empuje, las ganas.

Benja vino a saludarla, pero por cortesía tanguera tenía que esperar a que Eugenia se acomodara para poder sacarla. Era un tipo sutil, intuía la insatisfacción de La Torda.

—Carajo, me ganó de mano.

Eugenia no podía negarse. No se había sentado, que ya la invitó Alberto, un muchacho con el celular en el cinturón.

—Gente joven, bah.

Eugenia no daba importancia a las críticas, no solo de Julia, sino de toda la mesa.

—Si venís a milonguear, dejá el celular por un rato, che.

—Tendrá que llamar a la bruja.

—Sí, es el clásico tramposo que tiene que marcar tarjeta.

Las alusiones a los hombres casados que se escapaban a bailar eran reiteradas.

Problemas de pareja evidentes, existía una colisión frontal entre la vida de familia y el deseo de mantener una pareja estable con la vida de boliche.

Sabía reconocer claramente los nervios, la ansiedad, las salidas a hablar a la calle, las explicaciones ridículas de los que estaban trampeando.

Hombres casados que van sin permiso.

—Porque están los que vienen con permiso.

—Y las veces que se hacen los distraídos cuando vienen acompañados.

—Tenés que hacerles el juego.

—Claro, hacete la otaria delante de la nami

—Por la bruja.

Sobre todo los sábados, era noche de parejas, iban con sus mujeres.

Estaban los que la iban de novios, que tenían novia de milonga, nada que ver con una historia real, afuera esas relaciones se diluían como el humo.

La especulaciones iban y venían, todos divertidos y preparados para pasar una agradable noche.

El chismorreo continuo, los secretos en el oído, las risitas imperceptibles...

—¿Sabés algo de la Negracha, de la Nancy?

—Nada che, está guardada.

—Sí, ya me dijeron que andaba metida en una movida muy pesada.

—Y... ya la conocemos.

Los dimes y diretes sobre Nancy iban y venían, Eugenia prefería no dar rienda suelta a las habladurías, que la conversación se mantuviera sobre carriles más livianos, hacerse la boluda. Sabían que sabía mucho más, que prefería callar, no levantar la perdiz. El tema de Nancy iba mucho más allá que los cotorreos sin consecuencias, había una situación de cuidado, una luz roja que estaba instalada, con los narcos de la pesada que siempre habían estado enredados con Nancy. Ella misma corría peligro, peligro de muerte...

Eugenia se bailó la tanda con Albertito, un muchacho sólido, musculoso, una mole, con demasiado perfume o *after-shave*, vaya a saber qué se había puesto, pero en todo caso era mucho.

Tenía una camisa rosada con un saco claro, casi blanco; si bien todavía había milongueros con corbata, en general estaban con saco, pero con camisa con el cuello abierto. Informal. Era el tan mentado elegante sport.

Tranquila, sabía que Benja estaba como un gato agazapado, esperando para pegar el salto ni bien la largara Albertito.

Cuando la orquesta de Pugliese se largó con “Tanguero soy”, una seña imperceptible atrajo a Eugenia hacia Benjamín, quien la saludó con un beso en la mejilla.

—Hola, muñeca.

El instante del acomodo, del apoyo sutil de su pecho sobre el de él, eran de la misma estatura, el abrazo liviano de Eugenia, no pesaba un gramo, un placer para el bailarín.

—Sos una mina increíble.

Apretó y ajustó la mano debajo del omóplato derecho de Eugenia, para manejar la marca a la perfección.

Era un sabio en el manejo de la intensidad, sopesando el cuerpo de la mujer con la que estaba bailando, sabía bien lo que tenía entre sus brazos.

Otros bailarines eran demasiado fuertes, a Eugenia no le gustaba, menos que la marcaran demasiado.

Benja se tomaba la milonga sin drama, quería pasar un buen rato, bailar un poco como ejercicio, transpirar como un loco y después regresar a su casa a ducharse y relajarse tranquilo.

Era un pequeño empresario, nada que ver con Eugenia.

—Aburridísima fábrica de zapatos.

—Y bueh, también tiene que haber, ¿no? —Eugenia, divertida con la actividad empresarial de su compañero, no tenía ningún juicio sobre los trabajos que tenían los pocos milongueros que laburaban.

—Al menos laburás, producís.

—Así me lo tomo yo, Euge. Tampoco la pavada.

Otros tipos eran como animales salvajes, se adivinaba una cierta violencia en los movimientos que le producía rechazo, la llevaba a imaginar a una bestia larvada.

Había desarrollado una capacidad para imaginar cómo podía bailar un punto, aún sin haber estado con él.

—No siempre la pego. A veces me llevo flor de sorpresa.

Si una mujer está en el salón de baile, quiere decir que está dispuesta a bailar, a salir, a aceptar a los que la soliciten.

Los hombres tenían mucho temor a ser rechazados.

—Les produce pánico.

El hombre tiene que actuar, hacer la seña, el tango es un juego machista, donde el hombre hace todas las señas, pero la que tiene el sí es la mujer, es ella la que tiene que aceptar.

—Esto da mucha libertad, qué paradoja, a la mujer.

Si eran, creía Eugenia, resabios de cuando no había mujeres en Buenos Aires, una para varios hombres, ahí sí que ellas eran las reinas.

Pero los tiempos habían cambiado y mucho, ahora había muchas más mujeres que hombres disponibles. Y cada vez menos buenos bailarines. —Pataduras, lleno; y encima creídos que son Zotto.

Eugenia se divertía con Isa, viendo a los ridículos que copaban el centro de la pista para hacerse ver con sus firuletes.

En las milongas europeas, en Italia o en Francia, Eugenia había estado en varias, los hombres venían a sacar a bailar a la mujer a la mesa.

En Buenos Aires, eso era impensable. Primero la seña, cabeceo o mirada con gesto de interrogación bien marcado, y una vez que claramente había un sí por parte de la mina, al menos para él, ahí se venía hacia la pista, donde se encontraba con ella, ya levantada y caminando hacia él.

—Salir a bailar con uno de ellos o no está en la mujer, dicho por los hombres, los que saben, los milongueros de antes.

—El salir a bailar no tiene nada que ver con la amistad.

—Podés ser amigo, te podés copar con una mina, pero no tenés por qué bailar con ella.

Lo ideal era que bailara, que se entendieran, que se interpretara, que la mujer supiera esperar, que no adivinara lo que iba a venir, lo que el hombre le iba a proponer.

—Allí, ya la nami está bailando sola.

Muchos malentendidos se producían cuando salían las mujeres sin haber sido cabeceadas, o por una mala interpretación de la seña.

—Bailar no es cortesía.

No había que confundirse, por amigos que fuesen, la mujer tenía que respetar el derecho del hombre a elegir bailar con quien se le antojara. Eran odiosas las pesadas que suponían que las tenían que sacar solo porque estaban planchando.

—Dale ¿bailamos?

—Me saca de quicio —realmente estaba enojado, se sentía cercado, obligado

y eso lo cabreaba mucho.

do, obligado y eso lo cabreaba mucho.

Muchos ya sabían con quién querían bailar.

El ambiente de las mujeres era complicado.

—Hay de todo, como en la vida.

Cuentos, chismes, “hacerle la cama”, “hacerla pisar el palito”,

crearle mal ambiente, ese tipo de clima abundaba, además les gustaba crearlos.

—Se armó gallinero.

Era la consigna del inminente conflicto entre mujeres, con gritos, a veces insultos subidos de tono, alaridos, llantos, mujeres que desaparecían en el baño y ya no querían salir, tenían que ir varias a rogarle.

En general el desencadenante eran celos, encubiertos o así impúdicos y a la vista. La envidia femenina también hacía de las suyas.

Eugenia nunca había tenido algún problema con una mujer, por el contrario, en general se le acercaban con un cierto respeto, por su historia milonguera y por el hecho de ser médica; además cada vez que se la necesitaba como médica, allí estaba, segura y disponible, le pedían muchos consejos terapéuticos.

—Nada más hipocondríaco que un milonguero.

—Adoran, profesan una verdadera pasión por los fármacos.

—Tienen pánico a la enfermedad, siempre llenos de quejas, dolores, síntomas.

—Se automedican todo el tiempo.

En la milonga la enfermedad se asociaba con la yeta, la depresión y el abandono.

Se pasaban recetas, consejos, la fuerte tendencia a la automedicación a veces rayana con el peligro.

Cada vez que se producía una de estas situaciones, aparecía el terror atávico al mal, a la enfermedad, la muerte.

Eran comunes las supersticiones, el pensamiento mágico, el miedo a la envidia y las brujerías. Sobre todo los “trabajos”; brujerías de todo tipo, que los llevaban a estar pidiendo protección a santos, amuletos, toda clase de elementos para cortar el mal, hacer rebotar las malas ondas, protegerse.

—Vos tenés hecho un mal, de cajón, te hicieron un “trabajo”. Pulseritas, anillos de cuarzo, piedras en el cuello, el clásico cuernito rojo napolitano,

amén de cadenas de oro con todas las vírgenes habidas y por haber brillaban en el cuello de milongueros hombres y mujeres.

—¿Qué Virgen es?

—Es la Desatanudos, es muy milagrosa.

Eugenia trataba de aplicar el racionalismo, lograr que pensarán, que se cuidaran, que creyeran en la ciencia, sin cuestionar jamás sus creencias. Pero ella misma no estaba del todo convencida, sabía que la libido tenía caminos imposibles de prever y que en eso residía finalmente el amor a la vida, “*la joie de vivre*, como dicen los franceses”.

—Pará, no te des manija, andá al clínico al menos, un chequeo, unos análisis de rutina.

—Tenés que ir al cardiólogo, ¡no podés curarte la hipertensión con té de perejil!

No podía conseguir que adoptaran una conducta responsable de cuidado de la salud.

—Y encima ya estamos grandecitos, por no decir veteranos.

Eugenia trataba de relativizar para que vieran que había que prevenir, no ir recién al médico cuando ya los trastornos estaban instalados.

—¿Para qué voy a ir si estoy sano?

—Prevención, por prevención.

—¿Para que me digan que estoy fenómeno? Si yo me miro al espejo y me digo: ¡qué pinta que tenés, Angelito!

La prohibición de fumar en los salones de capital había ayudado mucho, al menos para respirar aire puro, ya que cuando estaba permitido, el ambiente tóxico era irrespirable. Las mujeres eran más fumadoras, salían a la vereda, a la calle, o a la ventana para poder apurarse un cigarrillo.

—Qué cagazo, amigazo.

Eugenia aprovechaba para difundir los principios básicos de atención primaria en gente ya madura.

Si bien la milonga se había llenado de jóvenes, la edad media de los bailarines seguía siendo bastante avanzadita, casi todos arriba de los cincuenta.

Y una buena proporción de mayores de sesenta y más también.

Eugenia se reía cuando pensaba en lo interesante que podría ser un estudio epidemiológico de esa población.

—Los resultados serían una sorpresa para más de uno.

—Cortala con el cigarrillo.

—Hipertenso, hacé una dieta, hay que bajar, es un factor de riesgo, sobre todo el contorno del abdomen, además molesta para bailar.

—Encima, parecés más jovato.

Ese argumento era el más convincente.

Varios habían tenido infartos, accidentes, desvanecimientos, Eugenia era llamada para intervenir como médica.

Corría, aire, aire, alguien que se ocupara de sacar a los curiosos hasta que llegara la ambulancia.

—Pero qué suerte que tenemos a la Tordita.

Había problemas con la temperatura, que mucho aire acondicionado en verano, que demasiada calefacción, que qué calor, que acá nos cagamos de frío.

Un tema de disenso, que acarreaba peleas acaloradas, y se convertía en punto central de conversaciones.

—Transpirás, y después te mandan el aire helado, yo me contracturo enseguida.

Había visto varias veces grandes discusiones, peleas escandalosas protagonizadas por mujeres y a veces también hombres despechados, que venían a hacer conventillo.

—¿Te acordás de aquella que vino a buscar al marido y cacheteó a la que estaba bailando con él?

—¡Qué quilombo que se armó! Pobre mina, como si hubiera tenido la culpa. La decisión de dónde ir, en general se hacía un rato antes, definían rápido. Los viernes había muchas opciones.

Le gustaba “Región Lionesa”, lo de Luis, en Humberto primo al 1.400, un club de barrio lindo, bien mantenido, con el salón de fiestas en buenas condiciones en el primer piso, tipo club español pero no tan lujoso.

La cosa era ir, si tenía ganas con alguien como para entrar y salir, pero si había que cortarse sola, no había ningún problema. Era parte de las reglas del juego.

—Sí, Euge, ningún problema, yo me quedo, está la Gorda, Mariana y otras namis que me interesan.

Bernardo tenía una amistad llana con Eugenia, le contaba acerca de sus intenciones sin ningún reparo, era de una sinceridad inusual.

A muchas milongas Eugenia prefería ir en taxi, por seguridad. Dependía de los estacionamientos, la vigilancia, ella ya tenía todo bajo control para no exponerse a ningún peligro.

Los sitios buenos funcionaban con reservaciones para los habitués, que ya tenían su mesa fija.

Eugenia era muy bien recibida, no solía ser ficha fija de ninguno de los bailes que se organizaban, más bien le gustaba jugar de líbera, ya que volaba como un pájaro nocturno de un lugar a otro, hasta encontrar el ambiente que quería. Le gustaba llegar tarde, cuando el ambientillo ya había entrado en calor, a las doce, una de la mañana.

Recordaba como una máxima los consejos de Víctor, su padre; le habían quedado marcados a fuego.

—Tenés que ser la última en llegar y la primera en irte.

—Eugenia, las mujeres más lindas como vos tienen que hacerse desear.

—No te regales, aunque te mueras de ganas.

Sonreía al ver que era increíble, pero en la noche porteña todavía funcionaban esos valores, aprendidos en la adolescencia.

No sabía si era universal, si ese tipo de actitudes eran válidas en otros ámbitos, pero lo que sí era evidente, era que en todos lados, había que dosificar la presencia.

—Inclusive en la profesión.

—Sí, que no vean que querés pisarle los callos a nadie.

María José, más joven, desesperada por ascender en la profesión, se le había convertido en un clon, también milonguera, era su discípula, dispuesta a absorber toda la experiencia de Eugenia como una esponja.

—Euge, llamé para que nos guardaran mesa.

Ese tipo de dependencia le molestaba, que se le pegaran como chicle: se ocupaba de desarmarlas desde el primer momento, conservar el libre tránsito era esencial, la ayudaba a circular sola, despegarse, lo que más le importaba, conservar su autonomía.

La milonga porteña por esos días era un mundillo, al fin y al cabo pequeño, donde todos se conocían.

Sí, pero no conviene intimar jamás con nadie.

Seguir manteniendo una relación bastante superficial, dentro de lo posible misteriosa, era la garantía para evitar problemas indeseados.

—Nada de verdades de a puño, nada de agresiones.

—Los conocés a todos sin conocerlos.

—Frecuentan los mismos lugares.

—Sí, te cruzás siempre con los mismos chabones.

—Sí, te cruzás siempre con los mismos chabones.

Había algunas parejas que resistían el paso del tiempo en el mundo milonguero, que tenía todos los ingredientes abrasivos contra la estabilidad de una relación sentimental.

Era un ambiente de solitarios, de hombres y mujeres con situaciones familiares complicadas, pero nadie quería adentrarse en las profundidades de la vida privada de cada uno.

Los chismes iban y venían, pero entre los códigos de la vida de los milongueros figuraba en primer lugar el “no te metas en la vida del prójimo”.

Gente solitaria y misteriosa de los orígenes más heterogéneos, era una sorpresa saber en realidad quién era la persona que se escondía detrás del personaje que interpretaba en la noche.

Los que iban en pareja y querían bailar entre ellos quedaban aislados, se los dejaba aparte, meterse en la intimidad de una pareja formada era evitado por los demás; muy excepcional era el caso de algunas parejas que seguían integradas a las mesas, después de un tiempo de formadas, como Loli y Rodolfo.

En general eran mayores, y funcionaban con una actitud maternal. Por ejemplo Lola, que desde la mesa controlaba todo, asentía, juzgaba, aprobaba o rechazaba. A ella sí se le permitía. Lola era Lola... tenía derecho.

Era cómplice de amores nuevos, de relaciones clandestinas, sabía guardar los secretos más increíbles, ayudaba, colaboraba, hacía gancho, siempre comprensiva hacia los amores desgarrados, imposibles.

Estaba al tanto, Lola, solo Lola sabía de relaciones que se entretejían al compás del tango, parejas que no se hablaban, a veces se sentaban separados, sin siquiera saludarse, con el máximo disimulo.

Se repetían las problemáticas cuando se daba una separación y muchas parejas no querían estar en boca de todos.

En esos casos, era frecuente que la separación acarrearra también un alejamiento en cuanto a los sitios que se frecuentaban.

Se distanciaban en la vida y en la milonga.

—¿Viste al odontólogo y Marita?

171

—Sí, llegaron cada uno por su lado, se sentaron separados, pero se les ve a la legua que andan en una flor de matufia.

—Ella es casada.

—Y él también.

Se respiraba en el ambiente. Los verdaderos habitués, milongue-ros de raza, se las sabían todas, percibían la clandestinidad pactada, les causaba gracia, sonreían, esas eran las historias que más les interesaban. El amor, el romance, las transas, ése era el condimento, el centro verdadero de la cuestión.

*... Cada noche de tango, bailarines de afición
no fue un viernes más la noche de su llegada
porque copó la parada, y a las 6 de la mañana
la cita ganadora...*

La voz inconfundible de Rubén Juárez cantaba “Bailarín”, uno de sus preferidos.

Eugenia había logrado ponerse en paz con la milonga, finalmen- te, después de pasar por todas las pasiones, por algunos períodos obsesivos, había podido colocarla en el lugar del juego, era el recreo de la vida.

Tiempo libre, verdadero ocio, genuina abstracción de la complicada vida cotidiana, el sufrimiento de su profesión, la caótica realidad en esta ciudad de locos.

Recuperar la infancia, ir a jugar, estar en el teatro como miembro del elenco, no como espectador.

Sí, era el teatro de la vida, nada de lo que allí pasaba era demasiado real, pero allí al mismo tiempo, pasaba todo, se jugaba a los juegos de siempre, de todas las culturas, desde los orígenes de la especie.

El juego de la seducción, de la atracción de los sexos, del acoplamiento, lo femenino y lo masculino. Todo en ficción.

Se inclinaba fácilmente a la melancolía e idealizaba los tiempos de la

infancia, pero no era aquella una característica presente solo en Eugenia. Al contrario, era fácil enredarse en conversaciones que se iban tornando pesadas, densas, siempre con la muerte, la angustia de la enfermedad, la pérdida de seres queridos.

Y Eugenia tenía que detectar rápido, ya que provocaba fácilmente la catarsis, por su profesión.

—Déjame de joder con los bajones. Ya bastante veo todo el día en el hospital y el consultorio.

A la base, el dilema no era la supremacía de un sexo sobre el otro, a eso se jugaba, a quién ganaba, quién mandaba, quién se dejaba conducir, entregando muy sutilmente la voluntad, al hacer creer que era entrega, pero en realidad era una sumisión que establecía el poder con sutileza.

Muy complicado, muy dialéctico, Eugenia intelectualizaba, pero sabía que el tango era sentimiento, algo corporal intraducible en palabras.

Le producía hasta ternura que hubiera hombres que se prestaran para el juego. Hombres grandes, a veces francamente mayores, con esos *looks* elaborados a veces cómicos, pero lo que sí había que admitir era que se había dedicado tiempo a la vestimenta y la preparación.

Del lado femenino, ya ella conocía la permitida y desinhibida coquetería extrema de las mujeres, rayana en la ridiculez, pero aquí también aparecían los mismos rasgos en los minos (sí, así llamaba Eugenia a los hombres).

Si el pelo se había caído, ningún problema en calzarse un quincho, peluquín o bisoñé de la calidad que se pudiera, a lo que diera.

Algunos estaban muy bien montados, pero otros eran de fibra sintética, que con las luces de la pista brillaban con el destello infundible del plástico.

Los más pudientes avanzaban con los implantes capilares por etapas, que se observaban claramente en el avance de la cobertura semana a semana.

Lo mismo respecto de las tinturas. Los hombres se hacían tonos oscuros, tratando de conservar el morocho original, si no se veían tentados hacia los rojizos.

Mucha “carmela” y mucha coquetería.

Pero Eugenia se enternecía pensando que detrás había un señor que se bañó, se afeitó, se perfumó para ir a bailar, para sostener la ilusión de ellas, las mujeres.

La llegada de los hombres era un disfrute siempre; cuando iban cayendo, hacían su entrada como ganadores, ahí sí que no había reglas: podía hacer su entrada el mejor bailarín a primera hora, cuando el salón todavía estaba vacío,

como que también era posible que aparecieran casi por sorpresa a la una o dos de la mañana. Siempre era un albur.

Cada salida a bailar era una aventura, nunca se sabía qué iba a pasar, siempre era un primer día, un sueño más o menos lindo, a veces francamente amargo, pero eso sí, un alejamiento de la realidad. Ellos... los imprescindibles, los denostados, los cachivaches, pero sin ellos... no había ningún juego.

Y ellos lo sabían, caían siempre como el primer día, al terminar la tanda regresaban a la mesa con esa sonrisa de satisfacción, era un efecto maravilloso ver la felicidad por un instante pintada en el rostro de la gente ya bastante entrada en la adultez.

Eugenia venía en una espiral ascendente, atrapada por la milonga, quería bailar y bailar.

—Cualquier cosa, menos la pálida.

Estaba absorbida, todo el tiempo libre lo dedicaba a bailar, a reunirse con la gente de la noche tanguera, a renovar el empilche, a conocer nuevos lugares que aparecían en permanencia. Ella bailaba toda la noche, nunca le había tocado el triste papel de la que plancha, más bien era de las más solicitadas, si bien a veces veía el brillito lujurioso de los partenaires cuando aparecía una piba joven, de esas que se bailan todo, que aprenden a una velocidad increíble, que te hacen los firuletes como si hubieran nacido milongueando.

—Taquelasparió.

—Las pendejas son un peligro.

—Una de entre cien.

—No lo sienten, bailan como robots.

Esas conversaciones eran habituales, con la ola tanguera que se había expandido por Buenos Aires, el ambiente cambiaba, la forma de bailar, el empilche, hasta se veían ahora algunos, siempre los más jóvenes, en jeans.

Para Euge, todo lo que estaba pasando era interesante y positivo. La esencia seguía, ella bailaba mejor que nunca, siempre con los que bailaban bien.

Eugenia se había vuelto, a la fuerza, muy flexible en sus valoraciones, no solía enjuiciar a nadie y mucho menos a la gente de la noche tanguera, y menos aún a los hombres bailarines. La mayoría, por no decir todos, carecían de estudios, eran de orígenes humildes, muchos con historias personales de mucho riesgo y dolor.

En general evitaba las conversaciones profundas, se guiaba por la intuición y el arte de observar que había desarrollado en el ejercicio de la clínica con pacientes neurológicos, además de la intuición natural que la había distinguido

desde chica.

No bailaba con los que no le gustaban.

Era un principio que respetaba, había algo corporal que le avisaba con quién sí, con cuál no.

No aceptaba dimes y diretes, inclusive sabía de milongueros que habían estado en cana, presos, que estaban en libertad condicional o que tenían tremendos prontuarios.

—Es un delincuente.

No le importaba, aplicar prejuicios podía restar oportunidades a su real cometido. Bailar tango.

Había tipos peligrosos, hasta violentos, que abandonaban mujer e hijos para salir a milonguear sin laburar ni hacer el amague de ganarse un cobre.

Era consciente de su belleza, de la gracia y el porte de su baile, siempre la sacaban justamente por eso.

Pero... últimamente se miraba en el espejo de cuerpo entero antes de la ducha... y lo que veía... no le gustaba.

Su cuerpo estaba cambiando, los signos de la menopausia iban modelando imperceptiblemente la figura de una mujer madura.

—Estoy súper canosa —se miraba el crecimiento del pelo, cada vez que le hacía falta ir a la peluquería.

—Con una mente de adolescente —pensaba—. ¿Cuándo voy a madurar?

Reconocía sus limitaciones, la tendencia al todo o nada, sus dificultades para establecer vínculos duraderos. Especialmente en cuestiones de pareja; en el tango no tenía ese problema, allí se podía ver mucho mejor, era sencillo, llano. Había que disociar, a veces era una labor difícil, al hombre del bailarín. Aquí lo que importaba era el bailarín, la situación de abrazo, una forma de tomar al otro con una cercanía imposible de concebir en otro escenario distinto al de la pista de baile.

Una familiaridad de amantes, dentro de una relación casi siempre inexistente. Algunos eran de avanzar a las minas. Había que ser muy clara, no dar señales contradictorias, eso de seducir para después dejarlo pagando, era muy mal visto.

Podían enojarse, no toleraban el ridículo o la cargada.

—Si les das la seña equivocada se enojan.

—Sí, te castigan, no te sacan más en toda la noche.

—Que en toda la noche, a mí Oscarcito me puso en penitencia y no me sacó nunca más.

- No hay que andar histериqueando.
- No hay que charlar, ése es el error.
- No hay que aceptar que te paguen nada, ni un café.
- Ahí es donde se confunden.
- Sí pebeta, el chamuyo no es compás.

—Sí pebeta, el chamuyo no es compás.

Después de la separación, los primeros meses, trató de ordenar - se, la mudanza, el cambio de barrio, la mayoría de los amigos casados quedaron del lado de Carlos, claro que ella se había aliviado, su nueva vida era incompatible con el estilo de relación entre parejas o matrimonios.

Se daba una ola de separaciones y divorcios entre la gente de su edad, algunos la peleaban y resistían, pero era obvio para Eugenia que la institución matrimonial tenía sus limitaciones, era extremadamente difícil mantenerse dentro de ese marco y llevar al mismo tiempo una vida libre.

Su situación era irreversible, desde la realidad, porque Carlos había armado otra familia muy rápido, él sí que estaba dotado para hacer la plancha en una cómoda pertenencia familiar, que le hacía más fácil y llevadera la vida. Disfrutaba de la convivencia, era feliz al compartir las comidas, el tiempo libre, las responsabilidades. La vida con Eugenia había sido muy a contramano, infeliz, si bien estaba enamorado de ella, pero había que reconocer que la separación había sido un alivio. Lo veían como la víctima de una neurótica incurable, una insatisfecha a la que siempre le faltaban cinco pa' l peso.

Con-yuges...

Qué sustantivo increíble, para significar esa unión humana que marca de por vida, tan diferente a la pareja o a la familia misma.

La unión conyugal era ... ¿un yugo a compartir?

O más bien había que buscar el origen latino, *conjudice*, con juez, es decir referente a una unión con ley, bajo el marco del matrimonio.

La búsqueda de la raíz etimológica de las palabras era habitual para Eugenia, acostumbrada a descifrar por su raíz griega, latina, sajona o lo que fuere el origen de los nombres de las enfermedades, terapéuticas y tratamientos.

Con el conocimiento etimológico se podía saber de antemano muchas cosas acerca de la evolución humana, del conocimiento, de la historia de las instituciones.

De todo ello, sabía que el matrimonio era lo que traía consecuencias de por vida.

—Seguro que el matrimonio no es para toda la vida, pero el divorcio sí lo es, doy fe.

La acompañaba esa sombra de culpa, haber boicoteado su propia creación, su familia con Carlos, pero de solo pensar en el aburrimiento y la ausencia de aventura, las rutinas diarias, la repetición cotidiana de patrones de conducta, le producía escalofríos.

También el estar sola era una decisión difícil; a pesar de los años que habían pasado, cuando estaba depre, de pálida, tendía a idealizar la vida con los chicos, en la casa de Martínez, los tiempos de Boston.

*... todo retorna del recuerdo
sombra más fuerte que la muerte,
paso que vuelve del fracaso
canción hecha pedazos
que aún es canción...*

“Después” de Manzi, bueno... en realidad todo Manzi le llegaba a los tuétanos.

Cuando la asaltaban pensamientos depresivos, más bien trataba de llenar sus días de actividades, científicas, sociales y ni hablar del tango, que era el centro de atención.

—Vivo rajándole a la pálida.

Su vida, a pesar de los esfuerzos que hacía para evitarlo, se le iba en picada. Ya había abandonado la ilusión de formar una pareja, eso no era para ella. Era una mujer solitaria, centrada en su carrera y el baile, con dificultades muy serias para intimar, derretir la aparente frialdad que escondía un miedo profundo al compromiso con otras personas.

En general viajaba mucho, varios viajes por año, a Europa, a Latinoamérica, además del obligado viaje a Boston, donde se reencontraba con los colegas que habían cursado con ella, ahora distribuidos por todo el mundo.

Habían creado una red, con una agenda de reuniones, congresos y seminarios, se invitaban unos a otros a los congresos nacionales.

Walter Kaufman, gran amigo desde la residencia, de origen argentino, ahora era Jefe de Clínica Neurológica del Mont Sinaí de New York. Mantenía con Eugenia una amistad muy particular, que disfrutaban ambos en los espacios científicos. Eran los amigos privilegiados, a los que les dedicaba más tiempo, más cuidado. Walter era un tipo sencillo, fluido, con mucho humor,

aceptaba a Eugenia con todas sus originalidades, lo divertían sus bizarrerías, además de mucho respeto intelectual, que era lo que realmente más le interesaba de la gente.

Relaciones con hombres había tenido una, muy significativa, con Rafi, colega del hospital, con quien siempre había tenido mucha onda.

Él también venía de una separación que lo dejó traumatizado, con muchos problemas de comunicación, le costaba demasiado responsabilizarse en una relación afectiva, tenía pánico a involucrarse en serio y tener que sufrir otra vez.

Salir, sí, con muchos, pocos, ni tenía una idea clara. Pero nadie que le moviera el piso de verdad.

—¿Será que no me voy a enamorar nunca más?

A veces tenía la impresión de que no apostaba lo suficiente, que no le ponía pilas a la relación con Rafi.

Tampoco Rafi era lo que se dice un comprometido; al contrario, prefería lo ocasional, no tomaba a Eugenia en serio.

Eugenia lo advertía no sin algún sufrimiento en algún rincón, nadie se jugaba en serio por ella. Sin embargo si ubicaba en la balanza lo que invertía cada uno en la construcción de esa pareja, sentía la culpa de concluir que era él quien reinventaba todo el tiempo esa amistad tan especial.

Ella fría, le daba lo mismo, aunque se alegraba al saber que Rafi mantenía aquella llamita viva.

Salían, iban a cenar, luego iban al departamento de Eugenia, donde el amor llegaba puntualmente, con alegría y naturalidad.

—Una sana costumbre.

Ponía en prioridad el ejercicio de una sexualidad que ella consideraba esencial, con amor, pero sin enamoramiento.

No creía que Rafael fuera merecedor de demasiado amor.

Era un tipo con dobleces, no del todo franco, lo había visto en situaciones sociales si no mintiendo directamente, actuando con una falsedad que la hería.

Era trepador, le gustaba la figuración y hasta le había insinuado que se moviera a su favor con su ex suegra, para formar parte de la lista de la Asociación.

Al punto de llegar a fantasear si no estaría con ella por conveniencia...

A ella le gustaba que los encuentros fueran en su casa, se sentía más a gusto, a pesar de que a Rafi le encantaba recibirla en su departamento.

Los chicos de Rafael eran muy invasores, él les había dado las llaves para

que entraran allí cuando ellos quisieran, Rafi poco a poco había ido cediendo su intimidad, lo que la espantaba.

Lo paradójico era que sus parejas habían sido todas con hombres de la profesión, nunca de la milonga.

Su vida era un contrapunto continuo, esa escisión emocional, era como si funcionara en dos carriles.

Y los dos le atraían, ambos eran un desafío, pero se preguntaba una y otra vez cuándo y cómo iba a armonizar esas dos facetas que siempre se presentaban contrapuestas.

Había intentado salir con algún bailarín de tango, pero lo que veía en la personalidad una vez fuera del espacio milonguero, no tenía nada que ver con ella, en general le producía enojo, no le gustaba.

Tenía que asumirlo, estaba dividida, tenía dos personas metidas dentro. La convivencia con la otra Eugenia no le resultaba nada difícil. Ella misma se sentía en armonía. Lo que era imposible era juntar sus dos mundos. Ni en una relación afectiva, que era su esperanza ya cada día más lejana con un hombre de la noche, con el cual compartir no solo la música y el baile.

Su soledad era una elección, una decisión muy sopesada, los pro y los contra de este estado habían sido analizados a fondo y no pensaba ceder ni un centímetro de su libertad.

*... Sola, pavorosamente sola, nadie en la vida más que vos,
lo que deseo, entre la risa y la burla, llamándote...*

La letra de Discépolo, “Martirio”, cantada por la “Tana” Rinaldi, así en femenino, se le clavaba en el pecho.

—Qué masoca que soy, por qué me encanta escuchar esto.

Los tangos tristes le calzaban a la perfección, algunos eran remanidos, frases hechas, pero le había encantado desde pequeña que versos bien logrados acompañaran siempre sus tortuosos sentimientos.

La ayudaba saber que no era una marciana, que todo lo que sentía había sido sentido por otros, y que gracias a esos poetas ella se podía reflejar, le devolvían con palabras su confusión, su revolución interna, le ponían música a su ansiedad.

Y comprobar que todos los sentimientos podían tener su música;

*... decime bandoneón, qué tango hay que cantar,
no ves que estoy muriéndome de pena...*

... decime bandoneón, seguir creyendo en el amor una vez más...

La voz de Rubén Juárez la acompañaba como si se tratara de un hermano.

Trataba de combinar con Rafa para los sábados, los viernes eran sagrados, milonga de cajón.

Y últimamente, también se reservaba los domingos para salir a bailar.

Rafael tenía claro que así eran las cosas, le encantaba amanecer abrazado a Euge, ir a preparar la bandeja con el desayuno y el mate para ella.

—Traje la yerba con cascaritas de naranja que te gusta.

Eugenia, medio dormida, sonreía, necesitaba esa agradable sensación de estar protegida por un hombre, respiraba más tranquila, aliviada del peso de la vida.

Tenía una bata en el baño de Eugenia, se movía allí como en su propia casa. A Rafa le hubiera gustado que su relación con Eugenia evolucionara hacia algo más en serio, con mayor proyecto como pareja...

Bajaba a buscar los diarios del domingo, con todos los suplementos, era lindo hacer fiaca en la cama, al menos una vez por semana.

Después de la ducha, ya comenzaba la inquietud, las contestaciones tajantes de Eugenia, que él había aprendido a identificar como un claro mensaje: “Ya está bien, andate, quiero quedarme sola, arreglar la semana, sumergirme en mis asuntos”.

Y a la noche, salir tranquila a donde se le antojara, sin tener que rendir cuentas a nadie.

*... lo nuestro es imposible, que tengas mucha suerte,
ya sé que a mí me espera, la eterna soledad...*

que a mí me espera, la eterna soledad...

Para: La Bien-nacida (Eu-genia)

De: Mario Pucci

Asunto: Paris-Je t'aime-moi non plus

Alquilé un departamentito a metros de la Tour Eiffel. Es para estar con vos.

Estoy solo, te espero, te amo, te beso,

Mario

Cuando abrió el mail, petrificada frente a la computadora, no podía creer el artilugio por el que le enviaba esa mail, como archivo adjunto, con el viejo juego etimológico con su nombre.

Años sin escuchar esa manera de nombrarla, así, como la llamaba su padre cuando era chica:

—Eugenia Sofía: en griego, Biennacida Sabiduría. Pavada de nombre te pusimos ¿eh?

—Cortala Víctor, con tus exageraciones valencianas, le vas a hacer mal a la nena.

Gogó lo reprimía ásperamente cada vez que podía.

—Eu-Genia.

—La bien-concebida, la bien-generada.

Era el piropo que Mario le susurraba al oído cuando bailaban juntos el tango, de jóvenes, allá en Boston.

Estaba en su casa, temprano en la mañana, con el obligatorio mate como todos los días, antes de la ducha.

Se había puesto crema en el pelo.

“Hecha una verdadera bruja” —pensó mientras se examinaba frente al espejo ganándole a la ansiedad que se le había venido encima—.

Le resultaba doloroso aceptar el paso del tiempo, la madurez de hoy que le predecía la pronta vejez inevitable.

¿Pronto, sería pronto? La vida volaba, le daban terror los procesos involutivos que veía todos los días en el consultorio, el impacto en los grupos familiares de las enfermedades degenerativas, el deterioro, la pérdida de la integridad psicológica...

Y ella con la boludez de las arrugas o las canas, con los problemas de verdad que algunos tenían que afrontar. Verdaderas tragedias.

183

Los balances existenciales se le hacían más y más frecuentes; cada vez que comenzaba lo que ella llamaba “pasarse facturas a sí misma” sabía que se le caerían cataratas de fichas sobre sus negocios, los descuidos, la forma irresponsable con que había delegado la crianza de los chicos.

Se le venía la tan conocida y temida pálida, y hacía un tiempo que las noches de milonga no alcanzaban para distraerla de la inevitable caída.

... cuesta abajo en mi rodada...

No reaccionaba frente al mail, leía una y otra vez el sucinto mensaje. De golpe, la encerrona del destino, el hecho insólito que le rompía los moldes. Se levantó, fue hasta la cocina a llevar el termo, descalza, con la camiseta vieja que usaba para dormir.

Regresó frente a la pantalla... la invadió aquella conocida frialdad característica en ella cuando algo muy importante le ocurría.

*... Recibí tu última carta,
hoy reconoces tu falta,
tenés miedo que yo diga
que no me ibas a olvidar...*

Buscó en el I-Pod, tenía almacenados miles de temas por orden alfabético, por autor, por año: recorría el listado, se detenía, seleccionaba, cambiaba; allí estaban todos sus preferidos: de Pugliese, cantado por Juan Carlos Cobos, de Barbieri y Cadícamo, “Olvidao”, qué letra, pero la verdad es que no se podía concentrar ni en la letra ni en el compás. Trataba de distraerse, calmar la taquicardia.

D’Arienzo con su ritmo que atraía al baile, que la hacía mover los pies. Recordaba que había sido con esa orquesta que comenzó a bailar con Mario. Necesitaba tango, no podía digerir semejante shock sin su música, que la había acompañado en las buenas y en las malas. El tango era la vida, que le ponía el vigor y la emotividad a cada uno de los procesos que le habían tocado vivir. No quería detenerse para analizar por qué para cada vivencia tenía un tango... Creía que la respuesta era simple... le ahorraba tener que sentir ella misma,

crear sus propios estados de ánimo... el tango ya estaba hecho para lo que para ella era tan dificultoso... sentir...

Se sucedieron los temas que bailaban con Mario un cuarto de siglo antes, comenzaba la música a surtir el efecto de descongelamiento que necesitaba y buscaba.

“Por una cabeza”, la voz de Carlitos le iluminó el cuerpo, como si un río la fuera recorriendo por dentro devolviéndole su conexión con la realidad.

“El porteñito”, “El choclo”, “Taquito militar”, que habían bailado cientos de veces... “Gallo ciego”, “La Yumba” con la orquesta completa de Pugliese.

La fuerza vibrante de la música le erizó el cuerpo. Sentía el tiempo como suspendido, ya la mañana estaba perdida, llamó a Milena para avisar que no iba a ir en todo el día, que la disculpara como pudiera.

—Meté cualquier bolazo, lo primero que se te ocurra.

Milena, sorprendida, frente a la inusual franqueza.

—No se preocupe doctora.

Inclusive para la presentación en el hospital, justo para las jornadas sobre Alzheimer había preparado un *power point* la noche anterior, quedándose hasta tarde.

—Tengo que contestarle el mail.

Muy rápido regresó a ver su agenda, para anular las otras actividades del día, un baño de racionalidad, el consabido refugio con el que compensaba el estado caótico de su espíritu.

Ya tenía decidido tomarse el día libre, analizar muy bien, quería darse la posibilidad de pensar, quería pensar, era lo único que la tranquilizaba, tenía que aplicar frío a su cabeza, respetar sus sentimientos, en realidad conocer cuáles eran.

Era la primera vez que decidía ser tan prudente consigo misma. Pero el corazón le galopaba.

Salió a la calle, era casi mediodía de un martes de sol, frío y ventoso.

Se había puesto unos jeans y zapatillas, para caminar todo lo que quisiera.

Salió a la calle en Palermo, su barrio del alma, sabía que iba a pasar horas afuera de su casa.

En la calle, su ámbito preferido.

Eugenia sentía nostalgia por la vida de barrio en la lejana infancia en Vicente López. Se sentía una piba de barrio, y ésa era su identidad, su sentido de pertenencia. Los ojos se le aguaron al pensar en el rioba. Cómo había cambiado.

Ya hacía años que vivía en este departamento; se sentía cómoda, ideal para una mina sola de su edad, cerca del consultorio, lleno de bares, rinconcitos que le resultaban familiares casi como una extensión del living de su casa. Se sentó en la esquina del Paseo del Pilar, enfrente del Museo de Bellas Artes, pidió un tostado de pan árabe con una lágrima. El mozo era un chico con un aro en la ceja, le resultó simpático, hacía bien su trabajo.

—Suerte que a los míos no se les dio por tatuarse ni hacerse piercings.

Pensaba en sus hijos, lejanos e independientes, hablaba con ellos casi todas las noches por Skype. Suerte que los dos estuvieran haciendo sus posgrados en Boston. Con Carlos habían pensado que sería lo mejor para ellos.

Un pinzamiento en la boca del estómago:

—Su Majestad, la angustia.

Reconocía ese síntoma y sabía cómo evitarlo.

Pero no había logrado digerir en años el abandono, la pérdida del vínculo con los chicos, la familiaridad cercana que los dos tenían con Carlos y Roxana, con Gogó, mismo con Delia.

Eran lindos, responsables, buenas personas. Ni hablar de lo emocional, sus dos hijos eran una suerte de eternos adolescentes, inmaduros y mimados.

Micaela había vivido con diferentes compañeros, estaba convencida de que la convivencia no era para ella, un plomo, decía, demasiada responsabilidad, tener que ponerse de acuerdo, a ella le gustaba y quería decidir por sí misma. Pasar planificando con otro hasta los mínimos detalles de la vida era para Micaela una misión imposible.

Luciano se dedicaba mucho a la profesión y al deporte, parecido al estilo de Carlos, salía con una colombiana divertida, Mercedes, fresca, sin complicaciones, estudiante de arte, con quien estaba armándose unas vacaciones en Cartagena con el familión lleno de personajes costeños, no solamente de Cartagena, sino de Santa Marta además, y la rama de los barranquilleros que eran especialmente divertidos.

La impresionó recorrer todo el ámbito de su familia, en primer lugar los chicos, Carlos casado, cada día más lejos, lo veía pocas veces en el año, a veces se cruzaban por temas profesionales, aunque era menos frecuente que se encontraran. Una sensación de extrañamiento, ¿cuándo se le habían escapado los hilos de la vida de las manos?

Gogó, su madre, se había quedado en Vicente López, integrada al barrio de toda la vida: presentes, solidarios, los vecinos eran un milagro, frente al

individualismo, desconfianza y desinterés que crecían en todos a su alrededor. Pero esas cuadritas de 25 de mayo permanecían con pocas modificaciones, Gogó había continuado su vida armónicamente, con las actividades para jubilados, viajes, espectáculos.

Había asumido la viudez con naturalidad, sin cambiar nada, había conservado el entorno como si tuviera a Víctor al lado. Había envejecido con belleza, había sabido dejarse las canas plateadas, abundantes, con un peinado juvenil que le quedaba elegante e informal. Precioso.

En realidad, al analizar se daba cuenta de que todo funcionaba muy bien sin ella, no era imprescindible ni necesaria para nadie, bien podía decidir con total libertad.

Caminó por Alvear, le gustaba esa zona de Buenos Aires, entró a tomar un café en el hotel, el “Alvear Palace”, era un lujo que se daba cada vez que andaba por ahí.

Lo conocía bien, allí se hacían las cenas de Fundaleu a las que debía asistir por el hospital todos los años.

El hotel estaba resplandeciente, lleno de turistas de todos los orígenes, Buenos Aires estaba hecha una ciudad cosmopolita impresionante, lo sentía con un cierto orgullo, al comprobar la cantidad de extranjeros que se venían a este insólito país, para conocer el fin del mundo.

—Los turistas me dan alegría. El culo del mundo —sonrió. Pasó una barra de brasileños, extrovertidos, parecían una bandada de cotorras, riendo e intercambiando, llenos de bolsas de compras.

Derecho por Alvear hasta Cerrito, las veredas anchas abarrotadas de gente, apurados, desordenados, corrían en una u otra dirección.

La presencia de chicos pidiendo, pordioseros de todo tipo, cartoneros revolviendo la basura la lastimaba... ¿Cuándo había mordido semejante miseria?

Los contrastes sociales la molestaban. ¿Por qué las tremendas diferencias? Y la enfermedad endémica de la corrupción, que calaba tan profundo en esta sociedad.

Miró la embajada de Francia, el Palacio Ortiz Basualdo reinaba con sus techos de pizarra, el hermoso edificio la obligó a elevar la cabeza, sacándola de la atención de un grupo de niños que hacían malabares en el semáforo.

Los palacios que se había hecho la oligarquía en la época de las vacas gordas; copias de los petit-hotel franceses, de los *chateaux* de la aristocracia... los franceses, ellos sí que habían hecho una revolución...

Eugenia caminaba por esas calles como si fuera la primera vez; la ciudad respiraba tango, sudaba tango, y a medida que se acercaba al centro, le sonaba más a Piazzola. Bocinas, frenazos, el fragor urbano tenía para ella el ritmo de Libertango.

bano tenía para ella el ritmo de Libertango.

Sin darse cuenta, había llegado, ya estaba en el Tortoní, en Av. De Mayo.

Al entrar recorrió el salón, abarcándolo con la mirada: ese boliche era uno de los rincones de Buenos Aires que más la emocionaban.

Después de una decadencia peligrosa, durante la crisis hasta el 2003, había sufrido poco la estructura del salón y del bar, por suerte se había salvado de cualquier remodelación, de las tremendas pérdidas para la ciudad de cafés y confiterías que habían sido insignias de la arquitectura urbana.

Los habían demolido, o refaccionado con un modernismo salvaje ordinario, vulgar, de tremendo mal gusto, sin ningún respeto por el patrimonio arquitectónico de la Buenos Aires del '30 que, para ella, era la que valía la pena.

Pensar en las fachadas de los edificios convertidas en vidrieras de negocios con pancartas, carteles de colorinches que arruinaban la ciudad.

El “Café Tortoní” había zafado, se había salvado, estaba en buenas condiciones de manutención. Eugenia lo revisaba como a un paciente del que hay que relevar los síntomas no solo por lo que dice, sino por el aspecto que presenta.

El resultado del examen fue tranquilizante para ella.

Le parecía ver a Eladía cantando detrás del mostrador...

... Viejo Tortoní, el tango aquel de Filiberto, como vos, no vuelve...

Pasó por los baños, conservados, limpios, bien mantenidos, observó los vitrales *art-nouveau*, a ver si se habían cuidado las decoraciones originales.

Sobre todo las luces, era un marco reasegurador, en el café de más de ciento cincuenta años, ella se sentía viva.

Podía respirar tranquila.

Empezaba a serenarse, y lentamente iba diseñando un plan de acción.

Pasó varias horas sentada, tomó varios cafés, pidió agua, era martes, en el “Salón Canning” se empezaba temprano...

Decidió no pasar por su casa para cambiarse.

Iría caminando, ya había hecho kilómetros en el día, por suerte estaba cómoda y paraba a cada rato a tomarse respiros. Sintió con un sobresalto, que le tocaban el hombro por atrás. Pegó un corcoveo, asustada se dio vuelta.

—¡Nanzacha! Y vos? ¿De dónde saliste? ¿Me venías siguiendo?

Como siempre, a la defensiva frente a con qué podía llegar a des- colgarse, qué le iba a pedir, qué le podía estar pasando.

La observó, le clavó la mirada en los ojos, la vio serena, tranquila, relajada, dentro de lo que podía ser relajada para Nancy, siempre tensa, con gestos, con los músculos tensos, los hombros contracturados.

—Nancy, Negra, ¿qué ha sido de tu vida? Años sin saber de vos, ¿cómo estás?

—Torda, después de que me salvaste con las 12 lucas, que al- gún día te las voy a devolver, me lo he jurado a mí misma; bueno, después de eso, mi vida cambió. Estuve un tiempo internada en una granja en Open Door, me limpiaron completamente, me llevó meses, pero fue la primera vez que yo quería, tenía que salir: “conciencia de enfermedad” le llaman los tordos. Bueno, yo estaba convencida, quería un cambio, no aguantaba más mi vida, era todo un embole, un desastre, me iba a los tachos si seguía así, “cuesta abajo en la rodada”. Los del equipo de la colonia me decían siempre “cuesta abajo” sabiendo que yo era milonguera. Me costó mucho mucho, pero acá me tenés, soy otra, cambié de vida, ahora laburo, imaginate, yo ahora laburo. Encontré un chabón, carpintero, él me enseñó a vivir del laburo. Hace muebles de cocina, toda la guita la usa para comprar más herramientas, materiales, le va bien, yo lo ayudo, le llevo toda la parte de números, sabés que siempre me gustó eso. Él me da las pastillas para el HIV todas las mañanas y la otra medicación. Me salvó la vida.

Nancy estaba un poco más gordita, se la veía luminosa, cálida, comunicativa.

—Te busqué por todos lados Torda, por todos lados. El día que me diste la mosca, así, de una, ese día comencé a cambiar. Me pasó todo junto, ahí conocí al Walter, el que te digo que ahora es mi compañero, estaba en la lona, él me llevó a su casa hecha pelota y de ahí a la colonia de rehabilitación. ¿A dónde ibas Torda?, recién ahora te miro, ¡qué rara que estás!

Eugenia no salía de su asombro por el desenlace de la vida de Nanzacha; siempre había pensado lo peor, tener que ir a buscarla a algún hospital marginal, a la cárcel, hasta a reconocerla a la morgue.

Le contó rápidamente que andaba dando vueltas por todas las milongas que solía frecuentar.

—Torda vos te estás yendo también —Nancy se llenaba de arru- guitas finas cuando se reía.

—Nancy ni por broma, nada que ver. —No quería que ella supiera, que se enterara de sus proyectos personales, de la vida que pensaba emprender. En

verdad ni ella sabía qué iba a pasar.

—Te acompaño. —El ofrecimiento espontáneo le gustó, le pareció que era bueno poder despedirse así de Nancy y de toda esa etapa de su vida. Ella era el resumen de la marginalidad de la noche milonguera que había vivido durante años.

Ir a la milonga de día era la primera vez. Era horario de clases y se llenaba de extranjeros.

Pensaba ir a la milonga así, en jeans y zapatillas. Algo raro, extraño en ella, pero tenía ganas de ir, tal como estaba, era parte de un rito, una ceremonia que cumpliría.

Tocaban cuando entraron “Qué falta que me hacés”, Eugenia no podía creer lo que escuchaba...

... seremos nuevamente, desesperadamente, los dos para los dos...

—Tordita, ¿qué hacés? ¿Qué te pasa? —Alberto estaba en la puerta, cerca de la entrada.

—No, quería saludar a Ana María. ¿La viste?

Eugenia estaba rara, sin maquillaje, irreconocible. Solía usar mucha pintura, sobre todo en los ojos, el rimel era infaltable.

Nancy callada, detrás de Eugenia como una sombra sin pretender protagonizar, dejándola que hablara, que se despidiera, que dijera lo que quisiera; ella sabía muy bien los bolazos que se podían inventar.

Ana María Schapira terminaba una de sus clases, con su andar de gacela la saludó, siempre con zapatillas de media punta, todo en ella era elegancia, con sus piernas largas, su torso erguido; salían del salón personajes de todo tipo, edad, nacionalidad, idioma, mientras otros se preparaban para comenzar su hora.

Por primera vez en años, vio el cansancio, el aburrimento, la repetición estereotipada de situaciones.

Esas mujeres, con los zapatos en la bolsita, sacándolos con devoción únicamente para tomar la clase. Como siempre, había algunos hombres agachados, en ese gesto característico, tan distinto del de las mujeres, cambiándose las zapatillas, sandalias, botas con suela de goma por los timbos de baile.

Miraba el mundo de la milonga con otro ojos, una mirada nueva.

Y por primera vez, ver, le produjo compasión.

Era una suerte de despedida.

—Nancy, Negracha querida, nunca te voy a olvidar.

Nancy, con la cara mojada de lágrimas muy saladas, se limpiaba la nariz con la mano, con el borde de la remera.

—Yo a vos Torda, sos mi hermana, mi vieja, sos todo, vos me salvaste.

A pesar de no tomarse en serio la exageración, sabía como médica del reconocimiento, el agradecimiento de los pacientes como hecho terapéutico; cuando pueden agradecer, ya mucho camino está andado...

Sin pensar demasiado, actuaba, como llevada por un hilo conductor, iba armando el viaje: al llegar a su casa abrió la laptop y buscó en Air France por Internet, el vuelo a París directo no estaba demasiado caro, reservó, hasta pudo elegir el lugar en el avión en que iba a viajar.

Se imprimió el billete electrónico, qué fácil.

Al mirar los mails, había varios de Mario. Los mensajes iban y venían, varios por día.

Le pedía una foto de ella ahora, actualizada.

Fue a mirarse al espejo, era excesivamente crítica con su aspecto, vieja no se veía, pero se le caían las chapas por todos lados...

—Pero, ¿cómo me encontrará Mario? Y él, ¿cómo estará?

La semana pasó muy rápido, acomodar a todos sus pacientes, derivar a los que era necesario, llamar a sus colegas, avisar a Gogó, pedir a Carlos que se ocupara de las cuentas, que ella se iba.

—Pero Euge... ¿estás segura? Y... ¿con Mario? Ya viene desde Boston este feto, ¿no?

—No, Carlos, no es así, es algo muy difícil, no lo vas a entender.

—Claro, debí darme cuenta, qué boludo, cómo dejé que pasara. —Pensá lo que quieras, igual aunque te explique no vas a creerme.

Su matrimonio estaba lejano, había quedado sepultado en el arcón de lo que había sido.

Su pasado de mujer de familia, madre, esposa, eran recuerdos lejanos, pertenecían a un universo casi mítico.

Pesaban más los años sola, que toda aquella vida compartida. Tomaba conciencia del paso del tiempo, de cómo se le había escabullido su propia historia...

—¿Cuál es mi responsabilidad? Vivir sólo el presente.

Necesitaba muy pocas cosas, una valija mediana con remeras, pantalones, una

mallas, un vestido negro de noche... y zapatos de tango.

Abrió el placard, se alineaban limpios, acomodados en pares.

Iba a llevar las sandalias rojas y los negros clásicos, parecidos a su primer par cuando comenzó a bailar en Boston.

Parecidos, porque ahora usaba los de "Comme il Faut". Eran los mejores, sin dudas, cada vez los pies le dolían más, y era penoso soportar los tacos altos toda una noche.

Dejó la valija abierta en el piso para las cosas que se le fueran ocurriendo a último momento.

El tiempo que quedaba corría demasiado rápido, canturreaba todo el tiempo "Alma", el valsito que le resonaba como un latiguillo:

... pagar condena la culpa de ser buena

vuelve a tu antigua ilusión

llega la vida trayendo tu amor...

Pocas noches en Buenos Aires, antes de partir no quería perderse al "Sexteto Mayor" en la milonga de Helen la Vikinga y Jorge Miranda, también quería correrse hasta "La Viruta" para ver el show de milonga-candombe. Los pibes jóvenes eran muy buenos, creativos. Habían incorporado con total libertad la batería, a veces el cajón peruano. Le divertía el desparpajo de los pendejos.

Un vistazo a "La Ideal", en Suipacha al trescientos, quería llevarse todo grabado, para poder contarle objetivamente a Mario cómo era la cosa por aquí, lleno de amigos, estaban sus grandes maestras y amigas desde siempre, Susi la Húngara, Gra, las genias a quienes ella llamaba "La Armada Brancaloneo".

El "Club Gricel", en La Rioja al mil se llenaba a reventar, suerte que ella era bien recibida en todas las pistas, conocía a alguien y le hacían un lugar, pero si no en general, había que reservar.

Eugenia miraba ese fenómeno con cierta sorpresa, no podía creer el despliegue, por momentos tenía que tomar distancia, parecía estar soñando.

¿Lo iba a creer Mario? Tenía que llevarle una imagen, con fotos no alcanzaba, hacer el esfuerzo para tener lenguaje y así poder describírselo con palabras.

Se imaginaba el amor y el tango, y las discusiones, la cara que pondría cuando le contara lo que había evolucionado el tango en su ciudad, y hacia dónde, Mario no había puesto un pie en Buenos Aires desde que se autoexiliara.

Quería saludar al Beto en Geba, allá estaban los de la mesa de los médicos, que la recibieron con un "¡viva la tordita!" en cuanto la vieron.

Las noches no alcanzaban, Eugenia no quería perderse nada, su acelere iba in

crescendo.

Cuando se abrochó el cinturón en el vuelo de Air France, cerró los ojos, y por primera vez en años sintió que ocurría algo coherente en su vida.

A último momento había pasado por “Asignatura Pendiente”, en el barrio del Abasto, para probarse ropa de tango. Eligió un vestido de gasa con falda irregular, bien corta de un costado y larga del otro. Miró bien que no le marcara algún rollo o que delatara la flacidez de las piernas. Tenía que cuidar cada vez más esos detalles. Qué molestia, pero el espejo era implacable.

Eugenia creía que podría mirarse con objetividad y no caer en el ridículo, como tantas milongueras.

Pero muchas veces se sorprendía probándose ropa que ya no era para ella. —Qué cruel es el paso del tiempo.

El vestido era livianísimo, se podía sostener en un puño.

En el avión sonrió al ver la bolsita con el vestido en su cartera de mano, que llevaba a bordo.

Después de la cena se quedó dormida, se había llevado un hipnótico potente, era lo único que la hacía dormir durante los vuelos. Si no se dormía, tenía preparado otro comprimido, otros 2 mg.

Pero sí, increíble, se despertó cuando anunciaron el desayuno. ¡Ocho horas!

Cuando el avión aterrizó en París, por la ventanilla se veía el cielo claro, seminublado, las nubes pasaban delgadas, como velando la belleza de la región parisina, castillos, bosques, pueblitos... y París, inmediatamente, tren de aterrizaje, ya estaba el avión carreteando miles y miles de metros hasta llegar finalmente a la terminal.

Los pasajeros desesperados, claustrofóbicos, después del interminable vuelo de doce horas, apurándose unos a otros para eyectarse de la máquina, Eugenia en cambio se quedó aplastada en su asiento, esperaba que se empezaran a movilizar dentro del avión, que sacaran sus bártulos, mochilas y bolsos para salir ella una de las últimas.

Pasó por el tubo transparente del aeropuerto Charles de Gaulle, hizo los trámites de migraciones, recuperó su equipaje y salió al hall.

París.

Mario.

Sí, ahí estaba, con el pelo casi blanco, más viejo, pero el mismo, su figura longilínea, la sonrisa gardeliana.

El Zorzal con su funyi ladeado, les hacía un guiño protector, cómplice desde el cielo... con alitas de ángel como lo había dibujado tantas veces el genial Sábat, el “Menchi”.

Eugenia dejó caer el bolso y la campera en el piso del aeropuerto y se sumergió en el abrazo.

Metió la nariz en el cuello de Mario y aspiró profundo con los ojos cerrados;
—Qué delicia... tu olor.

—Qué delicia... tu olor.

En el estacionamiento los esperaba el autito que había alquilado para ir a buscarla, a Mario le gustaba tener previsiones sobre las cosas.

Como si siempre hubiera manejado por las autopistas parisinas, agarro la autopista A-1 desde Roissy a París, Eugenia tesa dentro del autito con el cinturón bien abrochado.

Era un día de fin de primavera, un airecito fresco, pero por momentos, salía el sol y transfiguraba por completo el paisaje.

Unos minutos y París resplandecía, se veía la Tour Eiffel, el Sacré Coeur, la ciudad se expandía con sus grandes monumentos que permitían orientarse siempre, a grandes rasgos, sin necesidad de plano.

Entró por Avenue du President Wilson, hasta el Palais Chaillot, allí, a sus anchas Trocadero, Champs de Mars, para doblar en Grenelle.

Mario le acariciaba la pierna, le apretaba los muslos, “¿estás bien, eh?”.

—Sí, estoy bien y vos estás bien —ella respondía con el mismo apretón.

Mario conectó en el audio del auto, Edmundo Rivero con su voz aguardentosa, cantaba “Audacia” ... *yo no manyo francamente, lo que es una partenaire, en vez de batirlo en criollo, te la baten en francés...*

Estalló la risa, la felicidad de estar juntos, el humor que los había salvado en los tiempos malos.

—Pero sé que estás bien —le apretaba otra vez la pierna.

Eugenia no se atrevía a mirarlo directamente, estaba bastante más viejo, pero conservaba la figura erguida, aunque, se lo veía agobiado, con un cierto encorvamiento, muy poco...

Con esa velocidad de flecha con que se conduce en París, muy pronto estaban sobre los quai al lado del Sena hasta el Boulevard de Grenelle. Dobló Grenelle, pegó la vuelta en “U” debajo del metro elevado, de la línea Nation-Etoile.

—Estación Duplaix.

Mario le mostraba la estación de metro, arriba del boulevard, a metros de la entrada del apartamento.

Una callecita muy angosta, con edificios todos iguales, se detuvo en el nº 5, Auguste Bartholdi. Justo en ese momento encontró un hueco para estacionar.

—*Voilà*, nuestro palacio en París.

Era un edificio en piedra, con la entrada de mármol marrón, con segunda puerta cancel, allí se abría el hall y se podían ver las escaleras de madera en espiral.

El barrio era muy tranquilo, el 15eme, en pleno centro, cerca de todo, pero muy calmo, lejos de los turistas. Gente que vivía en su barrio, con las panaderías, pequeños negocios para el abastecimiento básico.

—Los franchutes haciendo cola para la baguette. —Eugenia miraba por la ventanilla.

Subieron por las escaleras de madera, había un ascensor chiquitísimo, solo entraba una persona con una valija.

Además... ¡el ascensor tenía llave!

—Sí, estos franchutes son increíbles, como en la época en que pusieron el ascensor no todos pagaron los gastos, bueno, lo usan los que pagaron, muy simple, le pusieron llave.

—Nunca imaginé algo así —Eugenia divertida, se acomodaba en el cubículo inverosímil del ascensor.

—Dale, es el piso tercero, yo voy por la escalera.

Se encontraron en el palier, había dos puertas.

—*A gauche* —indicó Mario.

El ambiente era muy chiquito, entraba la luz blanca por las ventanas de vidrios repartidos. Muy pocos muebles, un bañito nuevo con la ducha, tentadora.

—¿Brindamos?

Mario tenía todo listo, había preparado el ambiente hasta el último detalle, hacía varios días que estaba en París, esperándola.

—¿Me dejás primero pegarme una ducha?

—Cierto, venís de ese vuelo. ¡Claro!

Eugenia abrió la valija para sacar los elementos de toilette, el champú, acondicionador y crema para el cuerpo.

“Los vuelos largos deshidratan horrores” —pensó—.

Después de la ducha caliente era otra, se puso una bata de toalla de Mario que colgaba en un perchero del baño y salió.

Mario la esperaba en la cama, ella se le zambulló encima.

Como si bailaran, el amor llegó con cortes, quebradas, las piernas de Eugenia no alcanzaban a acariciarle todo el cuerpo.

Cuando se calmaron, Eugenia secó con sus manos la cara de Mario, llena de lágrimas. Ella también lloraba. Un llanto suave, irreprimible, aflojaba sus rostros, relajaba sus cuerpos, enlazados, con un agotamiento que habían deseado desde que se conocieron.

—Nos llegó nuestro momento.

Eugenia ya se estaba adormeciendo. Mario abrazado a ella, despierto, alerta, no movía un músculo para que ella durmiera.

¿Horas, minutos? Habían perdido la noción del tiempo, además Eugenia se olvidaba de la diferencia horaria.

Cuando se despertó, ya era el atardecer o la noche, el departamento estaba en sombras, una luz azulina entraba por los vidrios desde afuera.

—El champagne lo dejamos para más tarde. ¿Vamos a cenar?

—Sísisisi.

Cada movimiento un beso, Eugenia se vistió y salieron a la rue Bartholdi.

A la derecha, la callejuela terminaba unos doscientos metros más a lo lejos, a la izquierda se veía el metro elevado que pasaba iluminado con regularidad.

Caminaron hasta el Boulevard Grenelle, de la mano, felices, sintiéndose livianos, libres.

Ya en la rue du Commerce, se adentraron en el 15^{éme}, hasta el Café du Commerce.

Lleno a reventar, un restaurant ruidoso, con los mozos que hacían malabares con los platos apoyados en bandejas redondas de metal. Con sus características galerías que balconean sobre el patio de abajo, ese café y *brasserie* era una de las opciones para cenar, cerca, a pie, abierto hasta más o menos tarde.

—Tarde para París. Te cierran la cocina a las nueve.

—¿Tan temprano?

—Salvo que quieras comer en Mc Donald's.

—No, es lo único que me falta.

Se reían, en el restaurant, dentro del ruido de fondo, finalmente se ubicaron en una mesa demasiado pequeña que se acababa de desocupar en un rincón.

Tenían todavía la capacidad de armarse un rincón propio en cualquier lugar.

Recordaron Boston, donde podían abstraerse hablando en un microcosmos propio hasta en la cafetería de la universidad.

Era la primera noche, salieron del Café du Commerce medio borrachos, ella agarrándose de la cintura de Mario, mareada de cansancio, exhausta entre el viaje y los nervios de la última quincena.

No se podían dormir, la felicidad y la excitación les impedía a los dos conciliar el sueño.

—¿Nos tomamos el champagne?

—¿Pensamos qué vamos a hacer?

—No, pensar, a partir de mañana.

Mario destapó la botella, abrieron la ventana, el aire era tibio, la cercanía de los vecinos de enfrente era increíble, también con las ventanas abiertas. Era primavera. Hacía calor en el mínimo departamento.

—Es la primera vez que estoy en París con calor.

Se asomaron a la ventana, con las copas en la mano, acodados en el balcón de hierro forjado.

Brillaba la noche; de la Tour, solo se veía un pedacito. A Eugenia le comenzó a bajar el cansancio acumulado, al caer en la cama quedó dormida, relajada como hacía años no lo hacía.

Bien avanzada la mañana, ya Mario se había levantado, un olorcito a café invadía el departamento.

—Es un día divino, aprovechemos que no va a durar. Ya sabés lo que es París y la lluvia.

—Sí, en cualquier momento se pone todo gris y chau.

Salieron a Bartholdi, un rumor irreconocible transformaba el barrio.

—Mirá, hay feria.

Debajo del metro, entre las dos estaciones, La Motte-Picquet y Duplaix que formaban un techo con las vías del metro en alto, se desplegaba el mercado que dos veces por semana se armaba en ese barrio.

Se sucedían los puestos de frutas, verduras, el quesero y cremero, el puesto del occitano que tenía los aceites de oliva y aceitunas de todos los tamaños y colores.

El puesto de pescado, con las ofertas, el feriante vociferando su mercadería como en el medioevo.

Eugenia se acordó de la feria en Vicente López, en la Quilmes, con los productos honestos, ofrecidos a los gritos por los feriantes. Chichilo, el pollero a quien Gogó compraba los pollos y se los mataba allí mismo, delante

de ella.

Un pinzamiento de angustia por la pérdida de cultura en su bendito país, la Argentina que no había hecho más que perder y perder, qué sufrimiento, y para colmo constatar cómo estos franchutes conservaban todo.

—Y nosotros, tirando talento, calidad y buen gusto por todos lados.

La feria de Grenelle no sólo tenía productos de alimentación.

Había ropa, corpiños, miles de corpiños y bombachas de todo tipo y color, de encaje, en todas las tallas imaginables. Las mujeres, arremolinadas alrededor de cajones, tirando, seleccionando, apartando lo que posiblemente iban a comprar.

—*Allez y mesdames. ¡Les coulottes, les soutien-gorges! ¡Dans toutes les tailles!*

—Cosas que solo se consiguen en la feria.

—Mirá las remeras a rayas bretonas.

Las clásicas camisetas marinas, Mario se compró una, probándosela allí mismo, con la ayuda de la mujer del puestero, una bretona rubicunda, que le probaba con total desparpajo las remeras, al tiempo que sacaba varias de la furgoneta que estaba estacionada detrás del kiosko.

Ya estaban cerca del cierre, comenzaban a rematar, a ofrecer dos paquetes al precio de uno. Eugenia compró frutillas, chorreando jugo, frambuesas y melones chicos (dos por uno) con un perfume delicioso.

Una baguette, el quesero cortó un buen triángulo de Saint-Hectaire, entre gestos de “lo máximo”, además de recomendarles vivamente un *chevrette* envuelto en hojas de plátano, una botella de *beaujolais* bien fresco y... a comer al departamento.

Y la siesta, el amor, el amor, la noche, la siesta, el amor, la noche.

Como si siempre hubieran vivido juntos, se entendieron desde un principio.

—¿Cuándo vamos a pensar, a planificar algo?

—Cuando podamos, cuando nos surja una idea.

—Vivir al máximo el presente, este presente fugaz.

Mario tenía una seguridad que a Eugenia no la llegaba a convencer. ¿Así podía tomarse él la vida?

—Esta noche vamos a bailar. Preparate.

—¿Adónde vamos a ir?

—Sorpresa.

—Sorpresa.

Mario se había preparado un listado de la noche milonguera parisina. Tenían montones de lugares para ver, investigar, decenas de antros los esperaban, que en cuanto Euge llegara saldrían a conocer. Hacía años que no bailaban juntos, no se imaginaban cuál iba a ser la reacción, cómo se iban a sentir milongueando como en los viejos tiempos; Eugenia conocía lo de la memoria corporal, que tanto se trabaja en las clases de baile, aquello de que el cuerpo tiene un reconocimiento de situaciones ya vividas, un registro del dolor y el placer que no pasa por el raciocinio. Son huellas que quedan, la mente graba y se mantiene una impronta que nadie la puede retirar. ¿Sería cierto en su caso con el baile con Mario? Emergieron del M^o Republique, corriendo, saltaban los escalones de dos en dos, Mario seguía con la antigua práctica del “aerobismo urbano”.

... *Araca París, salute París...*

Cuando entraron en “La Latina”, todavía en 20, rue du Temple, conocida también como “Bistrot Latin” el ambiente les resultó insólito, divertido y patético al mismo tiempo.

Demasiado porteño para ser París y demasiado parisino para ser porteño.

—Ni chicha ni limonada.

Eugenia había mantenido y superado el nivel de tango que bailaba a lo largo de estos años, pero Mario, en cambio, se había alejado por completo.

De la danza solamente, porque para él el mundo del tango era fundamental en su vida y seguía de cerca los desarrollos de esa música en los diferentes ámbitos, en el teatro, el cine, en el surgimiento de distintas expresiones que se generaban a partir del tango, como fenómeno cultural más abarcativo.

Tenía una buena colección de películas sobre tango, la de Saura le había gustado mucho, se identificaba con su homónimo, el otro Mario, el del film, abandonado por su mujer.

¡Cómo la tenía de clara para bailar Juan Carlos Copes! Le encantaba la manera en que abordaba Saura, lo había impresionado también en “Carmen”, jugaba con el ensayo, la realidad y la historia de ficción en paralelo con el relato.

Saura era un maestro con la cámara filmando el baile, ya lo había demostrado en “Flamenco” y en “Sevillanas”; a lo largo de su filmografía se había ido

especializando en representar a la gente bailando y en captar la esencia de esa profunda actividad humana.

Sobre todo ese clic entre el baile en su origen popular y la danza una vez estilizada, codificada, bailada por bailarines profesionales.

Como viajaba muy seguido desde Boston a Francia por el proyecto del CERN, se daba un salto a París para visitar a su amigo Victorio, el que fuera el primer dueño de “La Latina”.

Para la transición con Francia, Mario se había pedido el año sabático, que a pesar de corresponderle como beneficio académico, jamás había utilizado.

—Fue idea mía. “La Latina” fue idea mía.

Victorio era muy enfático cuando hablaba de su creación; “La Latina”.

—Y un éxito.

Lo reaseguraba Mario, que notaba en Victorio la bronca por la equivocación de haberla vendido.

—Una verdadera milonga en París. Porque espectáculos hay y muchos, pero un sitio como los de allá, para milonguear de veras...

Victorio era un bohemio, movedizo, “La Latina” lo cansó, pero sin duda fue él quien le dio el sello. Todos los jueves, cuando venía “Tango Argentino” a París, después del show, se venían los bailarines a “La Latina”. Los mejores. El público caía solo, sin necesidad de propaganda, iban al cine “Latina” arriba, y en forma natural bajaban al *bistrot* a bailar.

Lejos del barrio de Montmartre, de todas formas, cantaban riendo:

... Montmartre, tan parisina

quién te habrá hecho tan argentina

colina de la locura, borracha de bandoneón...

En el salón del piso de arriba funcionaba una galería con exposiciones, charlas, eventos, hasta había un espacio donde se exhibían zapatos e indumentaria de tango para vender, ya que los amateurs no conseguían fácilmente los timbos de baile. Y menos aún, esas sofisticaciones, los increíbles zapatos-fetiché que venían de Buenos Aires...

Eugenia miraba todo aquello fascinada. Increíble pensar que se hubiera armado un fenómeno milonguero en París.

—Y estar así, con vos.

—Qué cosas que tiene la vida.

Mario la besaba, la tomaba por el cuello, ella sonreía, estaban felices.

Victorio armó la discoteca, las secuencias musicales, siguiendo las pautas de los DJ porteños.

Los uruguayos que tenían el bar, que se dedicaba a la salsa, estaban encantados con la movida tanguera.

Es en el “Bistrot Latin” donde había empezado el movimiento del tango en París, creándose un fenómeno imparable, ya que los aficionados iban en aumento. Una moda, un furor que se vino como una ola.

Allí se tejía la historia de amor de Mario y Eugenia.

Re-conocerse, saber qué pensaban uno y el otro.

—A ver, que opine la doctora.

—Mario, no me cargues.

“Tango Argentino”, como conjunto, fue al Teatro Chatelet, y después, años más tarde al teatro Mogador; allí comenzaron los del elenco, una banda de bailarines y personajes de órdago, a frecuentar “Les Trottoirs” y el “Bistrot Latin”, que Victorio había armado.

Qué bailarines, únicos en la historia.

Victorio los homenajeaba cada vez que los veía aparecer, Mario y Eugenia eran bienvenidos, personajes de la noche de “La Latina”.

Además de Gloria y Eduardo, venían Mayoral y Elsa María, Miguel Ángel Zotto y Milena, Pablo Verón y Carolina Lotti.

Pero otro capítulo eran los bailarines que venían a enseñar el tango a Europa.

—Son el colmo.

—Hay cada caradura.

—Eugenia, no todos.

Una vez por semana funcionaba además como tablao flamenco, con baile de sevillanas. Esas mezclas eran frecuentes, insólitas.

Victorio fue el que armó la pista, sobre la horrible moquette, instaló unos cuadrados grandes de aglomerado que daban impresión de ser una pista, fue él mismo quien compró las planchas de madera en el Hotel de Ville, y las instaló con sus propias manos.

—¿Y cómo quedó?

—Valió la pena.

Pasó tiempo antes de poder acceder a la pista de verdadero parquet.

Victorio había bailado con Gloria y Eduardo, con Virulazo, Pepito Avellaneda, hasta con Balmaceda padre.

A veces se armaban demostraciones espontáneas, no era una fija, dependía del humor o mejor, de las musas que habitaran el *bistrot* esa noche.

—Si te lo perdiste, fuiste, te jodiste.

Cuando se marchó, les vendió todo a Alfredo e Isabel, la colección de música,

hasta las mezclas para pasar las tandas. Todo. Después se arrepintió, muchas veces se llenó de bronca por haberse cansado de su propia creación, el “Bistrot Latin”.

Orquestas tradicionales, Tanturi, Troilo, D’Agostino, D’Arienzo y las de los Pugliese, Piazzolla, Francini, Pontier, Sassone, Varela.

Mario y Eugenia se hicieron muy amigos, al mismo tiempo que avanzaban en la construcción de su nueva etapa, era como empezar de cero, incluso con el tango.

Justo coincidió por esos tiempos con Mario y Eugenia, ya con Victorio instalado en Alicante.

—No me quiero quedar “Anclao en París”, sin guita y sin fe.

Mario huía de las conversaciones comprometidas, donde había que poner en palabras los sentimientos. Los tangueros que vivían en París eran depres, nostálgicos, imbankables.

Y con Eugenia... había mucho para hablar con ella.

Todo.

La idea de tener que afrontar una situación de ese tipo le producía pavor.

En realidad a los dos les daba mucho miedo, no sabían cómo iba a reaccionar el otro y querían que les fuera bien en esta aventura de estar juntos, sobre la que se habían abalanzado.

Al entrar en “La Latina”, se podía adivinar el origen de los presentes.

Se encontraba en una de las calles más viejas de París, medieval. Rue du Temple comienza en rue Rivoli y termina en Place de la Republique.

En el nº 20, estaba “La Latina”, con la pequeña sala de cine arriba y el *bistrot* abajo.

Las mesas con los obligatorios mantelitos rojos, los habitués eran en general parejas, de todas las edades.

—Y los ponjas.

—Al final, son los que mejor bailan, cómo pescaron el espíritu del tango.

—Y pensá en Susuki con Pepito.

—Inolvidable pareja.

Se veía a los argentinos en su salsa, algunos con aires de sabérse- las todas, dando cátedra.

Eugenia se encontró con Gabrielle, una amiga de años atrás que había estado viviendo un tiempo en Buenos Aires, se habían conocido en la noche porteña.

—¿Vos por aquí?

—¡Qué maravilla!, ahora sí que van a ver bailar tango.

—En las milongas de allá le cantaban Mademoiselle Ivonne.

... *con su pinta brava de alegre griseta...*

—¿Te acordás Eugenie?

... *Cómo habrá cambiado tu calle Corrientes, Suipacha, Esmeralda...*

—Se extraña, ¿eh?

Gabrielle hablaba *fragnol*, una mezcla extraordinaria, única de los dos idiomas, ya que hablaba lunfardo con acento francés, además la amistad había seguido por mail, de manera que estaba enterada de los avatares de la relación de Eugenia con Mario.

Se acercó sonriente...

—Bienvenidos, los reyes de la milonga.

Gabrielle se encargó de presentarlos a los dueños, a los argentinos que concurrían muy seguido a “La Latina” y a los escasos franceses que se habían acercado, en general arrastrados por algún amor que los había iniciado en el vicio de tanguear.

Había unos cuantos europeos no franceses, alemanes, locos con la milonga, un ucraniano, David, muy alto que bailaba sin darse un respiro, sacando sistemáticamente a todas las mujeres.

Lejos de los tics porteños sobre cómo sacar a bailar a una mujer, en esa milonga parisina se invitaba verbalmente a las mujeres, se las iba a convidar de una mesa a la otra, se hacían reverencias de invitación, les besaban la mano, en fin, habían convertido lo que en Buenos Aires era un código cifrado, en un acto ostentoso, observable, desdramatizado.

Y si la mujer contestaba que no, que iba a bailar con otro, sonrisa, mala suerte, “¿bailaría usted conmigo el próximo tema?”.

Entre los no argentinos, el trato de usted era riguroso, así como el uso del francés como idioma de intercambio.

Los pocos argentinos, aprovechaban para usar el español sin restricciones, mucho lunfardo, muchas gesticulaciones sobre cómo bailaban los demás, y el riguroso tuteo.

Algunas extranjeras que se volcaron al tango, daban grandes sorpresas con su ductilidad y conocimiento de la danza.

Esto era más observable en las mujeres que en los hombres.

Los hombres no argentinos, eran en general ampulosos, teatrales, sobre todo los alemanes, Eugenia y Mario se mataban de risa cuando se largó a bailar Konrad, un alemán flaco, alto, disfrazado de rufián, con tiradores plateados y zapatos combinados blanco y negro, que copó la pista con sus aperturas, giros,

boleos, y los ochos abiertos casi de opereta.

—¿Viste eso? —reía Eugenia.

—Nada que ver... —Mario era compasivo.

—Creo que está maquillado —cuchicheaba Eugenia con Mario.

Aparentemente, la idea era hacer retroceder a los demás, hacerse lugar en la pista a como fuera, quien se considerara merecedor, ya que no siempre coincidía la autovaloración con la de los demás. Si creía que bailaba bien, lo hacía notar sin problemas.

Los dueños eran jóvenes, una pareja con una nena de dos o tres años, que estaba jugando detrás de la barra. Carmen y Alfredo.

De vez en cuando pasaban una zamba o una chacarera, y salían algunos a bailar folklore.

La pista no era grande, y los parroquianos aprovechaban para retornar a las mesa, a comer empanadas, nachos con guacamole, y otras tapas producto del mestizaje gastronómico latinoamericano.

Algunas noches, hasta había ceviche que preparaba Ruth, la limeña milonguera, cuando conseguía algún pescado similar a la corvina de su Pacífico natal.

La tanda era de salsa. Muchos iban especialmente a bailar salsa, chéverequechévere, quericomamacita, tábuenoelmeneo; algunos caribeños, colombianos y dominicanos que lo que querían era recrear un ambiente latino, sobre todo hablar español. La salsa afloja- ba el cuerpo, soltaba las nalgas, era un despatarre que daba espacio al goce corporal que el tango reprimía. Algunas parejas no bailaban, solo iban a mirar. En general franceses, que se divertían observando, las damas con sus faldas acampanadas y algún top de encaje ajustado, que les daba la nota de milonguita.

Lejos de recrear el ambiente de la milonga de Buenos Aires, las milongas parisinas eran algo nuevo, una creación cultural, donde lo latino era el leit motiv, y la motivación para los latinos para ir... a diluir la angustia sintiéndose más cercanos unos a otros. La cadena de datos sobre la noche milonguera se armó en un santiamén: los lunes a “La Peniche”, organizada por una bailarina de contemporáneo, con una bella pista no muy pareja, pero compensaba la comodidad para sentarse confortablemente y el lugar, mágico, sobre el Sena.

—¿Otra vez a bailar?

—Creía que es lo único que te interesa —Mario con la expresión de no entender.

—Mario, hay miles de cosas que me interesan. No solo el tango. Pero tenemos que conocer más lugares.

—Bueno, vamos, pero que sea una etapa.

—No vamos a pelearnos por eso.

—También se arma baile en la Cité-Universitaire, en el Bd Jourdan, en distintos pabellones, y en el salón del edificio principal, donde funciona la cantina.

Y sin olvidar los “9 Billares” donde se iba además, a jugar al billar, algunos buenos bailarines concurrían sistemáticamente. El tiempo era corto para conocer los lugares significativos, “Esprit Tango” en el 20eme era un sitio interesante, con una concurrencia más joven, universitarios, pero inestables, no se sostenía. Mucho para conocer, pero siempre volvían a “La Latina”. — Para mí es la mejor.

—Es la más parecida a nuestras milongas.

Eugenia y Mario se sentían como en casa, amigos de los patronos, que los incluían en todas las manifestaciones que tenían que ver con la movida tanguera en París.

La “Milonga Imperiale”, y en verano estaban las prácticas en Place de la Republique.

Era un ambiente limitado, habría unos mil bailarines en París, y uno se los encontraba en los mismos boliches, haciendo todos ellos la misma vuelta.

¿Qué buscaban?

—No es como allá.

Era el comentario obligado con el gesto de negación con la cabeza que acompañaba a esa frase.

—Hay un no sé qué, que lo da nuestra Buenos Aires.

—Los códigos no son los mismos.

—Y la gente.

—No hay nada que hacer, el tango es Buenos Aires.

... veníte pa'l barrio y tendrás milongas

milongas ligeras, que saben amar...

Los extranjeros que se enganchaban con el tango, en general duraban poco con la pasión milonguera, no se sostenían en el tiempo, se bajoneaban, les resultaba muy difícil, eso dependía de los maestros que pasaban en París por temporadas.

Casi todos iban en parejas o grupos de amigos, para una mujer sola era impensable largarse a bailar en la noche parisina.

Los hombres claramente sacaban a las chicas jóvenes, las mujeres maduras tenían que ir acompañadas si querían bailar.

Había pocos hombres grandes, más minas veteranas que hombres. Había que bailar con el compañero que le había tocado en suerte.

Cuando sabían que una mujer bailaba bien, era frecuente que generara un cierto temor, que no la sacaran justamente por eso.

—Si ellos saben que bailan bien, quieren lucirse ellos como hombres.

Gabrielle marcaba las diferencias entre las fibras más íntimas del tango, para ella, y esto, que ella consideraba una farsa.

... *París y la nieve me están matando...*

—Qué nieve, si estamos en verano, Gabrielle, ¿qué decís?

—No, es la letra de “La que murió en París”, que no se me va de la cabeza. Amiga, *ma chérie*, yo me quiero volver allá.

La francesa se había quedado enamorada de Buenos Aires, allí había vivido con un porteño que al morir, la había dejado destrozada.

Los profesores, maestros, docentes de todo tipo, un capítulo aparte: argentinos salidos de quién sabe dónde, tratando de vender algo, fotos, discos, recuerdos de Buenos Aires, chantas que querían sobrevivir en París a costa del tango.

También había gente seria, había que reconocerlo, que pasaban una temporada para hacer sus cursos, sus talleres, que hacían una tournée por diferentes ciudades europeas, también Japón, que se tomaban en serio su trabajo, respetándose a sí mismos y sobre todo al tango.

Pero con tango elaborado, pasos, firuletes, sucesiones de pasos o secuencias de baile que perdían la esencia de la improvisación, el sentir la música.

—Ni soñar con el tango milonguero.

Era una distancia corporal demasiado cercana para un europeo. El baile perdía así su esencia, todo dependía de quienes habían sido los profesores.

Muchos habían ido a Buenos Aires, habían visto, habían tomado clases, habían frecuentado la milonga, pero...

—Allá es otra cosa.

Había mucha rotación de los bailarines. Se fatigaban en una danza que intuían, cuando más sabían más complicada se ponía; buscaban otra cosa, otro baile, sentían que nunca iban a avanzar, que el tango era muy difícil para ellos, que llegaban a un punto y no progresaban más.

—Gente nueva.

—Sí, se cansan y abandonan.

La vida nocturna en París era muy restringida, pautada por los horarios del

metro. La gente no se arriesgaba a “rater le metro”.

A las 12 de la noche, todos se hacían perdiz.

Había clases, prácticas descolgadas, a la tarde, como la que asistieron al teatro “La Danse” en el 11eme, donde les ofrecieron ser profesores.

—¿Te imaginás? Profesores de tango.

—Es lo único que nos falta.

La propuesta les había causado mucha risa.

Eugenia y Mario iban construyendo su relación entre tango, salidas, caminatas, conversaciones a veces angustiadas con silencios cargados de contenido que tenían que aprender a leer y respetar.

Habían pactado no hablar, no crear tensión, dejarse amar uno por el otro, conocerse, disfrutar.

Eran casi treinta años de no verse, de historia, de desarrollo personal, profesional.

Sin embargo estaban envueltos en un goce renovado el amor, el sexo, el deseo que aumentaba.

El lenguaje corporal los llevaba, no había necesidad de verbalizar, las manos, las piernas, la respiración iban guiando el rumbo de las caricias, dejándose entre ellos bien claro qué era lo que los enamoraba de esa manera tan loca.

El amor era una danza, la mejor de las danzas, una danza sagrada, que pasaba por todos los rincones del cuerpo y del alma, a la que se entregaban con la creatividad y la improvisación que caracteriza a los bailes inmortales.

—*Une petite morte.*

—*Une petite morte.*

—Algún día vamos a tener que hablar de algún proyecto.

Los ojos de Mario, transparentes detrás de los anteojos, la miraban con una mezcla de pánico e interrogación.

Vivir en un eterno presente, que viva el tango, araca París, mademoiselle Ivonne, que se quemara la historia, era un juego peligroso, donde ganaba el pacto tácito de no hablar, dejar que los hechos se concatenaran de cualquier forma, al azar.

¿Al azar?

¿O era una forma irresponsable, cómoda de forzar la falta de toma de decisiones?

Si ellos se dejaban llevar, los días se sucedían, las noches en “La Latina” siempre ofrecían algo nuevo, Eugenia pensaba que se merecía vivir la vagancia, esa bohemia para la cual nunca se había dado permiso.

La hiperexigente, la nena muybiendiez, su vida se había esfumado hasta ahora entre obligaciones, el deber ser, lo que correspondía.

Eso de andar a la libre, decidiendo en el momento, cómo venía la nohecita, para dónde iban a rumbear, a sus anchas, sin planear nada.

—Y sí Mario, tenemos que enfrentar la realidad. La vuelta, Mario.

—¿En serio, creés que podríamos...?

Estaban en el “Pierrot”, el *bistrot* de la esquina donde se habían hecho habitués. Era un bar con mesas en la vereda, se podía comer algo simple y ligero, y pasar horas, con las sillas dispuestas en filas como de teatro, para ver bien a los que pasaban, el espectáculo de la gente entrando y saliendo del metro, estación La Motte-Piquet, las aglomeraciones en la hora pico, cómo mermaba el gentío al caer la tarde... los encuentros, los plantones...

Además el sol daba de frente hasta la llegada del anochecer, era ideal para tomar colorcito bien estirados en las sillas de mimbre, hablando pausado con los ojos cerrados detrás de los anteojos de sol.

En ese bar pasaban varias horas por día, a la tarde se pegaban un salto hasta el kiosco de diarios, para comprar “Le Monde”. El vendedor les reservaba un ejemplar, ya que a veces se quedaban sin ninguno.

—Qué buen diario, es el tipo de periodismo que me copa.

Eugenia estaba leyendo un informe que había salido sobre la neurología en Francia.

—Se viene el fin del verano, vos vas a tener que retomar en el Cern. Y yo tengo que volver a Buenos Aires, qué voy a hacer con mi trabajo, los chicos, me gustaría pasar a verlos. Qué se yo, me empiezo a sentir culpable con tanta vagancia.

Eugenia jugaba fuerte. El tema del retorno era el centro álgido de Mario, ella sabía que el punto doloroso punzaba justo allí.

Pero también era la única posibilidad, sí la única, de armar un proyecto entre los dos.

Para Mario, el desafío de su vida.

Tantos años de autoexilio, la tierra añorada y denostada, el amorodio mezclados cuando pensaba en Argentina, el país, al que había renunciado por una cantidad de razones que ya ni recordaba bien.

Y sobre todo el miedo.

Qué difícil, había armado una caparazón para protegerse de su identidad, creía que era un ciudadano del mundo, aún con la conciencia de que eso no existía, no terminaba de cerrarle ese razonamiento de no ser de acá ni de allá.

Pertenecer, ser, estar, solo se le aclaraba cuando escuchaba los acordes de un bandoneón, cuando sentía el tango, cuando le bullía la sangre cada vez que algo que tuviera que ver con el país lo erizaba.

Mario sabía que no podría superar este trauma de otra manera que volviendo.

—Regresar.

Eugenia estaba segura de que al volver, Mario podría encarar una buena parte de sus problemas.

¿De qué había huido?

La zona de los recuerdos estaba inflamada, era imposible ahondar para ver cuál era el punto donde se había armado ese quiste con la nacionalidad.

No conocía un caso semejante, no tenía referencias para poder ayudarlo.

Pero ella estaba segura que allí yacían los conflictos que le habían impedido madurar su relación con el país.

Extranjeros había conocido muchos, de casi todas las nacionalidades, con vínculos más o menos embarrados con su lugar de origen, pero el desgarró de Mario iba mucho más allá de lo conocido.

—¿Por qué te habrás sentido tan lejos de Buenos Aires?

Y de dónde había sacado esas raíces tangueras, un hijo de tanos, que ni el idioma habían alcanzado a hablar. Habían vivido aislados, nada que ver con la

integración clásica, descripta ad-infinitum del típico tano inmigrante de principios de siglo con el hijo porteño y compadrito.

Era diferente, Mario desde chico había sido un intelectual, también él encerrado entre libros, en un mundo propio, casi autista.

Los viejos de Mario siguieron hablando dialecto piamontés hasta el fin de sus vidas.

Imposible averiguar algo que lo ayudara a confrontar con la realidad, saber en dónde yacían las contradicciones, ese drama con sus orígenes...

Los padres habían muerto hacía años, era hijo único de migrantes piamonteses que lo habían criado como a un pequeño genio, esos padres campesinos analfabetos, con el hijo matemático. Una rareza frecuente en Argentina, era muy difícil encontrar en el mundo de la ciencia al nivel internacional en el que Mario se ubicaba, personas con historias similares.

Y la migración, su primera mujer, argentina ella también, con una historia similar, que se había quedado a vivir en estados Unidos.

Las pérdidas lo habían marcado, Mario había tratado de no encarar su historia, prefería negar todo lo referente a la nacionalidad.

—¿Volver o Regresar?

Los dos vocablos eran válidos:

—Regresar, alude a las gradas, los peldaños, el subir o bajar hacia algo.

Eugenia se ayudaba con la etimología, una práctica frecuente en ella cada vez que necesitaba ir a las raíces, entender a fondo.

—Volver, del latín “hacer rodar”, “hacer ir y venir” “enrollar” y “desarrollar”.

—Volver.

—Darle otra vuelta.

—Regresar es como dar un paso atrás, volver al lugar de origen. —Volver.

—Y regresar.

—Y regresar.

... cómo habrá cambiado tu calle Corrientes...

... lejana Buenos Aires, qué linda que has de estar...

Eugenia se había hecho un plan de trabajo para el regreso. Había

que tomar todo el control, ya que se sentía responsable de embalar a Mario en semejante decisión que lo tenía convulsionado, lleno de dudas, inseguridades terribles de las que se hacía cargo Eugenia de una manera ciega, sin siquiera dudar de hacia dónde iba.

Ella presentía, se dejaba guiar por la intuición que se había acostumbrado a respetar, ya que sus conductas habían sido guiadas por motivaciones desconocidas, que nada tenían que ver con su inflexible racionalismo.

Otra vez, volver, al incierto país, con su realidad política, su narcisismo, su lejanía respecto del mundo.

Mario por momentos se sentía aliviado, al fin un proyecto lo llevaba, no tenía dudas de haber tomado la mejor, o al menos la única decisión que podía tomar; pero enseguida lo embargaban los pensamientos negros, como él los llamaba, aquella sensación de extrañamiento.

Años fuera del país, se volvía, o mejor, regresaba, no sabía muy bien por qué. Profesionalmente iba a quedar vinculado con sus grupos de trabajo, pero no sabía bien cómo iba a ser recibido en Buenos Aires, frente a sus colegas compatriotas nunca se había sentido cómodo, cómo y cuándo se le había formado esa sensación de culpa cuando los veía venir a Boston, con la característica autoestima exagerada y había que reconocerlo, esa inteligencia y viveza de la que hacían gala. A veces hasta se le hacía enternecedor.

Sabía que tenía que recorrer un camino, que todo era posible, pero iba de la mano de Eugenia, ella lo iba a guiar y acompañar.

—No me vas a dejar allá, ¿no?

—Y si te dejas... será en tierra firme.

Eugenia se reía poniéndolo en la cuerda floja.

Caminando por los quais atravesando París al lado del Sena, una y mil veces recaían en el Barrio Latino, tomados de la mano como dos enamorados más de

las miles de parejas que se pasean por los bordes del mítico río hasta la Sorbonne, a lo largo del Bd. Saint-Michel, agotados de tanta marcha.

Eugenia pasaba por el museo de las ruinas romanas del barrio Latino, El Cluny allí en el Boul Mich para poder ver una y otra vez sus tapices preferidos, anónimos, la fineza de “Los cinco sentidos” y “Mon Seul Desir” que la conmovían siempre con la sensualidad desbordante que emanaba del arte medieval.

Se sentaban al borde de la *fontaine* de Saint-Michel, Mario la acariciaba, “un rayo misterioso hará nido en tu pelo”.

—Eugenia, al fin me llegó el día que me quieras.

Eugenia le contestaba con otro verso de la misma canción,

—A mí me llegó la noche que me quieras —lo besaba con la invitación y promesa del amor en el departamentito de Bartholdi, al que llegaban apurados a desnudarse y amarse sin que el deseo los abandonara.

—Es nuestro aperitivo.

—Sí, es la hora del atardecer.

Se les había instalado ese ritmo, después la ducha y así, frescos, felices, colmados, decidían si salían a comer afuera o se preparaban un picnic en una bandeja para comer en la cama.

La casa olía a lavanda; Eugenia había descubierto los aceites esenciales de L’Occitane, las velas y las bolsitas de lavanda para poner entre la ropa.

A la luz de las velas se veían más lindos, encendidos, los cuerpos maduros iluminados por el resplandor de las candelas.

Preferían eludir el metro, solo lo utilizaban para... volver.

Volver era la palabra clave, que los embalaba, los hacía canturrear todo el tiempo.

Sabían que les esperaban tiempos difíciles, de adaptación, Eugenia pensaba dedicarse de manera especial a la reconexión de Mario con Buenos Aires, su gente, su música, su cultura.

Sentía la originalidad de su historia de amor, tan fragmentada, tan dolorosa, al compás del gotán, pensar en ellos mismos le daba ternura. Era una historia desgarrada, vivida con desesperación.

En esta tarea pigmaliónica, el desafío la llenaba de energía, el proyecto mismo le insuflaba vida.

Era como una revancha, una salida insólita a su errático destino.

Mario parecía un chico, todo lo miraba como por primera vez y también como la última.

—Vivir el presente.

—Sí, pero con flor de proyecto, a ver si el presente no tiene otro color.

—Antes de irnos de París, necesitamos una tregua.

Un tiempo neutro, un espacio entre las dos intensidades, París y Buenos Aires...

Buenos Aires...

Se quedaron extasiados frente a la vidriera de “Nouvelles Frontieres”: una pantalla de esas de plasma gigante pasaba imágenes de un paraíso increíble, allí nomás, a unos kilómetros de distancia, no había más que... zambullirse.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

Asintió con la cabeza. Eugenia estaba rejuvenecida, sin maquillaje, con la mochila y el gorrito con visera. Delgada, con los jeans parecía una chica. Nada que ver con la mujer producida, híper maquillada que salía a bailar por las milongas allá en el Buenos Aires de las noches sin fin, de milonga vacía buscando quién sabe qué, ahora que había encontrado la pequeña sensación de plenitud.

Entraron a las oficinas para averiguar cuánto, cómo y dónde.

El lugar se llamaba “La Camargue”, no podían creer que fuera cierto.

—Las fotos y los videos te ponen la realidad como quieren.

—Sí, después la frustración que uno se agarra.

—El Parque Nacional de Camargue en la desembocadura del Rhone en el Mediterráneo.

—Sí.

Santas Marías del Mar, así en plural era el nombre del pueblito que eligieron para estar concentrados planeando el retorno.

Mirando al Sur. Con el corazón al sur, eligieron el Mediterráneo, al sur.

Era el comienzo de un retorno hacia ese sur añorado y temido.

—¿Qué tenemos que perder?

—Juguémonos.

Un pueblo que honraba a María Salomé y María Jacobea, que junto con María Magdalena, cuenta la leyenda que habían arribado huyendo de la violencia contra Jesús a las costas de esas marismas. Acompañadas de Sara, la santa negra.

Una historia misteriosa, que los atraía.

Iban a la iglesita de los gitanos, que con su politeísmo, han buscado siempre

cómo adaptarse a los credos de los países que los han acogido en su milenaria migración.

221

En Las Santas Marías, habían echado raíces los gitanos. Increíble, la población gitana tan presente con sus cantes, su colorido, sus ojos encendidos.

—Como en Andalucía.

Y de la misma forma habían dejado en las Santas Marías una impronta inconfundible en la cultura y en la música.

Mario y Eugenia iban todas las noches a las pequeñas tabernas con música *gipsy* donde era seguro que se acercaran grupos a cantarles a la mesa las rumbas flamencas que les hacían calentar la sangre.

En ese pueblito se había dado la movida flamenca francesa, el fenómeno de los “Gipsy Kings” que en su apogeo habían puesto a bailar rumba a todo el mundo... Bamboleo, bamboleo, hasta dipinto di blú transformado en rumba, qué risa, qué gustito pa’ mis orejas.

Los cantes enervados, la alegría ruidosa rayana en la tragedia, la búsqueda de la desdramatización del drama.

Junto con la comida de mar, la influencia provenzal, sumada a la presencia gitana, el ambiente era delicioso, acogedor y cómplice, con esos gitanos abiertos, que los aceptaban sin preguntar sus orígenes.

Descubrieron allí también que Las Santas Marías eran uno de los altos en los múltiples caminos a Santiago de Compostela.

El pueblito tenía un corazón medieval, y el barrio de los gitanos, blanco, con los balcones de flores, los patios azulejados, como en cualquier pueblito encalado andaluz.

—Pero en Francia.

—Increíble, pero estamos en Francia.

—Sí, con los gitanos hablando francés.

Muy cerca estaba Arles, el monasterio donde estuvo el gran Vincent antes de partir a París para morir.

—Si su hubiera quedado aquí, estoy segura que no se suicidaba.

—Pará Eugenia, imposible decir algo así.

—Pero, ¿viste como pintó estos paisajes?

Era evidente que el paisaje provenzal había causado una impronta imborrable en él, cuando observaban su obra iban descubriendo las siluetas de los cipreses, los campos de girasoles, el azul de las lavandas en flor.

—Siempre tendremos un lugar donde volver si nos va mal en Buenos Aires. ¿Era el nexo con la guitarra? ¿El parecido de “Manitas de Plata” con un tanguero de los que se ven en las milongas de barrio?

—No sé, Marito, pero me siento en mi salsa, quisiera aprisionar el tiempo, se nos va, se nos escurre.

Los caballos de la Camargue, los salvajes y los de andar, presentes en todos los hoteles, hosterías y lugares de turismo.

Eran blancos, con las crines larguísimas blancas o grises y las colas abundantes que en algunos ejemplares llegaban hasta el suelo.

Eugenia y Mario salían a andar por la playa, por las salinas de Camargue, esos caballos galopaban a orillas del mar, estaban habituados a cruzar los bañados, a sumergirse en las marismas entre miles de garzas, flamencos rosados, gaviotas de todo tipo y tamaño.

Los cascos de aquellos caballos eran anchos, mucho más anchos que lo normal, adaptados al territorio en el que les había tocado desarrollarse a la raza.

Los lugareños hacen un culto al caballo, es una raza reconocida fuerte, ancha con aplomos seguros.

La imagen de esos caballos blancos galopando en tropillas entre la espuma del mar era un canto a la libertad.

Los haras de caballos de Camargue se sucedían uno tras otro, allí se podían observar las tareas de amanse y doma de los potros, que se dejan salvajes hasta los dos años.

Los “gardiens”, oficio hereditario, orgullosos sobre los soberbios caballos, llevan sus sombreros de fieltro sobre las monturas a cuadros, únicas, diferentes a todas las sillas de montar del mundo.

Estos caballos, imprescindibles como medio de locomoción entre las marismas, enloquecieron a Eugenia.

Eran comparables con el goce de bailar tango.

—Se siente la energía hervir dentro del cuerpo.

Nunca se iba a cansar de cabalgar por las marismas, con el aire salado que le reseca la boca y la nariz, el olor indescriptible del Mediterráneo, las caídas de sol interminables, todo teñido de naranja o rosa, con el sol como una bola roja o las puestas nubladas, todos los días un espectáculo diferente.

Los caballos también se quedaban fascinados con las caídas de sol, en quietud, sin que tuvieran ni que tirar de las riendas. Ellos también disfrutaban. Supo que descendían de los equinos chiquitos, “le cheval de Solutré” del cuaternario;

—No es un caballo grande, es pequeño, rústico, de frente chata, mucho más bajo que los caballos de otras razas —Eugenia se apasionaba.

—Pero qué resistencia, para andar en las salinas.

—La Camargue salvaje.

—Sin turistas.

—Es un milagro que mantengan así este paraíso.

—Al borde del Mediterráneo.

Al tratarse de un parque nacional, una reserva ecológica, el número de visitantes está completamente acotado. Y los hoteles, que son de madera, sobre los pantanos.

Para buscar pasar las vacaciones en un rincón como aquel, había que bancarse unas cuantas incomodidades.

Ellos felices, Mario se sentía protegido por Eugenia, quien se había propuesto preparar el regreso de Mario a la Argentina como el eje de recuperación de sus vidas.

—El retorno al país te va a salvar.

—Te vas a sentir en lo tuyo, sos un bicho de Buenos Aires.

—Vas a tener un lugar, un terruño, una ciudad.

—Has nacido en Buenos Aires, yo te llamo el porteño.

Eugenia estaba convencida del origen de la “enfermedad” de Mario. Falta de identidad.

—Vas a ver lo que es bailar allá.

Planificaban la vuelta con el entusiasmo de dos chicos.

Los vestigios romanos del pueblito, claramente la iglesia de las Marías se había edificado sobre un oratorio romano, era uno de los rincones preferidos para charlar, esperar la noche, con el viento que se levantaba y les azotaba el pelo, el sol rojo poniéndose, reflejándose en los ojos brillantes de felicidad de Eugenia.

María Jacobea y Salomé, sobre la barcaza, eran llevadas al mar por los

gitanos todos los años, en medio de la devoción y los cantes sobre los hombros de los patriarcas de los clanes.

Mario y Eugenia se integraron a las festividades, con la certidumbre de que estaban cerrando un capítulo en sus vidas.

Por las noches, los grupitos de cante aparecían por los restaurantes mínimos, con las mesas contadas sobre las angostas callejuelas. Ya los conocían, “les argentinos”, se acercaban a ellos con la carcajada fácil, maradona maradona, Mario les había enseñado a puntear “Nostalgias” en la guitarra y de allí en más se la tocaban cada vez que los veían. Pero ya le agregaban el ritmo, las palmas, los golpes de las botas, la percusión en la caja de la guitarra.

—¿Por qué siento esta cercanía con el pueblo gitano?

—Por la errancia.

—Porque nunca tuve un lugar en este mundo.

Mario y Eugenia lloraron horas, al regresar a París para tomar el vuelo directo a Buenos Aires.

—Sobre el camino se acomodarán los melones.

Era una de las frases favoritas de Víctor, quien aparecía como un maestro que iba guiando los pasos de Eugenia.

... *Volver...*

... *Porque el viajero que huye
tarde o temprano, detiene su andar...*

... *Guardo escondida una esperanza humilde, que es toda la fortuna de mi corazón...*

Impreso en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina, en el mes de junio de 2019.